

FELICIDAD ENTRE COSTURAS



EDUARDO ESCALANTE
IGNACIO FERNÁNDEZ

Única edición: junio 2020

Copyright © 2020 by Eduardo Escalante e Ignacio Fernández
All Rights Reserved
© 2020 by Ediciones LEAD Institute

ISBN: 978-956-401-847-8

Registro Propiedad Intelectual Inscripción N° 2020-A-3591

Diseño: Francisca Toral

Reservados todos los derechos.

Felicidad entre costuras

Eduardo Escalante e Ignacio Fernández





Eduardo Escalante

(1942-2020)

Investigador, escritor y poeta. Profesor de Estado en Castellano de la Universidad de Chile y Master in Social Sciences de la Universidad de Gales, Gran Bretaña. Trabajó en procesos de medición del bienestar organizacional (desde lo cuantitativo y cualitativo). Autor y co-autor de libros sobre análisis de datos (editorial Facultad de Educación elemental y especial, Universidad Nacional de Cuyo, 2008) y análisis de datos cualitativos (Editorial de la Universidad del Aconcagua, Mendoza, 2011).

Exprorector de la Universidad de Playa Ancha, Chile. Exdirector del Instituto de investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad del Aconcagua, Mendoza. Publicó diversos artículos científicos en revistas arbitradas en Chile, Argentina, Perú, Colombia, México y Nicaragua. Sus poemas fueron publicados en revistas de Estados Unidos (Nagari, Writer Resits, Slamchop, Gramma Poetry, Constellations, Mobious Journal of social change, Indianapolis Review), de España (Ariadna, Espacio Luke, Sur Revista de Literatura), Revista C2 (México), Resonancias (Francia), Spillwords (Polonia) y StylyusLit (Australia), entre otros.



Ignacio Fernández

Psicólogo de la Universidad Católica de Chile y Máster en Dirección de Personas y Organizaciones de la Universidad Adolfo Ibáñez. Speaker y consultor internacional en felicidad organizacional, equipos efectivos y liderazgo para el alto desempeño. Autor de los libros GPS Interior (Vergara, 2011), Felicidad Organizacional (Ediciones B, 2015) y Liderazgo Efectivo para el Alto Desempeño (LEAD) (Empresa Activa, 2018). Profesor universitario, durante 14 años fue director del Departamento de Psicología Organizacional de la Universidad Adolfo Ibáñez, en Chile. Creó y fue codirector del Diploma en Felicidad Organizacional UAI entre 2014 y 2016. Premiado como Psicólogo Organizacional del año 2011 por el Colegio de Psicólogos de Chile y Top 1 Human Resources Influencer LATAM en 2019. Socio de LEAD Institute.

A Nancy,
compañera de todas las batallas y siempre surtidora de aire fresco.

EDUARDO ESCALANTE

A Pía,
presencia valiente para nuestra vida entre costuras.

IGNACIO FERNÁNDEZ

ÍNDICE

Prólogo

DESDE DÓNDE NOS APROXIMAMOS A LA FELICIDAD.

II

Capítulo 1

UN ASALTO A LA COMPRESIÓN: LA FELICIDAD COMO ESTRUCTURA.

33

Capítulo 2

COMPLETANDO EL PROYECTO VITAL Y LOS BIENES PRECIADOS:
LA FELICIDAD COMO CONTENIDO.

71

Capítulo 3

LA RECUPERACIÓN DE LA TRASCENDENCIA:
LA FELICIDAD COMO PLENITUD.

101

Capítulo 4

EL DEBER DESDE EL SER: LA FELICIDAD COMO DEBER.

117

Capítulo 5

VALORANDO LA VIDA FELIZ: LA FELICIDAD COMO ÉTICA.

136

Capítulo 6

EN EL ENTRAMADO DE LAS ACCIONES BUENAS:
LA FELICIDAD COMO VIRTUD.

150

Capítulo 7

LA MIRADA DESDE SÍ Y DESDE EL OTRO:
LA FELICIDAD COMO INTRA E INTERSUBJETIVIDAD.

164

Capítulo 8

MÁS ALLÁ DEL ÁMBITO PRIVADO:
LA FELICIDAD COMO JUSTICIA.

178

Capítulo 9

EVOLUCIONAMOS:
LA FELICIDAD COMO ESTADOS DE MADUREZ.

192

Capítulo 10

UN ESCENARIO SIN LÍMITES: LA FELICIDAD COMO POSIBILIDAD.

204

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

224

Así empezamos

Nos sentamos al unísono con Ignacio,
lamer palabras de piel tibia
y saborear nuestra propia lengua resbaladiza
Sentir nuestras mónadas llenas de agua que se
dividían y se dividían,
arrastradas por el torrente sanguíneo,
no una esencia dura,

[tantas veces hemos tropezado con ella,
seguiremos si nos quedamos dormidos,
pero no la ridiculizaríamos por
nada en el mundo. Todo nuestro respeto],

sino un coro líquido
recibiendo los colores de un vitral.
Un acto equilibrado de alegría y pasión,
gentilmente convocando palabras
perfumadas con lavanda.
Referirnos a la felicidad,
por momentos apenas podíamos ver a través
del aire, pero gestos del día
nos brindaron algo de gracia.

Afuera un pasillo a tantas puertas, y
detrás de cada una, una historia llamando.
Intentamos llenar la escucha oscura,
tanto cubierto con múltiples capas de lodo.
Fuimos testigos de tantos dones.
pero había que escuchar otros conciertos,
también, a la calle equivocada.

Escribir, escribir, con movimientos
armónicos e inarmónicos - como todo lo humano,
desde el poder de decir y no decir,

FELICIDAD ENTRE COSTURAS

frangas desplegadas desde
un techo del cielo que desconocíamos.
Necesitábamos la inundación para limpiar
páginas escritas, y lograr arena fina y blanca.
Dirán que esto es mágico,
veremos si habrá asombro
en la cara de quien lee.
Si tan solo pudiéramos decir
lo que se sentimos al encontrar
todo esto, el placer del regalo.
Seguimos escribiendo, así nuestros juegos de lenguaje
fueran opacos, y aún sigan siendo,
pero con ternura humana.

(Eduardo Escalante)

PRÓLOGO

DESDE DÓNDE NOS APROXIMAMOS A LA FELICIDAD

Zurcimos retazos de nuestra existencia buscando crearnos una identidad, un algo a lo que digamos “yo” para caminar la vida. Unimos los pliegues y cosemos las uniones, para crear el mejor ropaje que podamos. Pero tiene costuras mal hechas y roturas por donde se nos cuele el dolor, la desesperación y el sin sentido. Necesitamos aprender a remendar y reparar.

Volvemos a cortar, montar e hilvanar. Necesitamos mejores costuras, fineza en los hilos, respuntes sutiles y uniones firmes y delicadas. Aprender a ser el costurero del propio ser, existiendo y diciendo oraciones, siendo ser-así y ser-aquí y ser-ahora, focos de posibilidades a través de los juegos del lenguaje. A través de los actos aprendemos sus usos. Nuestra ética habla de otras personas, sin deontología ni obligaciones morales impuestas y sin ampararnos en lo correcto. En estas páginas contaremos que somos dependientes de la “otredad” y explicaremos cómo nos constituimos unos con otros y con el mundo.

Que cada uno de nosotros seamos “nosotros mismos” supone que estamos en deuda con los demás, ya que somos lo que somos por la relación con los demás. Cualquier proyecto ético debemos iniciarlo basado en esta deuda de reciprocidad. Cuando nos “costureamos bien” es porque otros nos enseñaron a hacerlo y nos sentimos dichosos. ¿Esa es la felicidad?

Las costuras son gestos, palabras o actos para comprender el mundo, una forma de vida en la que nos decimos quiénes somos,

para qué vivimos y cómo apreciamos lo doloroso y lo majestuoso. Para algunos, la felicidad es una túnica sin costuras.

Para comprender hechos importantes sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre los hechos y las cosas, necesitamos observar con más atención lo que decimos, hacemos y lo que pensamos que es y lo que nos espera. Hemos dejado atrás la oración platónica que nos dijo que estamos encadenados y nos dimos cuenta que esa oración fue producida por las cadenas mismas. En estos tiempos, el intento es salir de lo inhumano para ser humanos, para salir de la perpetua insatisfacción en nuestra condición finita y disolverla.

Pero también tenemos que enfrentar el ver el mundo como un fin y como una tarea individual o colectiva. En nuestro vivir todo es tan sagrado como profano. De ese modo seguimos siendo humanos, sin esperar un fuego especial para redimir la humanidad o esperar que alguien actúe por nosotros. Esto hace que se gobierne de una cierta manera que ha resultado en la inhumanidad de lo humano. Lo que queremos es un espacio de vida, sin medir el paisaje humano con su sombra. Hemos aprendido que donde hay peligro también crece lo que salva. Se cambian los límites y desde lo irreparable se construye la esperanza. Existe la opción que desde la infelicidad podemos reconstruirnos como felices. Como veremos, es la única opción fiel a nuestra estructura humana.

A través de un camino distinto sabremos lo que nos mantiene humanamente con apertura, lo escindido, lo que nos mantiene cautivos y lo que disfrutamos, incluso sin ser conscientes. En estas páginas exploraremos cómo nos estamos haciendo humanos y en qué nos apoyamos, lo bueno, lo justo, lo correcto y lo ético. Sabremos lo que nos permitimos y de lo que nos distanciamos, lo que está aislado y lo que se relaciona. Lo haremos desde la potencialidad del lenguaje y las posibilidades de felicidad/infelicidad que nos ofrece.

En este texto entendemos que las palabras que usamos pueden tener una serie de similitudes y diferencias que se superponen y entrecruzan de varias maneras simples y complicadas. Lo mismo ocurre con la palabra “felicidad”. La tarea de buscar la esencia de una verdad es interminable, no porque sea profunda y haya que escarbar mucho, sino porque algo de verdad contendrá pero no es toda la verdad. Quisiéramos que cada uno de los lectores se pregunte por su mirada de la felicidad y si la considera una verdad de aplicación universal, si es necesario articularla con otros para vivir en sociedad o si basta con tener mi propia verdad de felicidad para aplicarla a mí mismo sin importar los otros.

Mientras que la palabra felicidad y su adjetivo feliz se refieren a sentimientos (me siento tan feliz), estados de ánimo (está de buen humor) y actitudes (estoy feliz y optimista con mi trabajo), pensamos que su uso central es referirse a una vida (vivió una vida feliz). Por otro lado, la forma adverbial (felizmente) aparece como preferible al sustantivo felicidad, lo que sugiere un estado de ser, siempre es feliz (felizmente estoy sintiendo la vida como armonía en su derecho propio). Leemos oraciones como “la vida es feliz” o “el mundo es bueno” como juicios absolutos de valor. Parece la imagen de alguien andando con las vestimentas de una esencia trascendental. ¿Será así?

Hemos escuchado a estudiantes decir “estoy feliz de ir a la universidad, pero triste porque no estaré con mi familia y amigos”. Alguien escribe en su Facebook “es necesario sostener la unidad y la paz del ser inmutable que verdaderamente somos, entonces seremos felices”. Una clara expresión de una esencia, adjetivada como inmutable. Son maneras de vivir significativamente.

Otras personas dicen “si actúo bien soy feliz”. Es el acto humano como un deber. De uno u otro modo, todas estas referencias aluden al laberinto de la razón práctica. La tentación de lo absoluto siempre está presente. Se requiere comprender que las esencias dependen de un determinado contexto, que es el que los legitima.

La felicidad o la desgracia introducen al ser humano al dominio de la ética, desde la que se adquiere el sentido de la vida. Aquí toma especial relevancia la potencia de los humanos en un mundo de posibilidades.

Hay muchos filósofos, especialmente los griegos, que dijeron que la felicidad es un estado de ser. Eres feliz porque amas la vida. Pase lo que pase, amas la vida y aceptas tu situación como parte de lo bueno y lo malo de la vida. En sus cartas de Auschwitz, Etty¹ escribió que amaba la vida, se sentía libre, disfrutaba la vida incluso en esa terrible situación, y ese es un ejemplo de esperanza. Pero no es fácil y tal vez muy pocas personas pueden llegar a esos niveles de consciencia y lucidez para ser así. No lo sabemos a ciencia cierta.

Lo que si postulamos es la necesidad de liberar singularidades sujetas a interpretaciones esencialistas o entornos limitantes, dejando de creer que la felicidad deriva de una esencia autónoma e independiente de uno mismo o que la infelicidad está determinada por las circunstancias que nos tocó vivir. Se requiere una ética en la que la propia forma de ser constituye la posibilidad de la felicidad, esto es, la participación en una comunidad de singularidades hace posible que la vida coincida con su potencialidad.

Para Agamben², la felicidad “nos espera solo en el punto en que no estaba destinada a nosotros”, en otras palabras, experimentamos felicidad solo cuando sentimos que somos capaces de magia. La felicidad pareciera haber salido de la nada.

Es solo cuando conocemos las palabras mágicas que obtendremos la tan deseada felicidad. Como dice Agamben: “qué desastre si una mujer te amara porque te lo merecías”. En última instancia, esfuerzo y logro no pueden producir felicidad. No se trata de abordar la “vida feliz” como si fuera un trabajo, sino más bien

¹ Etty, Hillesum (2005). *El corazón pensante de los barracones*. Cartas. Barcelona: Editorial Anthropos.

² Agamben, Giorgio (2007). *Profanaciones*. Nueva York: Zone Books.

como desprendida de experiencias como las de las humanidades, el arte o la música, lejos de una visión instrumental capturada por formas sin sentido.

Ahí surge la magia de la felicidad que libera el potencial humano —se abre ser y tiempo— destituyendo formas de sufrimiento que nos separan de lo que se puede, porque podemos costurear el mundo roto y su inhumanidad, descubriendo lo que no puede nombrarse en el cruce entre lo diacrónico y lo sincrónico. Si es necesario, ponemos el mundo al costado del camino mientras otros transitan desde el luto y la melancolía.

Giramos de un mundo a otro mundo. Nos hacemos cargo de la excepción y la vida queda capturada en un nuevo estado. Nuestra voz se conecta consigo misma y con los demás en un sentido no necesariamente consciente, prefiriendo un mundo alegre y de gratitud. De este modo recuperamos lo que era el núcleo de la tradición filosófica griega: cómo vivir nuestras vidas y el hecho humano básico: vivir.

Recordemos la escena de Beckett en *Esperando a Godot*. Por razones que siguen sin explicación, Vladimir le pide a Estragón que le diga que está contento. “Digamos que sí, incluso si no es cierto”, ruega Vladimir. De mala gana, Estragón se rinde y dice: “estoy feliz, y luego, perplejo, agrega: “¿qué hacemos ahora, ahora que estamos felices?””.

Tal vez liberándonos de lo imaginado podríamos abrirnos a un mundo que no es solo nuestro, sino que incluye a otros. Esto permite el surgimiento del ser-en-un-medio de los seres humanos y, por lo tanto, abre la dimensión ética³.

Es por eso que como seres humanos —como seres de poder que pueden hacer o no hacer, triunfar o fallar, perderse o encontrarse— somos los únicos seres para quienes la felicidad siempre

³ Agamber, Giorgio (2000). Notas sobre el gesto. En *Medios sin fin: notas sobre política*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

está en juego en su vida, los únicos seres cuyas vidas están irremediablemente asignadas a la felicidad. Esto constituye inmediatamente una forma de vida, por ejemplo, como vida ética, una comunidad instituida que logra la felicidad de las personas que conforman.

Si hay algo que hemos experimentado, y hemos visto experimentar, es que cuando crecemos en la dirección de nuestro verdadero ser (desde sí y con otros), es cuando sentimos alegría. La alegría es prueba de que la acción es buena para uno. Si se siente tristeza o desesperación por lo que se está haciendo, eso también es una pista que indica en el terreno que nos movemos. Es por ello que a menudo decimos en nuestras charlas y clases “muévete en la dirección de la alegría, muévete en la dirección de la gratitud y la empatía, pues ahí vive la felicidad”.

Bruckner⁴ sugiere que sin nada que se interponga entre nosotros y la felicidad, aparte de nuestra voluntad de comprenderla, existe una compulsión moral que nos pesa para ser felices y es precisamente esta presión social la que hace infeliz a tantas personas. La presión cultural o social por buscar la felicidad ha hecho que muchas personas colapsen en sí mismas. Esto ocurre porque algunos convierten una fábula en verdad. Sin anclaje en la realidad y sin apertura a las formas de vida, no se pueden construir historias y fácilmente se puede caer en juegos siniestros.

Uno de los principales vectores de este libro es el lenguaje, cómo se articula, qué dice y qué esconde, en la certeza que en las palabras, narrativas y en los juegos de lenguaje están los modos predilectos de pensar, sentir, actuar, vivir y convivir, en cada tiempo histórico y en cada comunidad específica. En parte importante somos lo que decimos. Pensamos que hay un nexo y una convergencia de detalles de presencia física, descripción lingüística y

⁴ Bruckner, Pascal (2001). *La euforia perpetua / Sobre el deber de ser feliz*. Barcelona: Tusquets, Barcelona.

definiciones de verdad y significado en cada acto humano, en cada forma de vida específica, en cada contexto específico. Al finalizar el libro estarás familiarizado con “las formas de vida” y “los juegos del lenguaje”, una hermosa forma de comprender reflexivamente nuestra vida.

La imprecisión es inevitable y algo que abrazar. La tendencia a fijar el significado en la teoría es y será socavada continuamente por el significado fluctuante del lenguaje, por sus inclinaciones y por sus vértigos, significado que es definido por el uso concreto del juego de lenguaje, en oposición al uso abstracto a priori de conceptos y categorías. Tratamos de no tropezar con alguna forma de soberbia de la razón o con sospechas ante los argumentos distintos que se enuncian en nuestros diálogos con los demás. Siempre lo hacemos desde el respeto ético hacia lo diferente. Agradecemos que lo distinto nos ayude a configurar nuestro propio mundo en las actuaciones con otros.

De allí que permanentemente estemos interrogando la ilusión de la similitud para poner en primer plano los elementos de diferencia existentes para poder ampliar nuestra mirada y juicio. ¿Cómo ver la sombra de una palabra? Las palabras se ondulan entre lo esperado y lo impredecible y a menudo tenemos que desbloquear significados. Tratamos de co-construir un sentido o lo inventamos.

El lenguaje de cada página sobre la felicidad/infelicidad que hemos escrito en este libro es íntimo. Debido a la fragilidad de nuestra condición humana, necesitamos no solo orientarnos hacia el bien sino que también hacerlo con otros. Tres voces en diálogo con una cuarta, pero conscientes de sí mismas y que interactúan, deshacen el sentido único o lo validan. Desde esta complicación de la forma dialógica se vuelve plausible la posibilidad de instalación de lo nuevo.

La serie televisiva *True Detective* sugiere que la felicidad es una ilusión. Introduce un cierto tipo de nihilismo antinatalista en la

cultura pop. La idea de que todos somos una especie de bolsas de carne y hueso, que tomamos decisiones basadas en la determinación biológica y sociológica y, por lo tanto, la vida no tendría sentido. ¿Se siente esto como una posición válida? Pensamos que no.

CADA UNO ES PORTADOR DE UN TESTAMENTO SOBRE
LA FELICIDAD Y LA INFELICIDAD.
AMBAS SON VÁLIDAS EN UN SENTIDO ÉTICO.

Los hechos son solo hechos, el tema es cómo los interpretamos o qué recogemos de ellos. Esto nos parece muy cierto. Todo es cuestión de cómo se ven las cosas a través de los juegos de lenguaje. Hay hechos que significan sufrir, otros alegrarse ... ¿significa entonces que son nuestras interpretaciones de las que nos tenemos que hacer cargo?

La felicidad es una opción. Una elección consciente, aunque a veces accidental, pero se requiere trabajar las imágenes incompletas o lo irracional. Ser consciente significa dejar de hacer y simplemente estar arrojado en la vida y alerta al asombro. Algunos eligen la amabilidad para actuar en un contexto específico, tratando de aceptar los hechos cómo han sucedido y no desde la postura de tener razón.

Esto nos emociona ¿positiva o negativamente? Es una buena noticia porque si nuestra felicidad es una elección consciente, entonces hay algo que podemos hacer al respecto. En el desarrollo de una forma de vida se trata de ver y analizar cómo se ven los hechos, lo que se dice, los gestos que se hacen y cómo se actúa. Ahora sé que puedo optar por ser feliz y tenemos la “estructura felicitante”⁵ para esto, por ejemplo, reflejado en la voz de personas

⁵Zubiri, Xavier (1985). *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza Editorial.

que dicen “siento la felicidad dentro de mí, algo que pasa sin ningún esfuerzo, algo que viene conmigo”.

La vida y la libertad son conceptos relativamente claros, pero la felicidad ha desconcertado a los científicos sociales y filósofos durante mucho tiempo.

En los análisis que hacemos en este libro usamos el concepto de *forma de vida*, básico para comprender la textura de las declaraciones de las personas que adquieren significado como parte de los *juegos de lenguaje*, llevando el lenguaje del ámbito metafísico de la lógica a su uso diario y descentrando el tema psicológico, pues se separa el significado de una intención subjetiva. Enfatizamos el papel del uso público del lenguaje y sus criterios para comprender el significado (plenitud) de las proposiciones. Forma de vida y juegos de lenguaje son dos ideas claves que hemos usado para entender la felicidad y sus características, dos ejes reflexivos que cruzan *Felicidad entre costuras*.

Una *forma de vida* es un conjunto de prácticas de una determinada comunidad en la que se configuran actos lingüísticos y acciones. Y esta “forma constituida” de vida (o construida) se explica con la cantidad de nociones relacionadas, es decir, los fenómenos. La *forma de vida* constituida es al mismo tiempo un tipo de trasfondo (cultura) de un conjunto de muchas formas de vida diferentes (acciones y prácticas) en un contexto específico. En nuestra interpretación, la *forma de vida* es una noción crucial para la ética del pensamiento y la vida en común, y en especial para la felicidad.

El significado está relacionado con los diferentes juegos de lenguaje que jugamos, que están hechos de prácticas *discursivas* y *no discursivas* y están integrados en una *forma de vida*.

También usamos el concepto de *juego de lenguaje*. Podemos usar el lenguaje de diversas maneras. Lo que decimos y enunciamos dependen del contexto, y al decir se comparten reglas para significar diferentes lógicas y formas a través de las que interactua-

mos y actuamos. El sentido emerge en el juego mismo, por ejemplo, felicitar, amenazar o convocar. Todo esto se entreteje a través del lenguaje en una forma de vida. Es a través de los juegos de lenguaje que se concretan e imaginan formas de vida, por lo que el análisis narrativo de estos juegos nos permite acercarnos a comprender las características de cada forma de vida. Lo importante, no solo es lo que se dice, sino también los gestos con que se habla.

El pensamiento se vincula con la categoría de verdad a través de las diferentes formas de invención humana expresadas a través del lenguaje, la ciencia, el arte, el amor.

Una palabra o incluso una oración tiene significado solo como resultado de la regla del “juego” que se está jugando. Dependiendo del contexto, la expresión “felicidad” podría ser un deber, un valor, una actitud, una búsqueda, un propósito o una exigencia, entre muchas posibilidades.

Con esto se abandona la idea de que el lenguaje es un tipo de espejo que refleja algo que está fuera. Se genera un uso significativo en las interacciones humanas que se realizan mediante el lenguaje, ya que cada persona sale de su lenguaje privado. Se construyen símbolos compartidos, se los argumenta, se los discute y se opta, por ejemplo, por la felicidad desde la mirada de la ética cordial⁶. Entendemos el lenguaje como un conjunto de expresiones lingüísticas y no lingüísticas que se enuncian en contextos específicos (formas de vida) y que están reguladas por normas convenidas por los participantes.

Las *formas de vida* nos permiten distinguir nuestras diferencias culturales al momento de juzgar la felicidad, la diversidad y la contingencia de las diferentes significaciones, el tejido de vidas que hace posible el significado de la palabra felicidad y la capacidad de evolucionar. Imagina los múltiples juegos de lenguaje que significa imaginar una forma de vida. Unos surgen, otros se

⁶Cortina, Adela (2009). *Ética de la Razón Cordial*. Oviedo: Ediciones Nobel.

olvidan y otros se renuevan, incluso haciendo posible que la incongruencia se transforme en coincidencia.

Se define la forma cómo se desea experimentar el mundo. Se llena un significado desde lo humano, por ejemplo, con la ética de lo cordial (una noción clave para los tiempos que vivimos como respuesta al individualismo, a la falta de solidaridad, donde no se trata de un vínculo contractual sino de exposición mutua y empatía). Así se cambian los límites del lenguaje y se crea otra forma de vida. Es un juego de lenguaje que requiere aplicar reglas específicas para que exista significación para los demás.

Posiblemente una vida feliz podría ser una vida suficiente que alcance la evolución de su propio poder y de su propia capacidad de comunicación, liberando sus singularidades. Esto es posible. El ser humano ha sido capaz de enfrentar campos de concentración, donde lo humano toca su propia inhumanidad y lo indescriptible para subjetivarse éticamente. La vida humana tiene la capacidad de crear formas de vida, puede darse un mundo e inventa nuevos usos de palabras, hábitos, y acciones que hacen que la felicidad sea posible, desvistiendo una temporalidad no querida y representando una ética distinta para relacionarnos como humanos.

¿Hay alguna diferencia de principio entre la voluntad y lo que se pone en movimiento? A partir de los planteamientos de Xavier Zubiri sabemos que disponemos de una estructura feliz que hace posible la felicidad para el ser humano.

En cada *forma de vida*, las palabras tienen raíces en el pasado y vienen a nosotros cargadas con los simbolismos de sus significados anteriores. Esos significados más antiguos también son posibilidades latentes, activos a los que podemos recurrir de modo de comprender lo que ocurre en orden a desarrollarnos, por lo que escucharemos las palabras de filósofos antiguos como semillas para comprender la felicidad en el siglo XXI, tomando sus significados y articulándonos en conceptos de felicidad adaptados a los signos de los tiempos. A veces hay buenas razones para revivir una palabra

que ha caído en desuso. Lo importante es entenderlos como referentes y de ningún modo como esencias a priori que se nos imponen. Su significación solamente se realizará en el seno de una forma específica de vida y en el juego de lenguaje que empleen.

Al analizar la felicidad es necesario tener cuidado con el instrumentalismo manipulador (sean felices para ser más productivos) o un abordaje sentimentalista de una vida marcada solo por lo positivo, lo aparente y lo mítico (cuando tengas problemas, piensa positivo y la solución llegará. Dios así lo querrá. Si quieres, puedes). Estas miradas reduccionistas explican las críticas masivas a la felicidad como una nueva moda superficial, un bien de consumo o una exigencia vital que solo nos enfermará y nos hará tomar conciencia de nuestra infelicidad cotidiana.

Los gestos, los decires, las actitudes y las acciones que elegimos desarrollan las formas y distinciones con las que conceptualizamos el mundo, desde lo que somos y lo que nos sucede en contextos específicos. Desde este punto de vista, vivir una vida feliz es generar juegos de lenguaje felices, palabras y oraciones como gratitud, bondad, amor o justicia, juegos de lenguaje que nos resultan terapéuticos en sí mismos. No significa una forma de conocimiento sino un transcurrir, un fluir con delicadeza y describir. Son nuestros pensamientos los que articulan un “modo de ver”. Se describe pensando sin un pensamiento ordenador. Sabemos de los sesgos y la necesidad permanente de confirmación y esto no puede ocurrir desde una posición solipsista, esa forma radical de subjetivismo donde sólo existe aquello de lo que es consciente el propio yo.

Reflexionamos y escribimos desde la idea de que los conceptos se configuran a través de formas de vida específicas en las que hablamos, actuamos, configuramos y realizamos juegos de lenguaje y acciones, una co-construcción permanente y en evolución.

EN ESTE LIBRO BUSCAMOS COMPARTIR NUESTRAS REFLEXIONES AL SERVICIO DE UNA FELICIDAD PROFUNDA Y TRASCENDENTE, RELEVANDO LA REFLEXIÓN COMO UN CAMINO SENTIDO, POÉTICO, ENCARNADO Y COMPLEMENTARIO A LOS LÍMITES OBSERVABLES DE LA EVIDENCIA CIENTÍFICA. ¡CUÁNTA FELICIDAD HAY EN LA BELLEZA, LA ÉTICA, EL PROPÓSITO, EL EROTISMO, LA NATURALEZA, LA ESPIRITUALIDAD, LAS ESTRELLAS, EL MISTERIO, EL SERVICIO Y EL ENCUENTRO HUMANO, EN ESAS PROFUNDAS EXPERIENCIAS SUBJETIVAS QUE NO SE PUEDEN MEDIR Y QUE HACEN QUE NUESTRA VIDA MEREZCA SER VIVIDA!

No intentamos develar una supuesta esencia de felicidad, sino mostrar descriptivamente las aproximaciones al uso de la palabra felicidad que se realiza en una forma de vida, lo que nuestra forma de vida enuncia a través de juegos de lenguaje: lo que decimos sobre la felicidad y lo que transformamos en acto a partir de lo que decimos o no enunciamos, generando posibilidades realizables de actos felices. Esta es una tarea del lenguaje. No sospechamos ni intentamos descubrir los códigos para acercarnos a una “esencia” metafísica, una especie de ADN o gen feliz que ya trae preconfigurados los caminos, contenidos y formas de la felicidad.

En una escena de la película *Annie Hall* de Woody Allen, el personaje principal Alvy Singer, quien recientemente rompió con su antigua novia Annie, se encuentra con una pareja en una calle de Manhattan. Él los detiene y dice: “parecen una pareja muy feliz. ¿Lo son?” Dicen que sí y Alvy pregunta cómo explican su felicidad. La mujer responde: “soy muy superficial y vacía, no tengo ideas y no tengo nada interesante que decir”, y su novio responde: “yo soy exactamente de la misma manera”. La escena

es inolvidable: ¡qué manera de ser feliz! Y sin embargo, considere la alternativa neurótica, inteligente, consciente de sí misma pero infeliz de Alvy. ¿De qué sirve ser feliz si la vida es vacía y aburrida? ¿De qué sirve ser consciente de sí mismo si solo conduce a la ansiedad y la infelicidad? Este es un ejemplo específico de “juego de lenguaje” en una forma de vida contemporánea. Habría sido muy distinto el diálogo en el renacimiento.

La felicidad es una palabra que requiere ser construida y co-construida activamente. Incluso si se sigue la *eudaimonia* aristotélica (ser feliz deriva de una vida virtuosa) dependerá de la manera crucial de habituación a la virtud, algo que requiere estar desde sí, pero dada la alteridad de los hechos, difícilmente uno podrá proveerse la felicidad a sí mismo. La comprensión estoica de la felicidad representaba un cambio que involucraba no la transformación del mundo externo, sino la transformación del mundo interior. Pero desde-sí se requiere estar arrojados con otros. Esta dimensión de la felicidad relacional es esencial para nuestra vida. Más adelante exploramos la centralidad de los vínculos significativos como fuente de felicidad para cada uno y su comunidad.

Cuando hablamos de la felicidad hay certezas, hipótesis, creencias, desacuerdos, complejizaciones y simplificaciones. Una certeza es la necesidad de una práctica sostenida para comprender los usos que hacemos del término felicidad y los modos de ver que están instalados. Estos modos pueden (o no) mostrar conexiones, sincronía y formas de orden para construir felicidad, aunque son unos órdenes específicos y no es *el orden*.

No existe la palabra revelada para ser feliz, ni la receta, el algoritmo o la ecuación de la felicidad, como banalizan varios libros. No existe un contenido establecido para siempre en relación a la felicidad y la historia se sigue escribiendo. La historia nos enseña que hay futuro porque recordamos y porque imaginamos un tiempo originario e irreal.

La primera cuestión que nos planteamos es cómo las nociones psicológicas de la felicidad se relacionan con las empleadas tradicionalmente por los filósofos. Consideramos que la felicidad es un fenómeno humano complejo, entendiendo que nuestra propia elaboración seguirá estando limitada por esta complejidad. Creemos que nuestra indagación y reflexión pueden abrir límites a las interpretaciones existentes, contribuyendo a una concepción más amplia, sólida, posible y realista de la felicidad.

Es muy común encontrar una lista de cosas que mejoran la vida y la felicidad. Cuantas más cosas tenga esta lista mejor será la vida. Del mismo modo, hay una lista de cosas que empeoran la vida y cuanto más de estas cosas tiene una vida, peor es la vida. Son diferentes juegos de lenguaje que solamente tienen sentido al interior de una forma de vida, ya que en caso contrario se trata de un simple juego de abstracciones y elucubraciones sin aplicación práctica en la vida de las personas.

Queremos aportar con descripciones más refinadas para abordar la felicidad. El refinamiento de la descripción dependerá de cómo se juzgue las múltiples versiones existentes al interior de una forma de vida. Nos enfrentamos a conceptos como lo bueno, lo justo, lo felicitante o lo correcto, todos con sus alcances éticos, ya sea desde la ética deontológica o la ética consecuencialista, donde ambas valoran los hechos y la alteridad con distintas apreciaciones.

Esto nos animó a explorar y apoyarnos en algunos conceptos de la antropología filosófica y de la ética de importantes filósofos españoles del siglo XX y XXI: Xavier Zubiri, José Luis Aranguren, Leonardo Polo y Adela Cortina.

Hemos realizado una incursión más allá de la literatura anglosajona sobre el tema (la más dominante en la actualidad en el abordaje de la felicidad, especialmente por su enfoque pragmático), sin desconocer el aporte de los filósofos franceses (por ejemplo, Frédéric Lenoir). En cada página nos detuvimos ante la

posibilidad cierta que no estuviéramos disfrutando ni sintiendo alegría, criterio clave para las posibilidades felicitantes.

El regreso filosófico a la felicidad permite rescatarla del mero sentido común y de quienes tratan de normalizarla. La felicidad es quizás una de las metas más básicas y universales de lo humano. Si fuera una materia simple de someterse a un régimen estricto, con límites claramente delimitados, entonces se querría decir que los humanos serían capaces de ser felices en formaciones totalitarias.

Pero no todos somos capaces de tolerar este tipo de soluciones y esto es porque la felicidad nace desde una cierta oscuridad o aporía. Por el contrario, la felicidad emerge de los espacios de libertad.

Se trataba de subir a la montaña por diversos lados y optamos por un sendero. Nadie quiere ser expulsado del paraíso o terminar arrodillado en el valle de las lágrimas. Será el lector quien estime si el proceso que realizamos es conveniente para su interpretación de la felicidad, aunque les aseguramos perlas reflexivas para su propio pensar, sentir, decidir y actuar en el mundo, en su respectiva forma de vida y en sus juegos de lenguaje.

Se requieren ojos libres y disponibles al momento de examinar las formas de vida. Es por ello que el lector podrá verificar que hemos elaborado un contenido desde lo que advertimos que ocurre en las formas de vida y sus juegos de lenguaje respecto de la felicidad. La felicidad en cuanto contenido no es universalizable, lo que a uno lo hace feliz no tiene por qué hacerlo felices a todos. Los juegos de lenguaje de uno u otro son particulares y definen los acuerdos o desacuerdos, por ejemplo, respecto de la felicidad como ética, como solidaridad, la relación entre la felicidad y la vulnerabilidad, o la felicidad como plenitud, entre otros.

Nosotros hacemos una convocatoria muy distinta a la felicidad como esencia y contenidos universales, y lo hacemos desde distintos ángulos, por ejemplo desde la ética que nos convoca a seguir adelante con el tema de la felicidad, desafiando el estado

de las cosas. Nos revelamos a la inmanencia de las verdades en lugar de seguir la línea estoica de adaptarse. En esto punto, un análisis interesante de explorar es el de Badiou⁷.

Un hilo conductor de este libro es una invitación permanente al otro y a los otros, a compartir relatos y experiencias, a deliberar y establecer éticas buenas y justas en el sentido que las interacciones humanas a través del lenguaje lo establezcan. Algunos elegirán una ética desde lo bueno, otros desde lo correcto. Cada forma de vida se realizará respecto de su propio camino para hacer posible la felicidad y cada una definirá su intención (lo que se hace) y consecuencia (el impacto).

En lo que sigue, ponemos la atención en una serie de temas que consideramos particularmente relevantes para este tipo de reflexiones y decisiones vitales. Incluimos consideraciones como virtud y responsabilidad respecto de la felicidad. También se incluye acciones y juicios de las personas; el vínculo entre la felicidad y los valores, la naturaleza de la felicidad como ética y la felicidad como justicia, entre otros temas.

La felicidad es más como un momento de gracia que deriva de una estructura humana felicitante, como veremos en el primer capítulo. Al tratar la felicidad podemos hacerlo desde la dimensión objetiva o la dimensión subjetiva. A veces lo hacemos desde el carácter trascendental de la dimensión estrictamente subjetiva de la persona. Cuando lo hacemos desde una dimensión objetiva, ello es el resultado de la intersubjetividad, los encuentros y acuerdos de las subjetividades compartidas de un colectivo de personas que hablan y actúan en una determinada forma de vida, en sus contextos.

Consideramos que las experiencias de felicidad dan una sensación de valor absoluto o ético, una maravilla ante la existencia del mundo y la experiencia de sentirnos absolutamente seguros. Nos inclinamos a decir, al menos ... estamos a salvo.

⁷ Badiou, Alain (2019). *Happiness*. London: Bloomsbury Academic.

Cada uno vive la felicidad como un proceso inédito y, a veces, inaudito, en especial cuando la felicidad nos rescata del dolor. Penetramos en una zona previamente indecible. Es uno en el mundo lidiando con paradojas. Es como el amor que restaura al ser y la paz en el discontinuo de la vida. La felicidad requiere retiro y necesita que se le otorgue cierta invisibilidad, algo muy difícil para el individualismo actual donde todo quiere ser mostrado.

Siguiendo los argumentos de Cordua⁸ vemos que con el tema de la felicidad estamos en presencia de un absoluto-relativo de nuestra realidad sustantiva. Por un lado tenemos la forma de vida específica y, por otro lado, esto es posible porque se da en todo lo que significa lo humano y en todos los humanos, lo que vuelve a felicidad inapelable y absoluta. Tan universal y tan singular, a la vez.

La felicidad no sólo se realiza en cada forma de vida, sino que se actualiza y regenera permanentemente. Hay contenidos felicitantes que son específicos y relativos a una forma de vida particular. Lo universalizable es esta condición de lo humano para crear formas de vida. La expresión “soy feliz si actúo bien” es un juego de lenguaje que se declara en una forma de vida y en un contexto específico. Derrida⁹ lo llama “juego de escritura”.

Cuando se alude a lo universal se piensa en lo que tenemos en común como humanos, nuestra naturaleza adquirida a través del lenguaje, nuestra capacidad de pensar y el hecho de que necesitamos estar en común para pensar y hablar. En este libro descubrirás otro elemento universal: nuestra “estructura felicitante”.

Cada forma de vida es un universo lingüístico como una “cultura”. Es una forma de surgir generando formas de ser, y en nuestro caso, formas de ser felices. Se articulan aspectos que dicen relación con el bienestar, con la ética, con la vulnerabilidad, equidad e inclusividad, entre otros. Se articula la vida en los bordes de

⁸ Carla Cordua (2010). *Once ensayos filosóficos*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

⁹ Derrida, J. (1998). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.

las posibilidades: ¿queremos vivir o vivir bien?, ¿vivir una vida o una vida con sentido?, ¿una vida feliz o infeliz? Siempre hay una posible emboscada que querrá imponer otra verdad.

Las personas felices aspiran a concretar gestos y actos que los alejen del comportamiento perverso y excluyente. A veces, no es la justicia o la bondad lo que nos mueve, sino el modo que cada uno tiene de ser justo o bueno, de verse afectado por su bondad o su justicia. Por esta razón, incluso la abyección puede ser inocente, incluso “algo ligeramente desagradable” puede conmovernos. Es necesario pensar la forma de vida como una vida en su propio modo de ser, inseparable de su contexto.

Si una cualidad o evento con el que nos asociamos puede cambiar cuando permanecemos igual, entonces la calidad no soy yo. Puede ser solamente nuestro ego. Es nuestro ego el que nos permite sentirnos posesivos cuando realmente no poseemos nada. Es este ego con sus apariencias de verdad el que cree que cuando perdemos los apegos sufrimos pérdidas. Es la pérdida de algo que nunca tuvimos realmente, por lo que llama al duelo de la ilusión de posesión y de ser eso que veo en los objetos y apariencias e invita al encuentro con la sencillez del ser.

Es lo que ocurre cuando el ser humano vive en un mundo de relaciones no confiables, verticales, instrumentales, de obediencia o abusivas. El sí mismo y el otro viven en un espacio cerrado. La configuración de los valores obedece a verdades y principios inamovibles y su comprensión requiere partir de sus propias lógicas y sensibilidades.

El término felicidad lo aprendimos a través del lenguaje¹⁰, aquellos juegos en los que expresamos de uno u otro modo el sentirnos felices, como hecho humano con sus propias reglas concretas traducidas en palabras y oraciones. No es cuestión de filosofía, psicología o ciencia. Es cuestión de hechos vividos y sentidos.

¹⁰ Wittgenstein, Ludwig (1998). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

Este libro no es un tratado sobre la felicidad, de allí su nombre *Felicidad entre costuras*. No se trata de una medicina para curar algo particular. Analizamos lo que circula a través de un modo de mirar. De algún modo nos mueve el sentido de advertencia ante lo que podemos sucumbir y a la violencia de lo impuesto como algo fijo, exigible y que puede invitar a soberbias y clasismos morales. No se trata de una argumentación vacía de ética, sino de una manera de configurar que no es la única y menos la definitiva.

Llegamos a este convencimiento porque los esquemas que hemos anticipado no agotan el ser ni la pluralidad de su existir en contextos específicos o en formas de vida particulares. Decir y hacer desde el ser-así desde el sí mismo y desde el ser-así con otros constituyen un camino privilegiado para trascender, en la libertad de apropiarse de lo posible para ser feliz. Es un puerto al que llegar sin estar prefigurados mentalmente “por si acaso”.

Cualquier elección que se haga sobre la felicidad sin partir de sí mismo y del sí mismo como otros resulta arbitraria y superficial. Es otra la ruta del esclarecimiento y el punto de llegada es la felicidad como libertad. No somos nihilistas en lo que se está viviendo y lo que está por verse. Nos hemos replegando respecto de las rigideces. No estamos instalados en el tobogán de la caída, agobiados por alguna forma de delirio y de desesperanza. Hemos vivido el vértigo de las explicaciones esencialistas y de la fotografía única, y sabemos que conduce a la discriminación, lo arbitrario, la injusticia, la violencia e incluso la muerte.

Te invitamos a explorar y saborear las ideas de felicidad de este libro, contrastándolas con las tuyas. En esa conversación surgirá nuevo conocimiento y nuevas posibilidades para tu camino de felicidad contigo mismo y, especialmente, con los otros. Aspiramos a un mundo mejor construido a nivel micro y local, lo que está al alcance del propio actuar en nuestros espacios de influencia, desde uno mismo y con los otros, en comunidades que establezcan códigos y alianzas éticas para un buen vivir colectivo.

La felicidad como

carpintero contratado, honesta narradora, vitralista de iglesia,
pescador de mirada profunda, escritor de traspasos, mamá
en vigilia, hermano acariciando el pelo de la pequeña que duerme

todos en la sincronización de la asimilación de la vida

horizontes pintados de naranja

varitas de medicina Nunca sabremos con certeza

cuánto de ayer, cuánto de hoy, cuánto de sueños, cuánto de dolor
pero sabemos

habrá más pasos para salir de la cornisa inhumana
todos los días, no más

tormentos, deseamos que no habrá más
imperios del Viejo Mundo del siglo XIX

semana por mi cuenta (pero he perdido la cuenta de la
cuenta) se sitúa en cien

cada día una pizarra vieja ahora limpia, ¿o no?
una escritura, aunque se pierda la puntuación,

retribución para nuestras conciencias acumuladas
intentando romper lo finito, y ser una excepción
en el anadamiage lo normal

He oído / leído blanco sobre negro
blanco sobre blanco y negro sobre negro y sin vuelta
atrás

un destello de esperanza,
soy suficiente para arrastrarme de
rodillas y mendigar o saltar el monte escarpado
hacia la redención del domingo por la mañana / nuestra cosecha
propia,

FELICIDAD ENTRE COSTURAS

nuestro crisol, qué maravilloso, qué maravilloso,
qué
asignando alquímicamente a este lugar, en este mundo en la tierra,
desgloso: hay una línea violeta *hacia abajo, hacia arriba*
entre nosotros

estoy seguro de que este río nos lavará / nos
limpiará / sin culpa y esa es de la que ya no sé su color /

Todos somos compañeros de viaje, todos somos compañeros de viaje,
todos somos compañeros.

Y en nuestro asombro la felicidad /
el día en que florece la nombramos, no antes

y si nuestra voluntad se
desvanece, la excitación es nuestra razón de ser,

nunca envejecemos
mientras cavamos hoyos hasta que el sol
se abre y las noches de verano nos atraen al
vino y agua, al pan

(Eduardo Escalante)

CAPÍTULO I

UN ASALTO A LA COMPRENSIÓN: LA FELICIDAD COMO ESTRUCTURA

Para dar sentido a nuestros sentimientos y emociones en estos tiempos emergentes, las personas incluimos nuestros deseos extraños en un tiempo a veces lineal y otras veces rizomático, convirtiéndolos en una parte integral de nuestra búsqueda continua para perfeccionar nuestra comprensión de la cultura de la felicidad.

Con el deseo de entender y de dar con las claves de nuestra propia felicidad, exploramos los juegos del lenguaje, los temas que se instalan, las formas discursivas que se adoptan, las palabras que dominan y las significaciones que emergen, los acuerdos y los desacuerdos, y los conceptos que se enuncian, y el decir felices.

“La felicidad como estructura” es un concepto complejo que implica que la felicidad es un “estar sobre sí” mismo para apropiarnos de la posibilidad de todas las posibilidades.

LA POSIBILIDAD DE SER FELIZ ESTÁ SIEMPRE DISPONIBLE
PUES TENEMOS UNA ESTRUCTURA FELICITANTE QUE NOS
LO PERMITE Y QUE OPERA COMO UNA VASIJA, UN CONTE-
NEDOR O EL CONTINENTE DE LOS CONTENIDOS Y ACCIO-
NES QUE CONSIDEREMOS NOS HACEN FELICES.

Zubiri¹¹ considera que para que el ser humano alcance la felicidad se tiene que apropiarse de posibilidades y de este modo se apropiará de “la posibilidad de todas las posibilidades”, la posibilidad radical de ser feliz. Esto requiere su apertura porque “no todo está escrito”.

Esta universalidad se experimenta en la práctica que efectuamos los seres humanos. Es decir, depende de la persona. Y dado que es infinita, hay que examinar el desarrollo singular, formas específicas de despliegue, por ejemplo, desde los griegos a la forma como en la actualidad atravesamos la ciencia. Y en cada momento enfrentamos lo particular. Esto lo podemos hacer mediante predicados descriptivos. Lo universal (estructura felicitante) se expresa en lo específico, en lo particular de una situación.

La felicidad pertenece “constitutivamente” a la persona. La estructura felicitante es constitutiva, universal y no relativa. Para eso tenemos que estar sobre nosotros mismos, con todos nuestros matices, tendencias, sensibilidad e inteligencia. Proyectamos nuestra propia realidad para realizarnos íntegramente, esto es, lograr nuestra forma plena como personas.

Para Zubiri, la felicidad es un deber irrenunciable pues viene en nuestra estructura. Las opciones y los caminos para ser feliz no vienen dadas mecánicamente y es nuestra tarea descubrirlos y practicarlos sostenidamente. Cada uno elige después de darse cuenta de los resultados parciales previos y de la efectividad de sus primeros intentos de felicidad. No hay una esencia previa que guíe la indagación y elección.

Es clave distinguir entre estructura y esencia. La estructura para la felicidad está dada y regalada para todos los humanos. Los contenidos y la dirección que tome nuestra felicidad está dada por nuestras opciones y no por la dirección de una esencia que sabe qué hacer y por dónde seguir la senda feliz predestinada. La felici-

¹¹ Zubiri, Xavier (1986). *Sobre el hombre*. Madrid: Ed. Alianza.

dad no es una esencia que descubrir sino una estructura que abre todas las posibilidades y exige dedicación perseverante para dar con los contenidos y bienes de mi felicidad personal y relacional.

Esto nos aleja de la postura del filósofo Alan Badiou¹², quien se declara platónico. Para él, esto significa afirmar una idea de la verdad como invariante y universal. Además, argumenta que la noción de reconocimiento del otro no arroja luz sobre ninguna situación concreta. Cada configuración colectiva moderna involucra a personas de todas partes, que tienen sus diferentes formas de comer y hablar, que usan diferentes tipos de sombreros, siguen diferentes religiones, tienen relaciones complejas y variadas con la sexualidad, prefieren la autoridad o el desorden, y esa es la forma de actuar en el mundo.

La felicidad puede ser real porque es estructural: el ser humano es estructura felicitante. Este es el genérico de una verdad. Es lo que podemos nombrar, discernir a través del saber. Remite al ser que se constituye. Y través de los contenidos, nos remite al ser en situación, a través del lenguaje, permite identificar lo particular con todas las expresiones verbales (se accede a lo contado); las coherencias, las inconsistencias, lo múltiple en una situación.

No se puede renunciar a este hecho porque es algo constitutivo de la realidad humana en cuanto inteligencia sentiente, nuestro modo de sentir humano, estructurado y posibilitado por los afectos y la alteridad. Cuanto más una forma de vida se vuelve monádica e indivisible, más se aísla de las otras mónadas y pierde la posibilidad de interacción y construcción de lo colectivo.

Hay muchas personas que se dicen felices y que no nos son extrañas, pues nos generan una sensación inefable de ¿resonancia?, ¿reconocimiento?, ¿cercanía?, ¿sintonía? Esto lo hace posible la estructura felicitante de la que disponemos. Frases como “me pasó lo mismo”, “me emociona como a ti”, “me estremezco con lo que

¹² Badiou, Alan (2002). *Breve tratado de ontología transitoria*. Barcelona: Gedisa.

hacemos” o “me gusta estar con ustedes pues me siento como en casa”, pueden suceder por el encuentro sensible de nuestras estructuras felicitantes.

Esas resonancias felicitantes son fragmentos de tiempo en los que quisiéramos grabar el momento para conservarlo (no hay que olvidar nuestro cuaderno de notas), en especial cuando no hay palabras asociadas a las experiencias que hemos tenido. Eso es lo que ocurre cuando “hablamos” de felicidad: un rizoma, un vitral, un campo semántico sin límites (con historia y sin historia) y un juego de lenguaje.

No nos referimos a una simple coexistencia de voces humanas diferentes sino a la articulación de registros heterogéneos (a una pluralidad de contenidos felices), en los que encontraremos austeridad (pocos criterios fijos y claros respecto de cómo ser feliz) y los énfasis que se hacen cargo de disipar la incertidumbre y la forma de convencer de este camino de felicidad.

¿Qué se supone que debemos decir cuando captamos o vivimos un momento de felicidad? No sabemos, es tan personal. De lo que sí estamos ciertos es que nos invade una sensación sentida y un sentimiento profundo de “esto es”. Se trata de salir de cuán lejos hemos caído, cuán perdidos podríamos estar o cuán remoto es el fuego brillante del discurso sagrado. Se trata de poner el lenguaje sin reservas al servicio de la felicidad y generar una forma de vida que genere un sujeto ético ante la pérdida de gestos humanos.

Es la recuperación del ser desplegado en su plenitud, en contextos siempre cambiantes. Es lo que Lorde¹³ llama el poder erótico del “conocimiento no racional”: no nos conformamos con una comprensión menor, permitiendo que no se pierda el significado sustantivo que tiene una cuota de recuerdos y una cuota de invención. Es el viejo sol, ahora visto con otros ojos. De este modo,

¹³ Lorde, Audre (2000), “Uses of the Erotic. The Erotic as Power”, Drucilla Cornell (ed.), *Feminism and Pornography*, Nueva York, Oxford University Press.

se supera la extrañeza y la alteridad en cualquiera de sus formas. Cada persona, nuestra singularidad, da testimonio de sí misma en el ser y el ser se expresa en ella en cuanto singular.

La felicidad permite trasladarse empáticamente hacia una intención expresada a través de los gestos, los juegos de lenguaje y las actuaciones humanas. A veces no se requiere comprender mejor, sino que comprender de otro modo, tanto para el sí mismo como para las relaciones con los demás. La interpretación del sentido no acaba nunca. Es la base para decir algo y actuar de un determinado modo. Metafóricamente hablando, una sola gota de gramática condensa toda una nube de filosofía, como dijo una vez Wittgenstein.

Cuánto de lo alcanzado aún permanece desconocido. La razón bosteza. El canto del gallo positivista está de vacaciones, cansado de su ruido endiablado. Debemos estar alertas a la fábula de la felicidad que quiere convertirse en verdadera. Para algunos tratar la felicidad tiene que ver con números (incluso los limitan), pues para ellos los hechos son números (una manera trasnochada de razonamiento pitagórico). Se requieren gestos diferentes, actuaciones distintas y una escritura de borradores de singular producción, nada definitivo salvo aquello que nos define como seres humanos, en este caso, la existencia de nuestra estructura felicitante singular y universal a la vez.

Ciertamente somos vulnerables y desde esa vulnerabilidad podemos ser felices, aunque tengamos incontables falsos sucesos o escuchas erradas. La vulnerabilidad es una senda privilegiada para rearticular posibilidades felicitantes: “me duele mucho lo que dices y piensas, y no sé qué hacer, pero sé que tenemos que salir de esto, ojalá juntos. Me da miedo”.

¿Qué explica esta posibilidad de hacer que la felicidad cobre vida en cada persona singular? En este proceso la mente dibuja asociaciones, redacta, desplaza, reprime, mueve y comparte en un acto de improvisación y asociación libre. La razón no obedece a

criterios fijos. No operamos estableciendo premisas y conclusiones deductivamente. Nuestro vértigo es diferente. Nos interesan los enunciados y advertencias que surgen desde lo particular. Entonces emergerán similitudes, diferencias, perspectivas, matices y patrones que nos permitirán entender qué se entiende por felicidad en términos consensuados en una forma de vida específica.

En este tipo de experiencia subjetiva nos sentimos conmovidos por las sensaciones o emociones como una empatía, articulándose como sentir en la forma de lo otro desde el sí mismo. Esto dependerá de las propias creencias. La persona examina y amplía sus propias creencias desde la evidencia y sus emociones, evolucionando e integrando, sin alterar los hechos, dejando ir las creencias inefectivas y armonizando. Todo esto sucede en una forma de vida específica y través del juego del lenguaje: lo dicho, lo insinuado y lo hecho para lo cual aún no hay un decir. Y todo esto lo hacemos con los demás que están domiciliados en una misma forma de vida. Nos sonrojamos al leer a algunos filósofos esencialistas y causalistas.

A través de *Ulises* de James Joyce podemos describir la emoción de estar cerca de una mente que no había sido calibrada para formas preparadas y que nos iluminó el camino para indagar sobre la felicidad. Descubrimos que quienes se dedican al estudio y formación en felicidad, y no son pocos, saben que hay múltiples miradas y explicaciones teóricas, distintas versiones o interpretaciones de la realidad. Nosotros no lo hacemos desde las esencias.

En Zubiri, Aranguren, Polo y Cortina hemos encontrado un nicho de enormes contribuciones que no necesariamente se integran a otras explicaciones existentes sobre la felicidad y a los procesos explicativos clásicos.

El lenguaje de los filósofos españoles para abordar la felicidad nos llevó a algunas descripciones inesperadas. Cuando examinábamos los textos y fragmentos, intentamos escuchar la sintaxis y la disposición de las palabras y los pensamientos que estos auto-

res han creado o derivado. Intentamos comprenderlos a partir de nuestras propias experiencias profesionales y nuestras formas de vida, de modo de integrarlos a nuestra reflexión y hacerlos propios. Hay conceptos que nos conmovieron profundamente, como la vulnerabilidad, la ética cordial y la justicia, que permiten evitar estar a espaldas del mundo. Como lo recuerda Nietzsche, nos permite sentir las “pequeñas puñaladas de felicidad”, lo que nos pincha y nos ilumina. ¿Habremos dejado espacio para el “accidente” y a veces lograr algo “jugando al revés”?

Como lo revelan muchas experiencias históricas, cada persona puede potenciar de un modo activo y progresivo su felicidad por sobre el dolor, la satisfacción o el desasosiego interior, pues no se trata de compartimentos estancos sino que convergen de algún modo en cada una de nuestras experiencias de vida. Esto es posible porque disponemos de una estructura habilitante que se hace consciente justo en los actos del *querer-yo* planteado por Polo¹⁴, y no solamente como una característica meramente estructural de la persona.

La dualidad del yo es respecto a dos potencias: yo significa ver (*ver-yo*) y querer (*querer-yo*). Por consiguiente, hay que hacer referencia a la receptividad de la voluntad, es decir, al *querer-yo*, sus operaciones, apertura y evolución.

La voluntad no podría ejercer actos si la inteligencia no le presentase hechos, encuentros y ciertas situaciones. En este sentido, la voluntad respecto a la inteligencia guarda una proporcionalidad con ella sin la cual la voluntad no podría ejercer sus actos.

Los hábitos implican formas de pensar sobre el mundo que dan forma a la coherencia de una actuación en una determinada forma de vida y están ligados a nuestra concepción transitoria de la buena vida, la vida plena, la vida feliz y, por extensión, a la vida virtuosa o ética. Nos protegen de aquello que no podemos

¹⁴ Polo, L. (2003). *Antropología Trascendental II*, Pamplona: Eunsa.

manejar, sin perder de vista, por ejemplo, el deterioro de las condiciones sociales, económicas y ambientales que nos obligan a buscar modos o géneros de vida alternativos, más allá de los diagnósticos. Tenemos la capacidad de ir más allá de los bordes ásperos de ciertas realidades, más allá de las leyes del crepúsculo de los dioses wagnerianos.

El sentimiento de vitalidad y manifestación espiritual, aunque pueda aparecer encubierto, moviliza términos tan diversos como presencia, perspicacia, erotismo, impulso de animación, lo humano, lo real o lo irreal. No necesariamente podemos verbalizarlos. Lo que está en juego es una forma de conexión desde sí mismo y con los demás en un mundo de alteridades.

En nuestra forma de vida se requiere interrogar nuestros apegos, lo que asociamos con la buena vida y comprender que percibir posibilidades de vivir de otra manera no necesariamente nos conducen a la infelicidad, incluso cuando la mayoría de las personas reconocen el vacío que experimentan sin la felicidad.

Una forma de vida es una vida que se ha puesto en forma, actualizada en formas de vínculos humanos y expresiones del lenguaje que deciden qué es parte de ella y qué no. Hay que estar alerta a las posibles formas de exclusión a partir de los códigos éticos actuales. Este es un giro importante en el mundo actual y que abre la esperanza a gestos y prácticas de felicidad y esperanza social. ¿Cuánta hay en la exclusión que puede mostrar el siguiente paso para una vida colectiva de mayor bienestar y felicidad, el siguiente estado de evolución felicitante?

Como el inconsciente, hay arquetipos a los que es imposible acceder directamente. Se pueden describir indirectamente rastreando sensaciones de vida, sombras de sentimientos e impulsos de vida de formas de vida particulares. Las realidades sentidas nos proporcionan una forma más directa de dar acceso a nuestros mundos interiores. Las emociones son elementos esenciales de la inteligencia humana (inteligencia sentiente para usar los términos

de Zubiri) y de nuestra capacidad de razonamiento y argumentación. Poner en primer plano la realidad interna de una persona sobre el dominio de la realidad externa es un movimiento radical para vivir la vida centradamente y con la ética como guía, dos enormes predictores de la vida plena.

Hay formas de vida caducas que perviven solamente por una lógica deontológica (basada en el deber) o un fundamentalismo, porque los sistemas de poder los mantienen. Hay que tener cuidado con analizar la felicidad donde se espera encontrarla, incluso cuando se informa que la felicidad está perdida. Por ejemplo, para algunos estrechos, la bondad de las mujeres se juzga por la felicidad de sus hogares y la felicidad que dan a los demás. Ese es un juego de lenguaje fragmentado y castrador que no hace mérito a la estructura felicitante y a la libertad de cada mujer. Es un juego de lenguaje desde el otro, sin describir lo que al sujeto mismo le sucede.

Lo peor sería escapar de la vida y el destino. Un intento tan desesperado de escapar equivaldría a una vida vergonzosa, equivocada y profundamente infeliz.

El culto a la positividad de tener siempre pensamientos felices constituye algo que requiere análisis. Las atribuciones de felicidad pueden ser las normas sociales y los ideales culturales que se vuelven afectivos, como si la proximidad relativa a esas normas e ideales crearan la felicidad. Mucho del estatus quo apunta en esta dirección. En cada forma de vida se habla, se describe y se nombra.

Esto amplifica el papel de las palabras, las oraciones, los verbos, sustantivos y adjetivos que enjaulan o liberan palabras. También se alimenta de la idea adánica de alguien que ve una gota verde y difusa y dice árbol, acercándose así a ella. Lo mismo puede pasar con la felicidad, la condición humana y todos sus quehaceres, por ejemplo, describir y crear hablando de lo simple y lo complejo, pero sin dogmas. El riesgo de esto último es quedar atrapado en la tristeza.

La felicidad es un espacio construido, a veces sólido y otras veces frágil. En lenguaje poético, es como decir “Digo / esta felicidad aquí porque alguien podría escucharme”. Cada uno desenrolla una determinada palabra u oración, y actúa de uno u otro modo, en ocasiones guarda silencio. No se puede exigir una respuesta.

Parafraseando a Zubiri, la persona va adquiriendo una conciencia más plena de lo que es y puede ser en relación con su sustantividad en cuanto realidad feliz apropiada desde las posibilidades. El dinamismo de cada forma de vida la hace evolucionar a través de los juegos de lenguaje: gestos, decirs y actuaciones, los ejercicios de nuevas formas de ver el mundo y la felicidad, con una disposición crítica a lo que hemos naturalizado como lo culturalmente deseable para ser feliz.

La diferencia de los hábitos de la inteligencia y de la voluntad es que los primeros se adquieren con un solo acto, mientras que los hábitos de la voluntad no están completos, porque siempre se puede crecer en virtud de un mejor querer y persistir. Es por esta razón que la voluntad puede incorporar también a la libertad como algo propio, con los sentimientos como motor de realización. En la medida que crece la voluntad se convoca a la inteligencia y los sentimientos, y no quedamos atrapados en el desencanto.

La voluntad está en el orden de llevar a cabo actos y no está aislada. Su característica es la de acompañar a la inteligencia. Esto se explica porque el crecer humanamente se da por el uso de la voluntad y el poder del sentimiento.

A través de la inteligencia se puede descubrir y aprovechar posibilidades. Esto hace que al descubrir oportunidades se provoque el encontrar alternativas. Esto se logra al salir de los datos desgastados y envejecidos e inventar creativamente. Se accede a lo que sucede y lo que se dice, diferenciándolo de lo que solamente se actúa sin decir. La inteligencia es la capacidad reflexiva de generar distinciones significativas en contextos específicos, amplifi-

cando las comprensiones previas o poniendo luz en lo sombrío, caótico o no develado, abriendo nuevas posibilidades de asombro, comprensión, percepción y creación.

Cuando la inteligencia ejerce su poder iluminador y clarificador se relativiza la pretensión de verdad y se evoluciona. Muchas veces nuestro aprendizaje de felicidad/infelicidad es gatillado por algo que escuchamos decir a alguien, una historia que alguien nos contó sobre ellos mismos, algo que vemos escrito en una pared, una frase de un post, o por algo que nos sucede una y otra vez durante un corto período de tiempo. Frecuentemente, la felicidad está en los pequeños detalles y en lo simple, quizás esperando en fragmentos que se acumulan a nuestro alrededor, a veces en los recuerdos de lo que encontramos útil o en palabras que han estado esperando durante años para ser usadas.

Con Cortina hemos aprendido que las capacidades que muestran los ejecutivos excelentes son porque toman conciencia de sus equivocaciones y rectifican, no porque no erren. Las cuestiones del significado dependen de juegos de lenguaje disponibles en cada forma de vida.

Si bien la felicidad como estructura es un concepto complejo, es fundamental comprenderlo. Es este concepto el que nos distingue como persona: unos activan la estructura habilitante –disponible para todos– en una u otra dirección a partir de su voluntad (deseo o potencia pasiva) e inteligencia y cada uno opta en lo que el lenguaje en una determinada forma de vida. Cada uno resuelve la magia de su vida, sus jornadas personales, el mundo elegido, familiares, sus visitas y el giro a lo que se ve diariamente a través de aventuras para romper con el comportamiento clásico, un abanico existencial lejos de los *reality shows*, esto es, de estereotipos culturales instalados por los medios, la publicidad y las normas de éxito del subgrupo societario al que se cree pertenecer.

Cada opción que significa selección de contenidos para la felicidad es legítima e irreprochable. Cada uno elige lo que quiere

ver y lo que no quiere ver en la dinámica de una forma de vida. No implica un psiquismo constituido. Toda opinión tiene un sustrato emocional. A lo más podemos distinguir las posturas por la solidez o escasez de sus fundamentos o argumentos y la evidencia en que se sostienen, pero podemos reconocer el fundamento emocional que pone en movimiento a lo racional. Lo objetivo posee un núcleo subjetivo. Hay un impulso para generar una imagen de lo desconocido y lo novedoso, para habitar. Son como bisagras.

Hay una estructura habilitante para la felicidad en el ser humano y toma formas específicas en cada forma de vida. Cada uno la llena a partir de los hechos vividos desde sí y con otros, aprendiendo a dudar de los supuestos, de la interpretación y de la organización de los hechos entre sí, no con un ideal fijo en mente sino en un proceso en articulación permanente, como la Catedral de la Sagrada Familia de Antonio Gaudí en Barcelona, iniciada en 1882 y aún en construcción.

El ser se confronta a lo convenido, enseñado y establecido, lo canónico. Se vive en lo abierto, sin dejar de ser sujeto. Quizás la felicidad se trata de inventar la elección de una vida virtuosa, con los dos ejes de su balanza: a un lado la inmanencia y al otro lado la trascendencia.

Se reconcilia el lenguaje con lo humanamente vivido. A través de los hechos y las palabras se va generando la construcción de la felicidad y se va dotándola de distinciones para seguir avanzando en la consciencia de lo feliz e infeliz, a menudo vaciando las experiencias de su contenido habitual. Se toma conciencia de la historia que se vive y se selecciona sus fragmentos, como el continuum de Heráclito: un movimiento permanente de hechos, de experiencia humana y de lenguaje.

En el día nuestra fuerza somos nosotros, entre nosotros, y no hay silencio. Nos decimos palabras y oraciones que nunca nos habíamos dicho, por ejemplo, “¿será la felicidad un atributo natural de mi conexión con Dios?”. En expresión de Ciceró, *tornillo*

verborum, vis verbi, fuerza de las palabras, fuerza de la palabra. Nos decimos a dónde queremos llegar trascendiendo, retirando capas que recurren a otras capas de la mismidad, dejando atrás los esquemas y objetivaciones anunciadas como certezas. ¿Dónde podremos llegar? Es interesante el viaje de Floki en la serie televisiva *Vikings*. Buscando dioses encuentra la cruz y el cáliz.

A partir de la estructura felicitante, indagamos cuáles son los juegos de lenguaje que sus miembros están jugando respecto de la felicidad, sin buscar explicarlos, pero necesitando describirlos y conocerlos para acercarnos a los contenidos específicos que dan cuerpo al decir y a los actos de felicidad.

La existencia en las personas desarrolla un tiempo indefinido de regularidades e irregularidades que producen un discontinuo interno. En este proceso ocurren los momentos de felicidad/in-felicidad. Es una especificidad y una historicidad que se siente, se escucha y que ocurre: felicidad es levantarse, caerse, hundirse, respirar, abrirse y suceder. ¿Cuáles están presentes en tu juego del lenguaje sobre la felicidad?

Queremos evitar posibles malentendidos filosóficos sobre la semántica y gramática que están involucradas en nuestros análisis, porque no recurrimos a explicaciones. No se trata de generar alguna teoría sobre la significación de lo que se expresa como felicidad, sino aclarar el cómo funcionan los juegos de lenguaje a través de una dinámica participativa en un contexto específico. Esto permite registrar evidencia sobre las reglas construidas o co-construidas que indican que el significado de expresiones como “lo principal para ser feliz es la gratitud” y su seguimiento, avalarán la legitimidad de lo que se entiende por esto (su significado).

De esta manera, accedemos a la variedad de expresiones que emergen de una pluralidad de situaciones que han sido posibilitadas en lo cotidiano, considerando que estas expresiones producen consecuencias en la precisión semántica de las palabras que se usan.

La persona marca este evento en su habla interior y usa el lenguaje con una palabra inicial para nombrar felicidad: alivio, serenidad, gratitud, solidaridad, pasión, gracia, conmisericordia... Y fija un ritmo sintáctico, prosódico, el movimiento de las palabras que trae la melodía de la sensación feliz. Emerge el sujeto filosófico (ese que está en cada uno de nosotros), el sujeto psicológico (ese que tiene sensibilidad a las alegrías y dolores), antropológico (ese que es cultural), el sujeto del lenguaje (el que habla la lengua), el sujeto del derecho (ese que habla desde el imperativo categórico) y el sujeto de la historia (ese que puede transformar la sociedad, aunque no tenga fuerza política).

Hay quienes se sienten felices mientras el mundo se derrumba a su alrededor y otros, teniéndolo todo, son infelices. No hay una lógica deontológica ni una moral establecida para definirlo. Lo que desde nuestro punto de vista no se puede negar es la estructura habilitante para ser feliz, que está disponible en cuanto somos seres humanos.

SOMOS SERES PARA LA FELICIDAD. ESTE ES EL FUNDAMENTO
UNIVERSAL, LEJOS DE TODO RELATIVISMO.

Cada uno elige el “guerrero feliz” que quiere ser (Wordsworth)¹⁵. Unos elegirán el camino hedonista, otros el de la responsabilidad consigo mismo y con los demás, otros el de la ética de la vulnerabilidad o la ética de la justicia. Cualquiera sea la elección es un constante “ir y venir” a través de los juegos de lenguaje y de la intimidad. Habrá metáforas y preguntas sin solución o sin respuesta.

¹⁵ “El guerrero feliz” está tomado del poema de William Wordsworth de 1806.

La felicidad, como el placer, es una noción que supera largamente a la psicología positiva. Algunos psicólogos han realizado aportes significativos. La concepción de Seligman de la felicidad auténtica y su modelo de florecimiento humano y vida plena, por ejemplo, implican tanto una emoción positiva como una actividad valiosa, en un marco de relaciones significativas sostenidas¹⁶. Se ha confirmado que las personas felices tienen un propósito de vida significativo y orientador, que los lleva a comprometerse e involucrarse en acciones concretas que concluyen en logros de bienestar personal y compartido, con relaciones y vínculos profundos, y viviendo dosis de gozo, placer y positividad, y lograr manejar el desaliento y la desesperación.

Si bien lo anterior es un reflejo de lo empírico, lo central en la felicidad, por tratarse de una postura filosófica más que psicológica, es comprenderla como la singularidad, el suceso y una forma de verdad anudada, desde la que emerge su verdad. No hay felicidad excepto para la persona, alguien que acepta llegar a ser sujeto.

La felicidad es una figura subjetiva del ser abierto a la felicidad real y, en cuanto tal, es el disfrute de nuevas formas de vida. Supone una liberación del tiempo (del reloj). El ser-feliz reside en el descubrimiento desde sí mismo, desde el propio interior. Todo lo que sabemos de la felicidad es por el poder subjetivo. La persona al asumir un mundo distinto queda dentro y afuera del viejo mundo y sale de las limitaciones negativas del mundo, por lo que la felicidad es una forma de emancipación. El viejo mundo también lo representa el pensar la felicidad como satisfacción. En este último caso, la persona sigue instalada en el mundo tal cual es, en el centro o en la periferia de sus límites, sin la potencia para ir más allá. Para ser feliz, de algún modo es necesario cambiar el mundo, nuestro mundo contemporáneo. Si no lo especificamos, el mundo se transforma en una cuestión oscura.

¹⁶ Seligman, Martin (2003). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Vergara.

El cambio puede ser de nuestro mundo interior, el de las representaciones, las memorias, las pasiones, nosotros con cuerpo y mente. Esto permitirá examinar si existen rigideces en nuestra identidad. Se requiere examinar los mundos colectivos, mi familia, mi cultura y mi profesión, desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, desde el mundo de los individuos que es el de la psicología, el mundo de los grupos cerrados que es de la sociología, el mundo de los procesos abiertos que es el de la existencia de la humanidad y de la historia, y también el mundo de la física y la cosmología.

Durante mucho tiempo podemos permanecer bastante desenfocados, sin saber qué hacer. Uno tiene muchos trabajos diferentes y prueba todo tipo de cosas. Las experiencias personales van indicando la necesidad de ser alguien singular. A veces deriva del dolor de no intentarlo. En retrospectiva, cada uno puede identificar qué incorpora el dolor a su tránsito humano y cada uno enfrenta de algún modo las sombras más largas y las más cortas, las reales y las inventadas, su propia noche oscura del alma.

Los desafíos comunes de ganarse la vida, mantener una relación, educar a los hijos y envejecer se están convirtiendo en campos de batalla de la angustia existencial y el odio a sí mismos en una cultura que exige consumo conspicuo, asociaciones de alto octanaje y juventud perpetua. Desde el absurdo podemos encontrar la felicidad, así como desde lo inhumano¹⁷.

En palabras de Hegel, el hombre es en la medida en que habla y es mortal, un ser negativo que “es lo que no es y no lo que es” o, según Heidegger, el marcador de posición de la nada. El análisis de Agamben¹⁸ se centra en este lugar de negatividad que

¹⁷ Foley, Michael (2010). *The Age of Absurdity: Why Modern Life Makes It Hard to Be Happy*. United Kingdom: Simon & Schuster.

¹⁸ Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

el ser humano ocupa en la tradición de la metafísica occidental, concluyendo que, si uno no puede dar cuenta de lo que es propio del ser humano sino a través de lo negativo, tampoco será capaz de pensar lo ético y permanecerá enredado en las perturbadoras consecuencias políticas de ese fracaso.

Quien dice estar feliz es porque ha vivido el dolor, la miseria, el trauma, el maltrato, la desesperanza, la desesperación y la infelicidad como angustia existencial, en un tormento que a veces parece no terminar. Nuestros estándares de felicidad son por comparación personal de nuestras sensaciones y vivencias emocionales. Sabemos lo que es pues vivimos lo que no es. Los que se declaran felices han vivido profunda infelicidad y dolor. Sólo así saben que en su estructura constitucional estaba la felicidad potencial, como una bellota esperando ser regada y cuidada para desplegar el majestuoso nogal.

¿Hay posibilidad de que algunos sean felices sin haber pasado grandes sufrimientos en sus vidas? ¿Podemos descubrir ese potencial de felicidad sin haber sufrido graves situaciones de dolor y desesperación? Por supuesto. El tamaño del dolor y del trauma no es condición para sentir luego mayor o menor felicidad. Nos referimos a la experiencia de la frustración y el duelo, en cualquiera de sus magnitudes. Desde el “eso no lo quiero para mí, no quiero sentirme así en la vida” se configura la posibilidad de lo que sí es. Y entre lo máspreciado para uno y para los seres amados está la vida feliz.

SOMOS UNA ESTRUCTURA HABILITANTE DE FELICIDAD,
DINÁMICA Y CONSCIENTE.

Lo anterior representa lo característico de la vida que es su dinamismo estructural¹⁹. Desde el punto de vista de la felicidad somos una *estructura habilitante dinámica y consciente*. La persona es una esencia abierta, en este caso a la felicidad²⁰. Uno opta por abrirse, mirarla de reojo o cerrarse a ella. En este sentido, la felicidad es una decisión personal consciente y deliberada que ocurre en una determinada forma de vida.

Usando el lenguaje de Zubiri, decimos que toda persona quiere apropiarse de la mejor posibilidad disponible en su realidad en la que vive para ser feliz y, en este camino, habrá que tener en cuenta que existe una dirección siempre dada: la orientación hacia la felicidad.

Sin hablar de felicidad, algunos autores muestran el horizonte de sentido de la vida, ya sea la tendencia a la autoactualización de Abraham Maslow, el despliegue de la persona que esencialmente soy de Carl Rogers, el desarrollo de capacidades de Amartya Sen o el impulso a la ética de los máximos de Adela Cortina. Un potencial de propósito latiendo en la estructura del ser, una posibilidad aún no activada.

La felicidad forma parte de nuestra estructura esencial como seres humanos y es el estado estructural de nuestro ser. Cada uno determina su contenido y lo puede hacer hacia la felicidad o la infelicidad (es el tema de la felicidad como contenido que abordamos en el capítulo 2). Por ello, no podemos decir que la felicidad es nuestro estado natural de ser, solamente podemos decir que es nuestra disponibilidad estructural consciente.

Hay personas que a partir de su disponibilidad estructural optan por tener un estado de ser anclado²¹ en el malestar o en la infelicidad. En algún momento describimos el significado simbó-

¹⁹ Zubiri, X. (1989). *Estructura dinámica de la realidad*. Alianza Editorial, Madrid, pág. 66.

²⁰ Zubiri, X. (1989). *Estructura dinámica de la realidad*. Alianza Editorial, Madrid, pág. 207.

²¹ O arrojado, en palabras de Heidegger.

lico de las cosas y las razones para no morir. Se actúa respecto de lo conocido y con las incógnitas en el aquí y el ahora. En cuanto tal, la felicidad es presencia atenta. Hay muchos autores que se equivocan en este punto.

La felicidad una filosofía tan antigua que cada época la de-canta. El deseo de ser feliz es una aspiración universal y, sin embargo, no parece haber respuestas o fórmulas fáciles para alcanzarla. Actualmente convergen en los análisis las teorías del sujeto, del ser y lo que ocurre. Cada una significa un giro hacia el ser, ser lanzado en, ser con otros, ser más allá de las desgracias y los diagnósticos sociológicos, por ejemplo el de Slavoj Žižek²², para quien deberíamos postular que la felicidad se basa en la incapacidad o falta de preparación del sujeto para enfrentar completamente las consecuencias de su deseo: el precio de la felicidad es que el sujeto permanece atrapado en la inconsistencia de su deseo.

En nuestra vida diaria, pretendemos cosas que realmente no deseamos, de modo que lo peor que puede suceder es que obten-gamos lo que deseamos “oficialmente”. Por esto mismo, la felicidad es inherentemente hipócrita e insidiosa: es la felicidad de soñar con cosas que realmente no queremos.

Enfrentamos una época en la que muchos no aceptan la responsabilidad por sus acciones y siempre lo que no es deseable será culpa de alguien más. Cuántas veces hemos escuchado “si mis padres me hubiesen cuidado más sería feliz”, “si hubiese tenido capital para montar un negocio habría sido exitoso y feliz”, “sería feliz si me esposo(a) no me hiciera la vida imposible”. “si hubiese nacido en un país con mayor igualdad de oportunidades habría llegado más lejos y estaría pleno” o “ese es feliz porque tuvo suerte”. Esto no puede hacernos felices, aunque creamos que sí, una sombra de felicidad que no lo es.

²² Žižek, Slavoj (1998). *The Plague of Fantasies*. New York: Verso.

Del mismo modo, llenamos nuestras vidas con cosas que son demasiado complejas como para que las entendamos, incluso si pudiéramos. Cuantas veces escuchamos “cómo ser feliz con todas las obligaciones que tengo como madre-padre, empleado, cónyuge, hijo, pariente y amigo. No tengo tiempo para parar y hacer las cosas que dicen para ser feliz. ¿A qué hora hago mindfulness o practico meditación? Mi ritmo de vida no me lo permite. No tengo tiempo para ser feliz. Quizás más adelante”. La mente siempre encuentra argumentos para no hacernos cargo de la transformación personal y la felicidad, creyendo en el espejismo del tiempo y la mejor disposición futuras. Si no es hoy es poco probable que sea a futuro. A veces la consciencia no llama a la puerta demasiadas veces.

Nuestra cultura ahora se deleita en entorpecer, ya que entender algo es demasiado molesto y exige reflexividad. El pragmatismo fagotiza la inteligencia. La felicidad no es un bien de consumo desechable e intercambiable, aunque a alguna publicidad le fascine esta trampa consumista. Recordamos algunas frases publicitarias: “En _____, la felicidad cuesta menos”, “destapa la felicidad”, “la felicidad es un clóset lleno de zapatos o lleno de cervezas”, “la cajita feliz”, “ahorre con nosotros por una jubilación feliz”, “hay cosas que no tienen precio. Para el resto existe _____”. Necesitamos detenernos, silenciarnos, conectarnos, sentir y pensar para avanzar. En el silencio más sagrado de mi interior, ¿qué me hace feliz?

Y así nos vamos haciendo infelices, a la espera de un momento idealizado cuando “ya tendré tiempo para hacer las cosas que me gustan y hacen feliz”. Cuántos se autoengañan con la esperanza de una jubilación feliz, un golpe de fortuna, un gobierno social o un año sabático imposible para la mayoría de nosotros. Estar disponible para la felicidad es ahora, sin dejarla que pase de largo y apropiarnos hoy de nuestras posibilidades felicitantes, que siempre toman dedicación perseverante. Por eso muchos dicen que

la felicidad no es gratias. Implica trabajo deliberado, voluntarioso, consciente y arduo, pues son simples actividades que debemos hacer todos los días. Y eso, ¡ya es muy difícil!. Pensarla a futuro posterga la responsabilidad de mi felicidad y la de los que me rodean, y dinamita la posibilidad felicitante en el actuar presente, que es la única que tenemos disponible y a mano.

Es en este mundo heterogéneo, diverso y a ratos caótico en el que abrimos la posibilidad de ser felices, sabiendo que tenemos una estructura habilitante. Lo que enfrentamos nunca constituye callejones sin salida. Cada uno define el texto faltante, las notas marginales y los escritos que habrá que revisar en las noches para saber cuándo hay que girar los ojos o los pies. El único laberinto sin salida está en nuestra mente y son las propias creencias limitantes para la felicidad, muchas de ellas inconscientes u obvias, por ejemplo, para ser feliz hay que tener hijos, pareja, trabajo y buena salud. Numerosos estudios desmontan estos mitos de la felicidad²³.

Las cuestiones de significado existencial (que se tratan desde perspectivas religiosas y no religiosas o humanistas), de vulnerabilidad y sufrimiento, de la alegría y de las posibilidades de felicidad o realización humana, del significado de “el Bien” y la buena vida, del conocimiento y la ignorancia, todas de alguna manera permiten comprender las posibilidades de las que dispone la persona para optar a partir de sus valores (bienes) más preciados, en su mundo interior, lo que le permite soplar en la dirección opuesta a los aires tóxicos. Sentir, identificar y nombrar lo que no es, para ir por lo que sí es.

La felicidad real es una figura subjetiva de lo abierto al sentido latente y de la oscuridad de su sentido. Se trata de un deseo revolucionario en el pensamiento: habitar lo claro. Esto se distancia del enfoque hermenéutico de descifrar el sentido de la exis-

²³ Lyubomirsky, Sonja (2014). *Los mitos de la felicidad*. Santiago: Urano.

tencia y el pensamiento (su concepto central es la interpretación). Es lo que Echeverría llama “el claro”, aunque no lo refiera a la felicidad²⁴.

El hecho es que la vulnerabilidad, el dolor, la pérdida, el miedo y, en última instancia, la extinción, no son simplemente una función de las dificultades psicológicas o de desarrollo, sino que es parte de nuestra misma naturaleza como seres humanos, uno de los signos de la existencia. Y a menos que la vida moral se pueda vivir de manera compartimentada, de una manera que nos ignore o nos ciegue peligrosamente a esa vulnerabilidad (y esto implicaría un sacrificio de nuestra integridad), entonces vamos a necesitar ejercicios espirituales que nos permitan encontrarnos con nosotros mismos.

Conocemos suficientes directivos que viven esta esquizofrenia moral abiertamente enferma, en una descomposición personal casi sin retorno: predicán valores, financian organizaciones religiosas, dan charlas de liderazgo ético y abundan en los medios de comunicación, mientras mantienen a sus amantes, abusan sexualmente de las vulnerables en el trabajo, despiden a los que no se suman a los grupos de encubrimiento y usan cualquier estrategia depredadora e inmoral para sostener su poder y eliminar a la oposición. En el poder abundan los psicópatas y sociópatas, y cuando no están en las categorías psiquiátricas, operan en el individualismo extremo, el capitalismo expropiador para la propiedad privada personal y el egocentrismo materialista.

Tenemos que avanzar hacia una dosis de gracia y verdad como siempre con el tenor específico de nuestra forma de vida, en las emociones para la vida feliz, dejando la malicia a otros. No necesitamos recurrir a las novelas o series televisivas para darnos cuenta del efecto negativo del orgullo, la vanidad, el miedo, la vergüenza, la envidia, la codicia, la autoabsorción y las fantasías

²⁴ Echeverría, Rafael (2000). *Por la senda del pensar ontológico*. Santiago: JC Sáez Editor.

de poder. ¿Viste *House of Cards* y la pareja Underwood? Cuando se dice “hay más empresa en ir desnudo” creemos que se quiere decir tener el coraje de admitir la verdad emocional y la voluntad de cuestionar ideales.

Disponemos de una estructura esencial que permite el vivir una vida buena, una vida plena, con gracia y profundidad, y ser felices. Es cuestión de elección. Este enfoque es una manera de hablar sobre la persona como estructura abierta a lo disponible, independientemente de los problemas que enfrente nuestra época de tiempos descontentos e impredecibles. Algunos logran sortear los obstáculos de la época, otros no, pero ambos deciden qué hacer con la estructura disponible.

Cabe encontrar obras humanas en cuya producción ha tenido parte la felicidad, así como experiencias de dolor o en las cuales el ser humano aparece afectado por él. Es cuestión de analizar los resultados de las dos guerras mundiales. Pero no es fácil descifrar y metabolizar este tipo de experiencias. Por ejemplo, las descripciones o las interpretaciones de las actitudes humanas ante el sufrimiento son insuficientes porque el enigma del sufrimiento sólo puede resolverse si se encuentra su sentido, el para qué estoy sufriendo. Desde nuestro punto de vista, lo mismo ocurre con la felicidad. Es difícil tener la última palabra aunque podemos identificar ciertas virtudes felicitantes: fe, esperanza y gratitud. Respecto de esta última, debemos recordar que las personas están aquí hoy, pero puede que no lo estén mañana.

Algunos investigadores distinguen entre la felicidad como un estado psicológico (por ejemplo, sentir más placer que dolor) y la felicidad como una evaluación positiva de la vida, incluso si ha significado más dolor que placer. Estas cuestiones conducen inevitablemente a la virtud, que se puede decir de muchas maneras al igual que la felicidad. Se podrá diferenciar los argumentos virtuosos y los viciosos, que los entendemos como variaciones de grados de un continuo virtuoso.

Las encuestas empíricas pueden darnos una lista de las diferentes ideas que las personas tienen de la felicidad (en general se inclina por los promedios estadísticos), pero la investigación ha demostrado que cuando las personas logran sus ideas de felicidad (matrimonio, hijos, riqueza o éxito), a menudo todavía no son felices. No hay razón para pensar que las ideas de felicidad que descubrimos mediante encuestas empíricas estén lo suficientemente bien pensadas como para llevarnos a lo que realmente significa ser feliz, porque se trata de procesos existenciales que no son simples.

La realidad de la infelicidad está atestiguada por la proliferación continua de libros, cursos, consejos y medicamentos que pretenden aliviar las fuentes de infelicidad personal, permitiendo así una mayor capacidad exógena de alegría y armonía. Para cualquier causa de la infelicidad hay un libro que dice “curarlo en doce pasos fáciles” o alguna promesa de ese tipo. El éxito de estos enfoques es discutible, sobre todo porque los testimonios de su éxito son inevitablemente selectivos. Sin embargo, la demanda de felicidad persiste y las respuestas a ella se esfuerzan continuamente por ser creativas y originales y, al mismo tiempo, reclaman una eficacia confiable y demostrable.

En 1930, el filósofo Bertrand Russell²⁵ expuso sus propias reflexiones sobre la cuestión de la felicidad, en particular, sobre cómo podría alcanzarse y disfrutarse. Su libro *The Conquest of Happiness* contiene un argumento claro, construido lógicamente y resumido en dos secciones: “Causas de la infelicidad” y “Causas de la felicidad”.

Russell creía que los seres humanos son capaces de ser felices si siguen sus recetas y reclamaba un fuerte valor ético para su logro: afirmaba que aunque ser bueno no necesariamente garantiza la felicidad, los individuos que son felices son generalmente buenos.

²⁵ Russell, Bertrand (1930). *The conquest of happiness*. London: Routledge.

Por lo tanto, concluye que la vida feliz es en gran medida lo mismo que la buena vida.

Al parecer, las últimas palabras de Wittgenstein mientras moría fueron: “Bueno, he tenido una vida feliz”, que Grayling (filósofo y autor de libros como *El significado de las cosas*, 2001) en sus publicaciones en internet señala como aparentemente peculiar para un hombre que vivió acosado por su homosexualidad (en un tiempo con menos apertura), que no logró establecer relaciones significativas, que luchó con preguntas filosóficas que dejó sin terminar al morir y que vivió una vida itinerante con poco placer evidente para demostrarla. Pero debemos suponer que Wittgenstein sabía a qué se refería y que es un ejemplo del tipo de vida del que Grayling quiere hablar.

Ante las dificultades y la infelicidad, en lugar de eliminarlas con paliativos o rituales curativos, se requiere abrazar la vida: aceptar y comprometerse con la propia autonomía para ejercer la facultad de la creatividad, para disfrutar y explorar los vínculos humanos, y para creer en la dignidad y la libertad humana.

En función de la revisión de la literatura, decidimos empezar por lo que significa la felicidad para el ser humano tratando de identificar qué la hace posible, en un acercamiento desde el lenguaje. No resulta utópico, sino concreto y existencial, en la vida de cada persona su relación y su actitud ante un tema tan transversal como es la felicidad, lo que no supone que se sepa a priori qué es realmente ser una persona feliz, porque esto significaría declarar algo fijo, una esencia.

Encontramos afirmaciones como “la felicidad es un objetivo apropiado en la vida”. Luego tomamos otra frase que está conectada lógicamente: “la felicidad justifica los medios para su logro”. Si lo primero es correcto, lo segundo debe ser correcto. Pero, la segunda afirmación nos parece incorrecta. Si para un asesino en serie la muerte de otros fuese su felicidad, obviamente justificaría el asesinato de una serie de personas como medio para alcanzarla.

La lógica nos muestra que debemos tener cuidado de pensar que la felicidad podría ser de lo que se trata la vida o de lo que logramos en ella.

Entender la felicidad como resultado o consecuencia de actos orientados a ese fin parece ser un excelente camino para la infelicidad, a menos que se sepa exactamente qué nos hace felices. Los contenidos de la felicidad se construyen al andar y las frases consecuencialistas y de moral obligatoria del tipo “si haces esto serás feliz”, suelen no dar con lo felicitante, sino estar más bien surgidas desde la adhesión a posturas ideológicas para el sometimiento de los seguidores y la supresión de su pensamiento crítico y libre con amenazas de exclusión del grupo al que se pertenece.

Hay muchas miradas que se pueden desvirtuar o al menos desdibujar, como la plenitud que lleva implícita la felicidad, concepto de plenitud que la antropología filosófica toma de la contribución de Aristóteles. Esto ocurre porque se confunde la plenitud con el placer, un término en parte análogo pero primordialmente equívoco. Lo que si sabemos es que la felicidad tiene que ver con el ser persona, con sus instancias de vida, con los sucesos experimentados y, especialmente, con las interpretaciones que cada uno hace de los hechos y las relaciones. La sensación de felicidad deriva más de lo recordamos que de la experiencia misma. Es más importante el *remembering self* que el *experiencing self* como ancla de lo significativo²⁶. En parte importante vivimos en nuestros recuerdos.

Para los filósofos españoles (Zubiri, Aranguren, Polo, y Cortina), la *Buena Vida* es aquella en la que uno se esfuerza por hacer cosas valiosas, en una forma de vida particular y en un decir y un hacer específico. Esto no significa necesariamente “buenas acciones”, simplemente hacer algo que crea valor, sin dañar a otras personas. En un sentido muy real, cada uno debe crear su propio bien.

²⁶ Kanhemman, Daniel (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. España: Debate.

LA FELICIDAD ESTÁ MUCHO MÁS EN EL PROCESO QUE EN EL RESULTADO, EN LOS PASOS DEL CAMINO MÁS QUE EN LLEGAR A PUERTO. SI BIEN ES DESTINO, CAUSA Y DIRECCIÓN A LA VEZ, LA FELICIDAD SE VIVE EN EL DÍA A DÍA, SE CULTIVA Y SIENTE EN EL PRESENTE, CON ORIENTACIÓN DE PROPÓSITO FUTURO EN EL HOY.

Buscar la felicidad la arruina, pues nunca se llega. O cuando se creyó llegar y haber logrado la expectativa de los que nos haría felices, esa meta cambió o se diluyó, apareciendo un nuevo estándar de logro para la felicidad y la inevitable brecha angustiada que nos aleja de ella. Felicidad es la consciencia presente de que todo es suficiente. Así de simple y de difícil.

La felicidad todavía elude –o dejamos que nos eluda– a muchos de nosotros. ¿A qué hemos sucumbido o no hemos podido hacer que nos haya ayudado a sentirnos felices? ¿Qué hay en nosotros o en el mundo que hemos creado que sigue frenándonos? La felicidad es una condición a la que todos aspiramos de uno u otro modo. Esta es sin duda una afirmación incontrovertida, sin embargo, en las sociedades desarrolladas este “algo que se llama felicidad” se manifiesta de formas controvertidas y equívocas.

El pintor que nos toca desde lo humano es Velásquez. Miramos su retrato de Esopo desnudo debajo de su bata fustiana, su descuido, su expresión desengañada, su glamour de la lumbre y su postura oblicua hacia el mundo. Nos hace pensar en el retrato que vamos pintando interiormente. Hay una pintura fantástica de una escena de caza de Uccello en el Museo Ashmolean de Oxford. Una vez visto permanece contigo para siempre y ninguna reproducción podría hacerle justicia. La forma curiosa en que el artista ha empleado la técnica de la perspectiva para mostrar a los caballos,

perros y ciervos corriendo hacia un punto de fuga en el bosque oscuro es absolutamente hipnótica. Nos miramos y sentimos que algo de esa imagen se filtró en nuestro interior.

Somos criaturas con huesos pesados, atados a la fuerza gravitacional de la tierra, lo que nos aleja de miradas con sentido cósmico. Cuando nuestras aspiraciones se ven frustradas, ya no tenemos dioses ni destinos a los que culpar. Si miramos alrededor del planeta, la verdad es que aunque todos estamos vivos en él en el mismo momento, no todos vivimos en el mismo siglo.

No nos olvidemos que nos aferramos a nuestros fragmentos: mirados desde el cielo emergen, en algún momento caen, y cremados o enterrados se disuelven en algo otro. Una vez más en la historia de la humanidad, probemos los frutos de la tierra, la música, el arte, la palabra como poesía, la intuición, lo invisible y los sueños. Así podremos calibrar la profundidad y altura del espíritu humano y el propio.

La persona sólo puede ser descrita o demostrada en parte. No es un “qué” relatable, aunque sí sabemos que es un *ser de relación*. Esto va mucho más allá de la relación con hechos, cosas o bienes, porque su mayor magnitud la alcanza en su relación con los demás y con la realidad a través de su proyecto vital. Esto último es un estado principalmente subjetivo, aunque con relación objetiva, como por ejemplo, la realidad moral, la realidad biológica, la realidad del dolor y del sufrimiento, entre otros, en un mundo configurado y configurándose.

Como Hamlet, muchas veces podemos gritar que la vida no es más que un cuento contado por un idiota. Desde la ética sabemos que no, que no estamos ante un cuento de tontos sino ante una historia con clave descifrable y que permite captar el sentido o la revelación.

Desde el psicoanálisis hemos aprendido a comprender las fuerzas que doblan nuestro desarrollo psíquico y comprender cómo esas fuerzas y las elecciones que hacemos nos dan forma. Exploramos lo

que podría haber sido posible si hubiéramos continuado creyendo que lo más hermoso es el momento en que somos nosotros mismos, incluso si eso significa ser desordenado, vulnerable o desesperado. Imagina cómo serías si nunca te hubieran dicho que no. Si nos resistimos a alinear nuestro interior con el orden social creamos aperturas en las que podemos crecer espontáneamente.

Hemos aprendido lo difícil que es abrirse al mundo y cambiar el estado de ánimo con respecto a ciertas personas, especialmente si esa persona es infeliz. Este es un tipo de cadena de relaciones psicológicas superpuestas a otras experiencias y, por lo tanto, es transitiva. Esto va generando cuestiones de coherencia a partir de las diferentes conexiones, lo que implica nuestro juicio ético, si lo que está implícito está unido a otras implicaciones a las que parece que estamos comprometidos.

Es más probable que se produzcan los mejores resultados si cada persona actúa por motivos que no implican pensar directamente en el resultado. Se ha pensado que esto es un problema para las teorías consecuencialistas.

LA FELICIDAD ES POSIBLE POR LA ESTRUCTURA DINÁMICO-ABIERTA DE LA PERSONA. ELLA PUEDE REQUERIRLA PORQUE NO ESTÁ ELLA DE ANTEMANO FIJADA EN SUS POSIBILIDADES. LA FELICIDAD RADICA EN LA PERSONA EN CUANTO ESTRUCTURA HABILITANTE ANTES DE ADOPTAR UNA FIGURA Y FORMA CONCRETA Y ESPECÍFICA, POSIBILITÁNDOLAS.

El camino hacia el crecimiento a menudo pasa por la torpeza. ¿Dónde están tus lugares de captura?, ¿dónde están los lugares a los que eres reactivo a ir? Cuando sientes que vas allí, ¿lo evitas instintivamente? ¿Cómo se atrapa algo? Muévelo para ver si se

engancha y atrapa. Está bien si es falso y es parte del crecimiento. La esperanza es que si trabajamos para abrirnos y recuperar el contacto con nuestros impulsos mentales, emocionales, físicos y espirituales podremos acceder más fácilmente a lo auténtico. Nuestro pasar diario nos puede ayudar a salir del cuerpo del viajero ordinario y encontrar la curiosidad y el apetito de aprendizaje transformador, listo y disponible para cada uno.

Cuando se intenta trabajar desde una buena idea o solución, ya no se está escuchando al mundo y lo que tiene para ofrecer. Se está imponiendo algo sobre lo que podría resultar mágico. “Sentimos el trabajo, nos pesa” nos dijo un empleado. Está bien sentir que el trabajo es duro. Es parte del proceso estar en medio de su crecimiento y su cambio. Ahí se cruzan y atan el intelecto, los sentimientos y el cuerpo. Es por ello que la felicidad se puede describir en términos de componentes cognitivos (metáforas conceptuales, metonimias conceptuales, conceptos relacionados y modelos cognitivos y culturales) y conceptos de emoción, por ejemplo, las emociones positivas. También se pueden usar metáforas evaluativas y fenomenológicas. A través de estos componentes el ser humano se abre a lo real, a la posibilidad estructural de ser en la felicidad.

La felicidad es humanamente habilitante y puede evolucionar desde niveles simples a niveles maduros. Es el interior de la persona atravesando por diferentes cadenas de sucesos y viendo si avanza en su madurez o se queda fijada en algún nivel anterior del desarrollo felicitante. ¿Vivimos la felicidad sólo como autonomía o la basamos en vínculos sólidos?. La felicidad se puede entender como actos repetitivos y como creatividad dinámica y permanente. Se pueden generar distintas configuraciones de lo que significa ser feliz. En el capítulo nueve abordaremos la felicidad como estados de madurez.

La felicidad activa la inteligencia y la voluntad a partir de la disponibilidad de la estructura. Así va emergiendo un entramado

personal virtuoso y puede progresar por distintos estados que se van abriendo a la felicidad. La persona dispone de la estructura felicitante como un puente hacia las posibilidades. Siempre que la persona mire en distintas direcciones y opte. Lo único es que no se puede elegir es cómo se va a cambiar. Solo se tiene que estar listo y disponible para el cambio.

En este contexto de análisis, los libros que intentan resumir una serie de condiciones causales o planteadas desde una lógica deontológica y simplista para ser feliz, una lista de supermercado con tips que garantizan la felicidad con un par de actos mágicos y sencillos, son falaces.

Aranguren²⁷ nos dirá que el anhelo de felicidad ha sido en todos los tiempos y en las culturas más diversas hay mil maneras de aproximarse a la felicidad, aunque –agregamos– muchas veces de manera equívoca como mero hedonismo, consumismo o vanidad. Este autor asocia la felicidad al desprendimiento.

La estructura, disponible en todas las personas, permite ir forjándose un carácter que dispone a diversas maneras de ser felices y predisposiciones a través de las cuáles justificaremos nuestras actuaciones, el comportamiento del día a día, nuestras historias personales, nuestros sueños, esperanzas y fracasos. En síntesis, nos predisponemos a ser felices.

En el capítulo sobre la felicidad como justicia aclararemos si lo hacemos o no desde lo justo, es decir, analizando la relación de justicia y felicidad. La vida buena se puede desarrollar desde la ética de los máximos²⁸ y desde la ética de los mínimos²⁹ en un contexto de vincularidad y, Cortina nos dirá, cordialidad. Eso hará que en algún sentido seamos diferentes y en otros parecidos, reduciendo la variedad.

²⁷ Aranguren, José Luis (1996). *Moral como estructura, como contenido y como actitud en Ética y Estética en Xavier Zubiri*. AA.VV. Madrid: Trotta.

²⁸ Ética máxima: desde la que defino mi vida buena en términos individuales.

²⁹ Ética mínima: desde la que definimos nuestra vida buena en términos colectivos.

La persona no puede ser lo que es más que personalizándose, es decir, desde sí como persona en algo que es una personalidad³⁰, para sí, en relación con otros y en un contexto específico. El gran salto necesario es comprender el camino hacia la felicidad. Como dijo el poeta Cummings, “dado que el sentimiento es primero / quién presta atención / a la sintaxis de las cosas / nunca te besará por completo”.

Para Zubiri³¹, *el ser humano es felicitarlo antes de buscar la felicidad* y la felicidad es lo que hace que sean *debidos los deberes*. Esto es lo que no está claro en las discusiones actuales sobre la filosofía y psicología sobre la felicidad en autores anglosajones³².

Ciertamente, el ser humano es una realidad deudora, pero el deber no consiste en algo autónomo y formal, sino en estar “debidamente” en la realidad que vive la persona, de modo de alcanzar la felicidad. Se trata de un mundo en el que estamos proyectados sobre nosotros mismos, el mundo de las posibles realizaciones.

Cuando uno es feliz se siente conmovido. Pero, ¿qué significa sentirse conmovido? Se puede escuchar los sentimientos en torno a los pensamientos, el rastro de asociaciones y lo que se comunica a través del material que se transmite (¿qué me está diciendo el acontecer al decirme esto?). La empatía³³ genera una emoción especial a medida que pasa entre las personas. Las neuronas espejo se activan cuando una persona es testigo de una emoción o acción como cuando se siente o actúa, y podemos experimentar lo que sucede fuera de nosotros como parte de nuestra propia experiencia subjetiva: sentirnos conmovidos por experiencias que no son nuestras.

La empatía explica por qué uno puede sentirse conectado y en su zona de flujo hablando con una persona, sin mostrar abu-

³⁰ Zubiri, X. *Estructura dinámica de la realidad*, pág. 225

³¹ Zubiri. Xavier. *Inteligencia sentiente*, Alianza Editorial, Madrid, 1980. Zubiri. Xavier. *Inteligencia y Razón*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

³² Grayling, A. C. (2001). *The meaning of things: applying philosophy to life*. London: Phoenix.

³³ Sentir la forma de otro y la forma del mundo.

rimiento. El otro puede o no coincidir con la persona que se proyecta en ella, pero de todos modos se ajustará en relación con esa representación psíquica. Es importante al pensar en quién te conviertes en relación con ella, cómo la percepción del sí mismo se ve a través de sus ojos diferentes y tú te modificas en lo que se expresa, a través del proceso de empático.

Como señala Cortina siguiendo a Zubiri y Aranguren, esto permite que la felicidad se defina estructuralmente como la apropiación última de nuestra posibilidad “mejor” ante mí mismo, ante los otros y ante el mundo. Este es un concepto poderoso y práctico a la vez, lo que muchas personas nombran coloquialmente como trabajar y construir la “mejor versión de mí mismo”.

Escuchando a gente joven que hablaba de la vida, escuchamos una declaración que nos hizo detenernos: “Todo lo que queremos en la vida es ser feliz”. Por más que parezca axiomático, deseable y una frase frecuentemente dicha, esta breve afirmación no tiene sentido. Una cosa es tener una estructura consciente habilitante como seres humanos y otra cosa es buscar la felicidad, porque la forma más segura de ser infeliz es pensar que la felicidad puede buscarse directamente.

NUESTRA FELICIDAD CONSTITUYENTE ES LA PRESENCIA
INHERENTE DE NUESTRO SER

Esta presencia porta las cualidades benéficas por la que es anhelada cuando nos extraviarnos de ella. En este sentido, la felicidad es un estado interior potencial que está esperando ser activado mediante actividades concretas y contenidos específicos, posibilitado por la estructura felicitante disponible. Perfectamente puede estar no actualizada ni regalando sus beneficios. Cuando conectamos con ese estado interior del ser aparecen sin esfuerzo las cua-

lidades de lo feliz, que cada persona llama de modos diversos: la luz, la paz, el encuentro con lo otro, el esplendor, la armonía, la belleza, la plenitud, la completitud, el desapego, la compasión o la espiritualidad, entre otros.

Tenemos una estructura felicitante y optamos, sabiendo que hay cosas que eluden y otras brotan cuando menos las esperamos. Tenemos el poder de evitar o curar ciertos males, sí, pero no podemos ordenar la felicidad como si fuera una comida en un restaurante. Respecto a la felicidad como búsqueda, la tradición kantiana señala que el concepto de felicidad es tan indeterminado que, aunque todos deseen alcanzar la felicidad, nunca pueden decir de manera clara y coherente qué es lo que realmente desean y quieren.

Una persona en medio de hacer algo que valga la pena de manera objetiva, podría no describirse a sí misma como feliz (generalmente estará demasiado absorta para darse cuenta) y solo más tarde se dará cuenta que ser feliz es ser absorbido por algo que vale la pena. Pero se requiere precaución respecto de ciertas confusiones, porque decir “estar absorbido por algo que vale la pena” alude a las cualidades subjetivas y morales de eso que hace que valga la pena. Quizás los asesinos en masa del 9 de septiembre de 2001 en las Torres Gemelas fueron felices. Hay que tener sumo cuidado al vincular la vida buena con la vida justa.

La verdadera felicidad no se trata del placer, ya que es fácil de conseguir, aunque respetamos esta interpretación. Sostenemos que la verdadera felicidad tiene que ver con el compromiso, la satisfacción, la justicia y las virtudes que se definen a través de juegos de lenguaje en una determinada forma de vida. No se trata de esencias platónicas. Cuando somos felices se despierta una parte primordial de nosotros. Nos ayuda a encontrar nuestros filamentos interiores, liberándonos de las limitaciones externas.

Resumiendo, podemos hablar de estructura de la felicidad en cuanto estamos habilitados estructuralmente para ser felices (esto rompe con todo negativismo inicial o la condena a vivir en desgra-

cia). En este proceso se van generando posibilidades y elegimos, siendo responsables de la elección. Cuáles actos quiero realizar, cuáles quiero encarnar y cuáles puedo justificar. Este es un proceso humano dinámico y permanente.

Lo que resulta importante es reflexionar desde dónde y en qué situación se opta, lo que nos llevará al contenido de la felicidad. Uno evidencia su carácter de apertura que va más allá de la naturaleza y su intimidad. La apertura expresa que ser persona es ser dialógico, estar abierto a otros y lo otro, y a quien radicalmente se abre es el que da razón de su apertura. En la interacción se confirma la apertura individual como encuentro relacional, lo que amplifica nuestras posibilidades de hilvanar y tejer felicidad con otros.

Nuestra preocupación por perfeccionar nuestros exteriores y nuestros perfiles, que a menudo determinan lo que queremos, y por tener acceso en el mundo social nos ha hecho perder el contacto con nuestro interior, lo que dificulta aún más que otros puedan sentir nuestros sentimientos, conectarse con nosotros y percibir nuestra felicidad. Si no sentimos o no sabemos qué nos hace felices, ¿cómo podremos construir puentes de posibilidades felicitantes con otros?

La felicidad que se origina en el verdadero y se siente real y se disfruta en los colores entrelazados en el interior de la persona que aprende a prescindir. Aparece un nuevo conjunto de posibilidades que puede alterar el orden cotidiano.

Al examinar el contenido de la felicidad nos damos cuenta que no podemos cubrir el mundo real con una capa de polvo de ángel, conocimiento antiguo o vanidad antropocéntrica, porque no hará que nuestro mundo y sus horrores desaparezcan. Lo que necesitamos es una nueva forma de abordar esto, una manera que no surge de colocar a los humanos como centro sino a los humanos como falibles (dimensión intrasubjetiva), además de examinar nuestra relación con los demás (dimensión intersubjetiva).

La coexistencia con los demás, que no consiste en un mero *estar con*, permite una ampliación del existir a través del contenido que emerge en los juegos de lenguaje. Esto significa intentar hacer lo mejor que podamos por nuestros semejantes humanos, en lugar de hacer lo mejor que podamos solo por nosotros mismos. En ambos casos tenemos la estructura habilitante para ser felices, todo será cuestión de opciones: ¿sólo felicidad individual o individual-relacional?

A modo de síntesis de este primer capítulo, constatamos que tenemos una estructura habilitante consciente que reside en nosotros mismos para sentir la vida buena (dimensión intrasubjetiva) y es beneficioso considerar su impacto en los demás (dimensión intersubjetiva) como vida justa. Una vida justa para si mismo y una vida justa para los demás. No es algo ya hecho, proviene de las realizaciones y las aperturas apropiadas. Las afirmaciones simplificadoras del tipo: “mejor buscar la belleza interior que tener una aventura”, no nos llevan muy lejos.

Quienes critican el culto occidental a la felicidad –una extraña aventura capitalista, algo así como una intoxicación colectiva– lo que verdaderamente critican es un tipo de contenido sobre la felicidad, pero no la estructura felicitante de la misma. Olvidan señalar que sí hay otros contenidos de la felicidad que son legítimos. Los supuestos del “deber de ser feliz” no se examinan desde la estructura habilitante y el deber de hacerla operar, sino desde la ética, como veremos en el capítulo 5.

Es legítimamente aceptable argumentar que la modernidad ha elevado las esperanzas humanas tan altas que solo pueden decepcionarnos. Constituye un nuevo orden moral y cada rebelión contra este hedonismo viscoso provoca constantemente infelicidad y angustia. Lo criticable es esta versión de la felicidad. Durante dos siglos, el derecho al placer ha sido un lema subversivo, pues el deber era trabajar. En los años sesenta, el ascetismo dio paso al consumismo ... y luego vino la revolución individualista.

Decir “soy feliz” corresponde a un presente que es subjetivo, pero hay que explorar la circunstancia en que ocurre este decir. Una persona inagura no solo un enunciado de lo que sucede, sino también un fragmento de su ser conectado a través del lenguaje. Al decir soy feliz, la persona declara una forma de vivir, y no solamente sobrevivir, con posibles efectos concomitantes: alegría, gratitud, expansión o encuentro. Esta expresión particular es reflejo de una disponibilidad universal: la estructura felicitante. Desde este punto de vista, vivir es una forma de ser. Se justifica la vida desde la felicidad, una verdad universal-singular que atraviesa los tiempos.

Las personas buscan a los filósofos no por proclamas radicales sobre cómo funciona el mundo, sino por ayuda con algo que fue el núcleo de la tradición filosófica griega: cómo vivir nuestras vidas. Es la insistencia de una larga historia. Y como siempre ha sido, nos seguimos moviendo en lo indefinido o suficientemente definido. Hablar de la felicidad como modo de vivir, a veces con pequeñas innovaciones, otras con cambios considerables, en ocasiones apoyándonos en las inconsistencias, esto es, aquello que no explican los que sucede en el mundo y aclarar las elecciones que se realizan.

La felicidad y la reciprocidad transforman fundamentalmente a la persona y desde sí misma puede testificar la gracia.

Felizmente

desde las imágenes habitas un mundo, tu mundo real,
lo profanas incesantemente, lo detienes,
atas su ropaje por las mangas y
estirándolas sin una cuerda entre dos árboles,
entonces la forma de una línea
al borde del párpado
con un
mineral de cuarzo
poblando la presencia con presencia, la cobijas, no hay colapso, eliges,
fusión en las manos, una a una,
como lo hacen tantos con sus iris marrones,
y en un fondo turbio (agrieta el aire), arrugas su misterio,
parte por su camino siempre equivocado, entonces,
la corriente de una joven extasiada,
remolinos salpicando, ondas en el campo,

y todo,
mientras subes las escaleras.
En algún lugar debajo de ti,
una mano corta un fragmento de vidrio ¿bueno /malo?
Vibran tus palabras, nada fuera.
Complicidad con las cosas a medida que suceden,
líneas caídas y notas caídas
en el desconcertante al contexto

¿Por qué no hablar como si hubiera alguna incompatibilidad?
Hazte parte de la excepción
deteniendo el tiempo equívoco,
La felicidad es una victoria contra la finitud
/ una fidelidad / una alegría ante lo imposible
y el desacierto inhumano.

(Eduardo Escalante).

CAPÍTULO 2

COMPLETANDO EL PROYECTO VITAL Y LOS BIENES PRECIADOS: LA FELICIDAD COMO CONTENIDO

Como dijimos en el capítulo 1, la estructura felicitante de la felicidad permite llenarla con contenido, el que queramos, por lo que cada uno selecciona la sustancia y densidad de su bien.

Los capítulos que siguen se refieren a lo que habilita la estructura de la felicidad, lo que nos permite emanciparnos de la razón y que no surge de la voluntad u otra dimensión humana de la que no se puede imaginar sus límites. Ese *algo* que ocurre en el suceder de nuestras vidas y que deja atrás la cronología y el espacio. Cada uno lo puede relacionar con otros tiempos desde su atemporalidad. Nos da señales –a nosotros que anhelamos la constancia– de lo que no es constante y de los fundamentos de lo humano. Es la ética de la potencialidad humana a través de la que se muestra la singularidad y permite la posibilidad de comunidad humana, sin estar atado a alguna propiedad común. No nos deja imponer nuestros deseos y nos saca de la metafísica de la actualidad. Y esto lo podemos citar a través del lenguaje: la vida feliz.

En este punto podemos sustituir la expresión “cambiar el mundo” por los sucesos, lo real, lo imposible y sus consecuencias. Al reconocer las limitaciones del mundo en términos negativos, aparecen las nuevas posibilidades para el pensamiento y la acción. Emerge una nueva definición: felicidad es descubrir en uno mismo una potencia activa de lo que nosotros poseemos sin saberlo. Esto permite generar una correlación entre revelación y felicidad.

La persona descubre que puede llegar-a-ser feliz. Se da cuenta que no está totalmente sujeta a las leyes del mundo contemporáneo. Las consecuencias significan la generación de nuevas posibilidades de lo que es imposible (lo real) y lo prohibido. Se abren ingentes espacios de creación y apropiación de los contenidos felicitantes. La persona se hace parte de una excepción. Es parte de la adaptación al mundo como es.

La forma de vida es una vida para la cual lo que está en juego es el patrón de la vida misma. La vida desnuda es pura existencia biológica y no incluye ninguna definición de calidad de vida, de la felicidad o del potencial de vidas más auténticas. Los tiempos actuales indican que necesitamos tener la capacidad de vivir vidas incrustadas en los paisajes éticos cordiales y en comunidad. En orden a realizarnos como humanos, tenemos que exponernos como tales y lo hacemos a través de modos intersubjetivos y relacionales, diferente del heideggerismo que ve la humanidad como un modo de realización personal. Se requiere salir de la sujeción de la humanidad a la razón y no ser portadores de ninguna forma de esclavitud, sin un retorno romántico.

El vínculo clave entre la vida / el otro desde la ética / sustitución de lo oscuro por lo que brilla: acoger al “caído” en la comunidad / un sentido de la felicidad. Pasar de una vida desnuda a una forma más expansiva de la vida relacional.

Cuando se examina lo que representa el contenido de felicidad se revisa el uso del lenguaje en situaciones y prácticas humanas concretas, –de formas de vida concreta– en lugar de cualquier regla o principio a priori que establezca significados lingüísticos. Es en el contexto de lo humano donde la felicidad adquiere significado.

El método significa desplazarse de singularidad a singularidad, disolviendo el dualismo general-particular. Hay desplazamiento de la lógica dicotómica a una aproximación analógica e integrada. No se presupone un paradigma sino una inmanencia. Cada expresión en su origen, en la que hay una intersección de

la sincronía y la diacronía. Hay que examinar en cada expresión lo que la caracteriza, el suceso y el signo que tiene. No se asume un a priori, aunque en lo que sucede, en sí misma, está inscrita la experiencia dentro de una determinada constelación histórica. Lo que se encuentra no es necesariamente la suma de las características que definen sus fragmentos. El pasado vive contemporáneo con el presente.

Se vive y se dicen palabras y oraciones, unas con historia, otras nuevas sobre lo qué significa vivir, vivir una vida feliz. Se enuncia, se examina y se elabora. Pero, también hay algo que no se dice y no se analiza, algo se deja en lo oscuro. Se trata de un mundo con un grueso tejido de similitudes y simpatías, analogías y correspondencias, paradojas y dilemas. En ese entramado, debemos buscar los contenidos de la felicidad, compleja tarea para tantas personas diferentes y muchas con aspiraciones de contenidos y tipos universales de felicidad. Tenemos una mala noticia para quien espera eso: el contenido lo define cada uno. Peor aún. Si no sé sabe qué felicidad quieres construir, cualquier camino puede servir. Y se abre el espacio del consumismo espiritual y de felicidad banal, terreno fértil para los charlatanes.

Aquí, en cada forma de vida específica, es donde la felicidad nos sucede, porque es lo propio de las formas de vida humana. El lenguaje genera una apertura para distinguirla, aunque no la podamos explicar como sujetos conscientes. Entonces, la felicidad es poder constitutivo de lo humano, una capacidad de habitar el mundo de una manera diferente a lo establecido. Emerge un camino para el cuidado de sí mismo a través de una ética de la existencia. El sujeto ético es esa persona que puede dar testimonio de sus gustos y se responsabiliza por el modo en el que se ve afectado por sus inclinaciones. La ontología del *cómo*, coincide con una ética.

No es la justicia o la belleza lo que nos mueve, sino el modo que cada uno tiene de ser justo o bello, de verse afectado por la belleza o

la justicia. Por esta razón, incluso la abyección puede ser inocente o incluso “algo ligeramente desagradable” puede conmovernos.

Los conceptos tienen vida sólo en la práctica, en lo que hacemos. Es allí donde encontraremos las alegrías y las aflicciones. Es el territorio donde el libre albedrío enfrenta la felicidad, el sufrimiento o ambos. Y se puede interpretar desde la felicidad trascendental³⁴ o la felicidad empírica, en cuanto búsqueda de algo personal, contingente o histórico.

Imaginar la felicidad es imaginar una forma de vida en variación permanente desde la estructura felicitante, por sí misma o por la sombra del sufrimiento. Implica arriesgarse en el presente. Algunos imaginan el acceder a la vida feliz a partir de la vida prometida. Vivir en ese otro mundo. Para otros, es cambiar el lenguaje íntimo desde, por ejemplo, una filosofía budista u otras variantes. El otro aparece desdibujado.

Felizmente: la forma adverbial es preferible al sustantivo *felicidad*, lo que sugiere un estado de ser, siempre es *feliz*. Parece que ningún sinónimo puede hacer *felizmente la* justicia. Felizmente estoy sintiendo la vida como armonía en su derecho propio. Es menos recuerdo (*lo que sucedió*) y más una feliz contingencia.

A través del lenguaje se puede producir la apertura para generar nuevos gestos, palabras y actos que generan nuevos contenidos sobre la felicidad. Éstos no dicen la verdad universal sobre tal o cual aspecto del ser humano. Se expresa lo simultaneidad, no la semejanza, de aquello que es posible. Se hacen posible significados nuevos, reconstruidos y transformados a través del encuentro. El sujeto como ser humano puede recuperar espacios perdidos y se puede volver sobre sí a través del lenguaje con otros (juegos de lenguaje). Se cambia la textura de los vínculos humanos. De ningún modo, el acto de felicidad puede ser forzado, por ejemplo, como una obligatoriedad o como un mentir a las propias emociones.

³⁴ Una totalidad armoniosa y un acuerdo con el mundo para ser feliz.

Un niño nunca está más contento que cuando inventa un lenguaje secreto. Su tristeza proviene menos de la ignorancia de los nombres mágicos que de su propia incapacidad para liberarse del nombre que se le ha impuesto. Tan pronto como tiene éxito, tan pronto como inventa un nuevo nombre, tiene en sus manos el poder que le otorga la felicidad.

La forma de vida feliz genera sensibilidad y sentido más allá de lo establecido, desafiándolo, por ejemplo, cuestionando la idea de vida plena solo como un acto individual:

¿Cuáles serán nuestras voces y relatos de la felicidad?, ¿Qué entiendes tú por felicidad, eso que configurará tus límites y posibilidades? ¿Qué define tu singularidad? Escuchemos algunas voces de personas y sus contenidos de felicidad, a las que agradecemos su contribución:

“Para mí es una decisión que renuevo constantemente y me lleva a ajustar mi enfoque y acciones” (Lupe). Es la singularidad desde-sí.

“Felicidad para mí en el cuerpo es ser espontáneo, jugar. Es una emoción de aceptación de lo que sucede y es un maravillarme del pensamiento” (Marco Antonio). Es la apertura del ser al suceder desde la espontaneidad, revelándose para si mismo el cambio.

“Felicidad es estar tranquila y en paz, sentir que lo estoy haciendo bien y compartir con mis seres queridos” (Carolina). Es el lenguaje íntimo compartido con los cercanos.

“Felicidad es disfrutar de quien soy y de lo que tengo. Ver la naturaleza y saber que es un regalo para mí. Y que aunque cambia todos los días siempre es maravillosa” (Alejandra). Vivir felizmente desde sí, con el entorno, con la inmanencia y permanencia desde el gozo.

“La felicidad es una de las serendipias del buen vivir” (Pablo). Actuando la vida buena aparece accidentalmente el regalo de la felicidad, uno entre muchos otros.

“Sentirme fértil, en paz, agradecido, confiado, sostenido por quienes me quieren, entregado a servir para aportar a los otros. Que el humor y la creatividad me acompañen en cada paso, como instrumento de desarrollo, abundancia y amor” (Pedro). Felizmente es la experiencia de florecimiento hacia una vida que sigue, desde un debido al otro, para la vida plena.

“Hubo un momento en mi vida donde solo buscaba tener emociones catalogadas como “positivas”, tener únicamente momentos de éxito, aprobar con excelencia todos los ramos en la universidad, agradarle a todas las personas, nunca equivocarme. Claramente mis expectativas jamás alcanzaron la realidad y era en gran parte infeliz. Me di cuenta que la felicidad es un trabajo interno, de integrar luces y sombras, de aceptación propia y del legítimo otro, y de ser fiel a tu propia esencia. No es fácil, pero creo que de esa manera me he ido acercando a la felicidad genuina, y valorando que parte de quien soy también son mis sombras y mis fracasos, y que está bien. Bajé mis expectativas y elevé mi estándar personal” (Begoña). Vivir desde la aceptación interior y del vínculo con el otro, manteniendo fidelidad con la mismidad.

“¡Vivir plenamente el presente!, dejando la depresión del pasado y la ansiedad del futuro” (María José). Desenmarañas la vida íntima. Es expresión de un lenguaje privado e íntimo.

“Encontrarle lo positivo a cada una de las cosas que me pasan en la vida, a partir de lo cual seguir construyendo mi camino” (Loreto). El gozo desde lo que tiene brillo para sí.

“Transformar la pena en aprendizaje. Siempre, siempre, siempre ... hay algo que aprender. Soltar. Y confiar en que el universo (o Dios) es sabio y perfecto. Todo tiene un sentido” (Patricia). Aceptación consciente para trabajar lo que afecta. Alerta al asombro del sentido.

“Para mí, la felicidad es tener aquellos momentos en que te sientes plena por lo que estás haciendo en tu vida o por aquello

que sientes que será algo grande a dejar como legado. Es por aquello que das las gracias sin siquiera pensarlo y que piensas. Ojalá tener más momentos como estos (Carolina)”. Felicidad como presente y trascendencia, que espera hacerse hábito.

“Desde el lado luminoso, pero no exento de los procesos del desierto (dolor), creo que el decálogo de la felicidad debiera incorporar cada experiencia personal que se recogen en las bienaventuranzas” (Ignacio). Una felicidad ligada a los deberes, acogiendo las luces y sombras del vivir.

“La felicidad es vivirla como yo quiero, apreciando lo hermoso de este planeta y con la salud y mis sentidos para disfrutarla, con consecuencia, lealtad y compasión” (Catherine). Felicidad consigo misma desde actitudes éticas, contemplando el ecosistema.

“Soy feliz disfrutando y celebrando la vida, practicando el amor incondicional e indiferenciado que me ha permitido construir plenitud y perfecta salud” (Roly). Plenitud desde la celebración mediante los actos amorosos.

“¡Felicidad es la satisfacción de ser conscientes al conectarnos con la magia de la vida! Con la belleza, la naturaleza, la primera vez que ves a tus hijos, cuando el arte nos hace vibrar, las sincronías que conectan, cuando se te aparece una idea genial que te asombra o un gran abrazo verdadero (Liliana). Felicidad a la mano, en lo cotidiano, lo estético y en el encuentro. Un canto a la vida.

“La felicidad es vivir en el orden y el equilibrio, practicando constantemente esa virtud superior del espíritu que brota del jardín luminoso del lago mágico interior, mientras que la alegría es un estado fluctuante de la mente que solo dura poco tiempo y es inestable. La felicidad depende de mí mismo, es un error buscarla en un objeto, una figura simétrica, en una percepción o en una moda pasajera del materialismo y el consumismo” (Juan). Lejos de vivir felizmente desde un espejo, anclado en la magia interior y entendiendo las fluctuaciones del suceder.

“El despertador de mi felicidad ha sido la consciencia plena” (Paula). Felicidad como regalo de la consciencia ampliada más allá del sí mismo.

“Para mí, felicidad es que otro ser humano valore mi mirada y poder aportar desde mi experiencia, que veamos posibilidades en otro para acompañarnos aún sin conocernos, poder hacer una construcción desde lo más simple hacia un nosotros, a ser parte de algo más grande que lo que podemos ver. Felicidad para mí es estar escribiéndoles ahora mismo porque me permito aparecer y me valido, me valoro, y siento que si abren el espacio es desde la creencia de que la colaboración es el camino donde co-creamos juntos algo superior a lo pensado en lo individual. Porque nos abre a la interrelación, al amor” (Eliana). Salir definitivamente del lenguaje privado, para disfrutar nuevas formas de vida.

“Simplemente vivir, humildemente estar” (Carola). Vivir la vida con apertura y disponibilidad a lo felicitante, en lo simple y reverente.

“La felicidad es un cúmulo de contentos” (Roberto). Felicidad como alegría.

“Para mí, la felicidad es armonía desde el alma, estar en paz y ser luz para otros” (Catalina). Felicidad con otros desde la intra-subjetividad.

“Para mí es sentir que he tratado de seguir los propósitos que he buscado con dedicación, tratando de no pasar a llevar el de mis otros cercanos... conscientemente” (María Inés). Felicidad como compromiso consigo mismo y la responsabilidad ante los demás, una ética desde sí.

¿Qué hay en estas voces?, ¿qué nos dicen de su marco filosófico de felicidad?, ¿desde dónde se aproximan a lo felicitante?, ¿qué podemos aprender de ellas?, ¿de qué formas de vida nos están hablando?, ¿qué hay en estos juegos de lenguaje? ¿Muestran ideas esencialistas, consecuencialistas o emergentes de la felicidad? ¿La felicidad proviene de lo divino, de lo humano o de la interacción

entre ambas? ¿Es un proceso en construcción deliberada o es una esencia que debe aparecer en algún momento? ¿Hay una concepción universal de felicidad con bajadas específicas a la vida de cada uno?

El mundo de los felices y el de los infelices contienen los mismos estados de cosas con

respecto al ser humano. Lo que cambia no son las cosas sino los límites que se ponen las personas para acceder a esas cosas. Es necesario saber qué hacer con ellas en relación consigo mismo y con los demás. Se trata de un abrirse a lo posible, probable y a lo cierto, pero también a lo imposible, improbable, y a lo que es necesario profanar respecto a cómo se ha interpretado la vida humana. Tenemos la potencia para hacerlo. El tema es que a menudo estamos atrapados por la exigencia de ser feliz al interior de una normalidad. No se busca la excepción, el no quedar atrapado en un paradigma.

Es lo que se hace cuando se escribe un poema: profanar el uso que se ha hecho de las palabras (profanación retórica), alejándose de ciertas formas de trascendencia. Nos encontramos con el lenguaje y generamos juegos de lenguaje sin reservas. Esta potencia del ser humano no deriva de ser o no ser, sino que del poder negar el no ser, el ser aquí con el que nos encontramos y que podemos trascender y generar una forma de vida.

No es necesario un criterio objetivo para la vida feliz y armoniosa, nada que pueda describirse en el lenguaje, sino solo, por así decirlo, un criterio metafísico o trascendental. Esos lo vemos con claridad en las voces de felicidad que se nos ha compartido. La felicidad hace del tiempo del consumo y de la utilidad cotidiana un tiempo sin medida. Sale del territorio de la vida útil, un tiempo de "otra medida" determinado por el vínculo del ser humano con el mundo como plenitud, más allá del espacio fáctico. Es una manera de actuar en el mundo.

Es fundamental comprender que el significado de lo que ocurre o nos ocurre depende de juegos del lenguaje, enraizados en las experiencias vitales de las personas hasta tal punto que quienes no se implican tendrán poca comprensión. Se es feliz desde lo que es y se es.

La felicidad trascendental está lejos de ser un mero estado de cosas mundano, como el estado imaginado de seguridad absoluta o de consumo pleno. Es una especie de armonía y sintonía con el mundo, inexpresable e inefable, que se siente. Una vez en clases un estudiante dijo “me siento como una gota de agua en el océano. Soy a la vez una gota individual y también un océano vasto. Sentí que mis límites crecieron hasta donde no lo sé, y me sentí feliz. Fue una sensación increíble”.

O estas voces trascendentes: “Felicidad es presencia plena en el ahora con nuestra historia encarnada y nuestros sueños en el horizonte” (Mónica), “Felicidad es conciencia plena de ser en la totalidad” (Gabriel). Es plenitud y conciencia desde el ser, sin problematizar que la totalidad está desgarrada en nuestro mundo contemporáneo.

En el ser humano existe una preocupación ética de vivir desde lo justo (Cortina) y lo felicitante (Zubiri), entendiendo también que algunos optan por vivir sin una postura ética. Cuántas veces hemos escuchado que el objetivo de las empresas es la maximización de utilidades, que se asume como un mantra normal en los directivos y gerentes de empresa y los estudiantes de negocios. Nos dicen que la riqueza justifica cualquier medio, definiendo una postura ética clara, extractiva y depredadora de los bienes y valores colectivos.

Nos impresiona. ¿cómo no se lo cuestionan?, ¿cómo no se preguntan si esa forma egocéntrica los llevará a la felicidad existencial? ¿No será mejor hablar de utilidades razonables, invirtiendo en cuidar a los empleados, las comunidades, la paz, la estabilidad democrática, la justicia social y el planeta? Habría que leer

la carta de Steve Jobs en su lecho de muerte, donde daría todo lo que tiene por recuperar la salud y los vínculos que descuido por construir las empresas que armó.

La ética no trata del mundo sino del sujeto dispuesto a ella. Esto hace que el mundo de los felices sea un mundo *diferente* del mundo de los infelices. Es posible querer el bien, querer el mal y no querer. Estas posibilidades siempre existen, en medio de fracturas humanas y formas de vida decadentes. Se requiere plasticidad en la oscuridad.

Preferimos saber qué preguntas hacernos, en especial en un mundo en que todo se reduce a lo mismo: nos volvemos ciegos o sordos porque se borra la extrañeza o incluso el dolor del otro. El mundo se vuelve plano y aburrido.

A través de la ética, se da “voz a” una forma de vivir y una forma de mirar, “una actitud hacia” el mundo, por ejemplo, mirar desde lo justo y lo felicitante. Un valor se genera desde lo que ocurre y se produce en el contexto referencial de nuestra vida humana y las prácticas sociales a través de las que asociamos la felicidad a un determinado significado. A modo de ejemplo, “me siento muy plena cuando sirvo, ayudo o colaboro, tanto en casa, a mis hijos, en el trabajo, o a quien lo necesite... Es decir, cuando mi espíritu agradece que estoy en la posición de poder aportar y no tener la necesidad de recibir. Ahí me siento en un estado de felicidad (Mariana).

La forma de vida en la que se desarrolla la felicidad no es algo así como un sujeto que preexiste a la vida y le da sustancia y realidad. Por el contrario, se genera *en* la vida. Es solo una forma de ser y vivir que de ninguna manera determina a la cosa viva, así como no está determinada por ella y es inseparable de ella. Un ejemplo. “Felicidad es estar alineada con mi propósito de vida, despertar contenta y acostarme agradecida. Carpe Diem” (Ilia).

Al analizar el contenido de la felicidad en una forma de vida, lo asociamos a una “forma de surgir”, no un ser que tiene ésta o aquella propiedad o calidad sino un ser que es su modo de ser, que

es su bienestar y es generado continuamente por su “forma” de ser. Los contenidos de la felicidad van emergiendo en el transcurrir de la vida y en la medida que aparecen vamos sintiendo y pensando si nos producen felicidad o no. A un niño que le gusta el fútbol no conoce la alegría de marcar un gol hasta que lo anota.

Por ejemplo, “me di cuenta que la felicidad estaba justo a mi lado: mi familia. Realineando mi vida y dejando ir todo aquello que no me sumaba, descubrí la felicidad en tenerlas como pivote de mi vida, mi centro del universo. Con ellas descubrí lo esencial, a conocerme, a ser más humilde. A sentir” (Antonio). Esto es una forma de surgir desde el sí mismo con los otros, desde los códigos establecidos.

El amor por un hijo se puede hacer realidad cuando se le abraza de bebé, sólo cuando tenemos la experiencia directa con él. Emergen los contenidos de la felicidad en los hechos de la vida. Son nuestras sensaciones, emociones y pensamientos los que fijan los contenidos como felicitantes o no. No están predeterminados. Podemos haber escuchado que “abrazar a un hijo es de lo más sublime que existe”. Ese concepto no es un contenido anclado en la propia felicidad sin el abrazo tangible, práctico y sentido. Es la experiencia encarnada la que dota de contenidos a la felicidad. La teoría podrá sugerirnos contenidos, pero son irrelevantes mientras no son parte de los hechos experimentados en el propio devenir.

Por ejemplo, “de repente escuché unas carcajadas de mi hija. Estaba en la piscina bañándose con mis suegros de 81 y 76 años, disfrutando como si tuvieran 6. Ellos vinieron a visitarnos porque Sofía se los pidió. Ver y sentir que se aman tanto y disfrutan estando juntos. Esa es mi felicidad” (Ivonne).

“Para mí, los nacimientos de mi hija e hijos, de nietos y sobrinitos, de una flor, brotes, escritura, ideas luminosas y conversaciones de las que aprendo (Hilda).

El contenido de la felicidad emerge de nuestra apertura en una determinada forma de vida y se expresa a través del lenguaje (gestos,

expresiones y oraciones) y las prácticas regladas hacen posible esta apertura. Se generan condiciones de asertividad y pluralidad. La vida florece hacia una vida que sigue siendo más grande de lo que nuestra razón puede conocer. Emerge dando forma a lo no esperado y algo comienza al reconocerla. Es una forma de afirmación y articulación de la vida (vivir - vivir bien, vida - vida feliz). De este modo, hacemos que la vida sea habitable y su forma tenga sentido y una forma, sabiendo que habrá emboscadas y cruces. Esto está en juego en cada instante de la vida por la que se vive.

En las emboscadas y cruces aparecen posibilidades de felicidad. “Para mí, felicidad es haber aprendido a transitar en paz y conciliación con el dolor, la pena y la escasez. O quizás, más en positivo, la habilidad para encontrar en cada momento difícil de nuestras vidas, una oportunidad de crecimiento y agradecimiento” (Cristián).

La forma de vida es algo que aún no existe en su plenitud y solo puede atestiguararse en lugares que no necesariamente parecen edificantes, dadas las circunstancias actuales, y que son parte del presente, incluso en lo más insignificante y despreciable. Es importante señalar que no se trata de atributos o propiedades de una persona que juzga, sino del modo en que cada uno se constituye como forma de vida.

La felicidad tiene tonalidades emocionales que hacen que sea imposible decir con certeza que uno es feliz, por ejemplo, al igual que hacen imposible decir que no lo es. Es decir, uno nunca es únicamente feliz. La felicidad en sí misma es como un bosque en el que las cosas nos suceden, en el que vivimos. “Mi” forma de vida se relaciona no con *lo* que soy, sino con *cómo* soy lo que soy, nos dice Agamben³⁵.

La felicidad no es una cosa. El lenguaje humano le otorga diferentes descripciones y distinciones en diferentes lugares, en

³⁵ Agamben, Giorgio (1998). *El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pretextos.

diferentes formas de vida y en diferentes contextos culturales. Cada cultura y subcultura tiene sus propios códigos de felicidad e infelicidad, por lo que es innecesario y poco fructífero comparar lo que hace felices a los niños de Arabia con los de Canadá. Los contenidos de la felicidad son propios de cada contexto, sociedad y comunidad. Desde este punto de vista, son inconmensurables.

Esto deriva del hecho de que como humanos disponemos de una estructura felicitante y cada uno selecciona su proyecto vital y sus bienes preciados en un contexto de prácticas regladas y asumidas a través del juego del lenguaje. Cada forma de vida genera una disponibilidad, un cierre o una expulsión respecto de la felicidad humana y sus contenidos. El tiempo es el enemigo de la felicidad —diríamos el tiempo como trabajo—, el tiempo que no deja espacio para la realización de lo plenamente humano. Es un tiempo discontinuo y no lineal, donde se requiere interpretarlo más allá de lo instrumental, es decir, volvernos sobre nosotros mismos en el tiempo humano que somos, ya no como espectadores, sino como protagonista de una vida abierta a las posibilidades de felicidad.

El significado de la palabra “felicidad” adquiere una configuración específica en los juegos de lenguaje como resultado de presuposiciones e indicios sobre el uso de esta palabra, acorde con el uso en común que se realiza de parte de los participantes en las prácticas lingüísticas compartidas. Cuando decimos algo sobre la felicidad a menudo estamos tratando de atraparla con la razón. Soñamos con posibilidades felices para escapar a lo inhumano de lo humano.

Mientras preguntamos cómo hacernos felices nos estamos preguntando sobre el significado de nuestra vida en un contexto específico, en un mundo que creemos justo o injusto, bueno o malo. Estas son preguntas perfectamente legítimas y algunas personas pueden vivir sin preguntar nada más. Pero solo cuando ven y cuando indagan qué significado más grande podría tener su vida, comienzan a preocuparse por hacer que su vida sea significativa. Por ejemplo, “para mí la felicidad es, cuando a pesar de los obs-

táculos, mi ser y hacer están alineados con mi propósito de vida. Cuando vivo en coherencia” (Catalina). Es en este aquí y ahora que creemos y nos damos cuenta que podemos contribuir con el fin de sentir que nuestra vida tiene un significado, un propósito y un horizonte. Y pensamos racionalmente que esta es la vida feliz.

Como hemos señalado previamente, el sujeto de la felicidad no es un sujeto y no tiene la forma de una conciencia, aunque sea la más buena. Sucede un quiebre que hace valer su excepción y permite que una persona diga y se sepa feliz. Y cuando ocurre decimos, esto nos está sucediendo. Se ha producido el encuentro y se vuelve trascendental. Quisiéramos detener su trayectoria para atesorar eternamente ese instante y poseer la felicidad. Y lo hacemos parecer como algo que esperábamos como resultado de una elección, cuando la mayoría de las veces sólo sucede, aunque coincida con nuestros deseos de hacer girar al mundo y vibrar de felicidad. Lo predicho siempre restringe. La felicidad es un emergente del encuentro con los otros, las cosas, las situaciones y con el mundo. Por ejemplo, “he sido feliz cuando he sido parte de un colectivo reunido con el propósito de servir” (Paulina), agregaríamos, para transformar lo inhumano en humano, no es un servir cualquiera.

Lo que está ocurriendo es un pliegue en la estructura de suceder. Algo nos ocurre que no es un pliegue de lo causal y lo intencionado, sino el resultado de una apertura humana a lo potencialmente posible. Y este momento lo transformamos en lenguaje: “siento, me pasa, lo vivo, me estremecí, lloré, me emocioné”. Se ingresa al juego del sentido y grabamos el suceder: “esto nos está pasando ahora”. Quedamos abiertos a que vuelva a suceder, pero sabemos que siempre será distinto —ese momento y esa experiencia no se repiten— si es que sucede. Son las maneras como se manifiesta la vida. La felicidad es una ellas, así como la alegría y el sufrimiento.

Se logra una experiencia no totalizadora en un extendido *ahora morando en el presente*, un proceso abierto que funciona con el tiempo, en el tiempo y alterando el tiempo, un encuentro o un

evento que visibilizan la felicidad. *Ninguna tormenta puede destruir su forma*. Ya no es el instante fugaz preciso a lo largo del tiempo lineal. Algo permanece encendido y liberado de la repetición. Sucedido esto, lo que sigue puede ser un acto de conciencia, una experiencia en la historia del flujo evasivo de instantes. La felicidad no se congela como cosa. Se ha generado una forma de vida.

Se detectan significados asociados con las cuestiones de significado existencial, de vulnerabilidad y sufrimiento, de alegría y las posibilidades de felicidad o realización humana, de las pasiones o emociones, del carácter personal o virtudes y vicios, de la naturaleza humana y la personalidad, del significado de lo bueno y la buena vida o del conocimiento y la ignorancia. Todas estas posibilidades de significado están conectadas con los componentes espirituales y éticos de nuestro mundo o forma de vida, con nuestros valores más preciados, con el mundo interior y con nuestra visión del bien.

Esto ha sido visto como absolutamente central para el objetivo de la filosofía de enseñarnos cómo vivir, tanto en la ética griega como en la ética moderna temprana. La literatura antropológica emergente también llama la atención sobre tres observaciones importantes que resuenan fuertemente en la actualidad: que la felicidad en general se entiende mejor como intersubjetiva y relacional³⁶; que incluso el placer como experiencia humana universal se basa en las expectativas culturales³⁷; y que el bienestar pone de relieve la dificultad de considerar simultáneamente tanto las realidades sociales como las virtudes humanas³⁸.

³⁶ Thin, Neil (2008). Realizing the substance of their happiness: How anthropology forgot about *Homo Gaiusius*. *Culture and well-being: Anthropological approaches to freedom and political ethics*, editado por Alberto Corsín Jiménez, 134–155. London: Pluto.

³⁷ Clark, Scott (2009). Pleasure experienced: Well-Being in the Japanese bath, en *Pursuits of happiness: Well-being in anthropological perspective*, editado por Gordon Mathews and Carolina Izquierdo, 189–210. New York: Berghahn Books.

³⁸ Corsín Jiménez, Alberto (2008). Well-being in anthropological balance: Remarks on proportionality as political imaginaton”, en *Culture and well-being: Anthropological approaches to freedom and political ethics*, 180–198. London: Pluto.

Yepes³⁹ examina el contenido de la felicidad. Para él existen dos perspectivas: una, tratar de ser feliz mediante el logro de determinados bienes objetivos. Es la perspectiva objetivista de la felicidad. La estructura felicitante (usando el lenguaje de Zubiri) se identifica con la posesión de unos objetos preciados. La segunda perspectiva es interior: la vida está plena cuando tiene un contenido y realiza algo que la hace plena.

Adela Cortina⁴⁰ se pregunta cómo se puede ser feliz en medio de situaciones inhóspitas, en medio del sufrimiento y del dolor. ¿Es posible la plenitud en este tipo de circunstancias? Se trata de averiguar si es posible la convivencia de ambas realidades.

Un punto importante es aclarar que se trata de describir expresiones que son proposiciones que emergen desde el lenguaje en palabras y oraciones. Éstas se diferencian de los procesos metodológicos asociados a la observación y la inducción, que corresponden a proposiciones de carácter empírico. Cuando se usa la palabra “felicidad” no se trata de explicarla como una verdad de los hechos y como si constituyera algo empírico, algo que aparece en la frase “sólo tú sabes lo que es ser feliz”.

Se trata de lo que se expresa a partir de las reglas específicas de un determinado juego de lenguaje en el que emergen estas palabras, es decir, de una construcción colectiva en que generan una manera de vivir, donde se mezcla la subjetividad personal y la intersubjetividad a través de decir, actuar, dotando de nuevos contenidos compartidos (no necesariamente objetivos y empíricos) a la felicidad. No hay nada intrínsecamente malo en el uso de oraciones vagas, pensando en que las oraciones exactas sean superiores. Tienen un orden perfecto en sí mismas.

³⁹ Yepes, Ricardo (1997). *La persona y su intimidad*. Edición a cargo de Javier Aranguren. Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria, N° 48.

⁴⁰ Cortina, Adela (1997). Una ética estructuralista del carácter y la felicidad (perfil zubiriano y aristotélico de la ética de Aranguren). *Isegoría: Revista de filosofía moral y política*, N° 15, págs. 93-107.

Para cada grupo social, la verdad es una construcción compartida y en permanente evolución, donde nadie se puede erigir como poseedor de la verdad única ni operar como un sancionador moral del pecado objetivo. Con la felicidad sucede lo mismo.

Para distinguir los juegos de lenguaje y los contenidos de felicidad de una persona es cosa de preguntar “¿eres feliz?”. Si en su respuesta dice algo como “esto es muy importante para mí y para quienes quiero”, revelará aquello que genera sensaciones de felicidad y que funciona como criterio subjetivo de evaluación de la propia vida feliz o infeliz.

Seguramente se disolverá el recurrir a una esencia para construir el significado de felicidad, algo que hace tanta gente, porque no se usa un presupuesto previo para dotar de significado a la palabra sino que se “llena” del contenido de las experiencias felices. Quien lo dice puede justificarlo recurriendo a los juegos de lenguaje en los que participa. Por ejemplo, diciendo que “así actúan las personas cuando se hace este tipo de pregunta” no se sigue un curso causal para justificar lo que dice. Esto evita caer en presupuestos internos y se logra que el enunciado signifique algo en virtud de reglas existentes que son efectivas en el lenguaje común y las prácticas en comunidad.

Respecto de los contenidos de la felicidad es necesario cuidarse del reduccionismo y el refugiarse en lo privado. Desafortunadamente esto no constituye una excepción en nuestro mundo contemporáneo, donde el individualismo es evidente y la simplificación también. De algún modo, las voces aludidas así lo revelan. Todo se enmarca en lo establecido. No hay interrupción de formas necesariamente finitas.

En algunas de las voces que definen su felicidad observamos vitalismo filosófico. En filosofía, el vitalismo se presenta como una doctrina contraria al racionalismo. Los conceptos más importantes alrededor de los que gira la filosofía vitalista son temporalidad, historia, vivencia, instintos, irracionalidad, corporei-

dad, subjetividad, perspectiva, valor de lo individual, cambio, muerte y finitud.

La pobreza del vitalismo es que funciona como una filosofía de derrota y de retirada hacia sí, considerándose a sí misma como “empoderadora”, pero permaneciendo encerrada en un lugar estructural dentro de la forma de valor existente. Ahí, los poderes se alinean con una pasividad de la mente invadida por fuerzas de la vida (o muerte), es decir, por el mito.

El vitalismo reinscribe la vida genérica, o el potencial de la vida, como la base de una pérdida, ya que no percibe una nueva forma de la potencia humana. En este sentido, la incompetencia se convierte en potencia oculta y el desempoderamiento como poder ocluido.

Estamos antes las consolaciones de la vida. Los alineamientos de este llamado a la vida feliz son notablemente simples. En esta mirada vitalista, la vida feliz está vinculada sólo a lo genérico, sin matices tornasolados ni especificidades de los fenómenos y contenidos de la felicidad. Lo feliz sería el compartir, lo afirmativo, la hiperpositividad, el amor, la indeterminación, la contingencia, la apertura, etc. Entonces, todo se convierte en previsible. No hay ninguna señal de rebeldía con el mundo que se vive, es simple adaptación emocional a lo dado, con autoconvencimiento sostenido. Hemos descubierto su juego del lenguaje, hemos correlacionado revelación con felicidad. Vemos el alma renunciando a su poder, refugiándose, convencidamente, de que lo que exponen es el ser-felices.

Toda persona tiene la disponibilidad estructural consciente para ser feliz y elige, a partir de su apertura y atendiendo a lo que le parece mejor, un abanico de posibilidades: interrumpe mundos y crea mundos. Se atrae hacia sí mismo y se lleva hacia los demás. Se trata de un proyecto vital necesario de plenitud personal arraigado en una forma de vida, en sus circunstancias, en su decir y actuar. Pero es lícito aclarar que la felicidad no es mera compla-

cencia ni espontaneidad, sino realización deliberada para vivir en plenitud en ese contexto particular.

Pensamos que es interesante el eudemonismo zubiriano que concibe la realización de la felicidad en el enfrentamiento con la realidad (hemos dicho alteridad), en orden a sentirse bien como realización humana (en cuanto mismidad y alteridad) y para intentar sentirse bien en plenitud en un contexto con otros.

LA FELICIDAD SERÁ LA POSIBILIDAD APROPIADA A PARTIR DE ESTAR DISPONIBLE PARA. ÉSTE ES EL CONTENIDO DE LA FELICIDAD.

No se requieren condiciones previas que lo determinen o fijen. Lo que aparece como importante son las conexiones con los contextos en que se usan y las reglas que configurar estos usos. En nuestro caso se trata del uso de las palabras.

La investigadora Sonja Lyubomirsky⁴¹ examinó las creencias de la felicidad, concluyendo que muchas personas son infelices por creencias limitantes que asocian la felicidad a obtener un cierto logro, por ejemplo, tener pareja, trabajo, dinero, status, hijos o salud. Es decir, la infelicidad sería creer que la felicidad es una consecuencia de obtener algo, más que entender que es un estado disponible del ser.

El contenido de la felicidad se completa al recordar quiénes somos realmente, sin recurrir a los hechos o a los estados psicológicos y mentales. De lo que se trata es del contexto de uso vigente en el que se argumenta por qué estamos aquí y cuál es el mayor propósito de todo esto. Se trata de iniciar un profundo mirar desde sí y de lo que le sucede a los demás. El espacio vacío que hay

⁴¹ Lyubomirsky, Sonja (2014). *Los mitos de la felicidad*. Santiago: Urano.

que llenar cuando se piensa en ser feliz no está en el tener sino en el ser.

Dicen que para que se produzcan grandes cambios necesitamos ser perturbados o alterados, tensionados al límite. Y así como la mariposa requiere tiempo, esfuerzo y trabajo duro para lograr el cambio de deshacerse de su capullo, así hay que vivir la propia transformación para hacer posible la felicidad o el estado deseado. Tal vez es la forma de evitar que tengamos una vida de repetición neurótica e inefectiva y logremos un refinamiento suave pero sostenido.

Nuestras vidas merecen varias lecturas: tantos significados olvidados, otros retenidos, los que hemos adormecidos y que nos permitirían ver el sentido que hemos ido hilvanando y lo que hemos custoreado. Podremos leer y describir –no explicar– nuestras líneas de soledad y solidaridad, de dolor y agradecimiento. Sabremos cómo hemos enfrentado demasiado ruido, la fragmentación y el poco tiempo para la contemplación, y una posible compulsión por la conformidad y el exitismo. ¿Qué tipo de evangelio estamos construyendo en nuestra forma de vida?

La felicidad se dota de un contenido acercándose a los hechos, a lo que ocurre, aunque podamos pasar de largo. Creamos contenido y usamos las posibilidades apropiadas forjando sus argumentos. Al hacerlo constituimos una moral según las relaciones y el contexto en que actuamos, una ética social. Los hechos con sentido son cosas de la realidad, referidas a la vida humana cotidiana y práctica.

La felicidad apropiada es un poder que se adquiere al interior de nuestra forma de vida. El más feliz no es el que tiene más posibilidades sino el que genera la mayor cantidad de posibilidades para los demás, el que entiende que la felicidad cobra sentido cuando se comparte y se multiplica en espirales inconmensurables, no cuando se guarda como propiedad privada por el temor a que se diluya.

La convivencia para la felicidad no es simplemente una interacción, pues pertenece a la estructura de cada uno de nosotros. La persona convive esencialmente con los demás y lo hace desde sí mismo. Estamos inevitablemente arrojados a la comunidad, al encuentro, el diálogo y la construcción colectiva. Si se pretende caminos de independencia competitiva o el deseo torpe de ser el mejor, se niega la estructura dialógica y colaborativa de lo humano, generando patologías personales, familiares, organizacionales y sociales, esas que vemos por doquier con sólo mirar nuestro entorno.

Nuestra realidad cotidiana es luz y oscuridad, las que debemos aprender a manejar dialécticamente como posibilidad integrada. Usando el lenguaje zubiriano, la persona sobrevuela sobre sí para intentar ver qué apropiación de posibilidades puede aportarle la felicidad y distinguirla de la infelicidad, esto es, entendiendo que no todo es posibilitante para la vida plena.

La felicidad no consiste en una autorrealización de orden psicológico sino de orden ontológico, esto es, a nivel del ser: se trata de encarnarla en los hechos, en un hacerse en la realidad (alteridad) y con la realidad (alteridad y con los demás). Es un proceso intenso, dedicado, deliberado y a ratos difícil. Como dice Aranguren⁴², la eudamonia es ardua alteridad con los demás en un hacerse en la realidad desde sí mismo.

Lo felicitante es la realidad en la alteridad, con los otros y el mundo. Nos provee de la dirección de sentido existencial manifestado en una forma de vida a través del lenguaje y constituye al apoyo cierto que abre todas las posibilidades y nos impele hacia esa dirección encarnada y sentida.

No es simplemente una colección o antología de historias ordenadas o dispares. La persona la convierte en un todo coherente con sus partes interconectadas inteligentemente. Habrá me-

⁴²Aranguren, José Luis. *Ética y estética*, Madrid, Trotta, 1996, p. 173.

táforas, parábolas, historias cortas e historias largas, narraciones continuas y vorágines de pensamiento. A diferencia de lo que dice Silvio Rodríguez, no “se está arrimando un día feliz”. Ese día está ahí desde nuestra disposición de ser y es nuestra labor cotidiana dotarla de contenido y cultivarla en la acción personal y relacional, asumiendo y accionando nuestras posibilidades felicitantes.

La felicidad la podemos comprender como ‘conversación’ (concebida ampliamente para incluir diálogos internos a partir de lo público) acerca de qué tan bien va nuestra vida. Se podrá decir “estoy feliz hoy porque mis hijos me han hecho reír”. Otros dirán frases más genéricas con guiños humanistas: “Estoy feliz de estar vivo, feliz con mis hijos y nietos que son la única inmortalidad que necesito”.

Cada uno escribe su propio génesis (¿usará la manzana de Adán o la de Newton?) y cada uno escribe sus parábolas: ¿contendrán lo ecléctico, contradictorio o lo definitivo, que contienen mucho de lo que realmente es muy bueno, pero también algo que puede no ser tan bueno y lo insoportablemente aburrido? Cualquiera sea la respuesta, primero sucede en la forma de vida, después en las interacciones que conducen a repetir determinadas prácticas, y luego se deducen las reglas que hacen posible nuevas realidades de uso para trazar la línea entre lo feliz o lo infeliz.

La felicidad no consiste en placer, riqueza, fama u honor, ni en nada extrínseco ligado a las apariencias. Pasa a depender de nosotros mismos, de nuestra mismidad y de los contenidos en función de la apertura de posibilidades a partir de nuestra estructura consciente habilitante.

Las personas participan de prácticas que generan un grado importante de confianza sobre los contenidos de la felicidad, porque se escucha lo que las personas argumentan como justificación, y muestran y contienen cómo viven y piensan. Con las normas socioculturales del éxito se aprende a asociar felicidad con ego, apariencias, individualismo, consumismo y materialismo. Son los

grandes distractores de nuestro tiempo como forma de vida y las anclas del malestar, la incomprensión (¿no era así que iba a ser feliz?) y la infelicidad. Ahí no la encontrarás. La salida es hacia adentro. Y aclaramos con Wittgenstein que un “proceso interno necesita criterios externos”⁴³.

“Estoy feliz” significa aplicar este tipo de criterio, en cuanto condición que se hace pública y que garantiza que la expresión sea efectiva. A veces es la expresión de la propia sensación, otras es la sensación de alguien más. Del mismo modo se interpretan las expresiones sobre lo bueno, lo justo o lo correcto. Se trata de procedimientos de verdad, que pueden entrar en contradicción con lo establecido y que se trata como humanidad genérica. La felicidad se nutre de distancias y obstáculos. Se podría pensar en continuidad y ruptura. La felicidad tiene bastante afinidad con el amor: la invoca y proporciona imágenes de ella. Algo extraordinario emerge en la vida cotidiana.

Observamos que hay usos centrados en las sensaciones individuales que pueden entrar en conflicto, por ejemplo, con los juegos de lenguaje en una organización, dado que no se conoce el criterio público que se aplica para ponderar la importancia del bienestar o la felicidad. El empleado declara ausencia de este criterio porque lo desconoce y prefiere guardar distancia antes que actuar para evitar consecuencias laborales. El conocimiento del criterio organizacional respecto de la felicidad permitirá que las personas decidan o no establecer su adecuación.

Las empresas suelen ser un caso específico de reglas imprecisas, que requieren ser resuelta para direccionar el comportamiento y el desempeño de los empleados hacia los fines organizacionales. No todo está regulado en el lenguaje organizacional porque hay situaciones inciertas y es fácil pensar en dudas de coherencia, sin que esto signifique sospechar de las palabras que se dicen.

⁴³ Wittgenstein, Ludwig, op.cit. § 580.

Sería interesante saber si todos experimentan la misma sensación, pues daría un marco de comprensión para intervenir en el mejoramiento del bienestar organizacional. Esta particularidad no significa tampoco generar un esquema general de duda respecto de la empresa, sino describir las sensaciones en circunstancias particulares, comprendiendo también las situaciones específicas de quejas de modo de comprenderlas en sus justificaciones. Sólo desde la comprensión de los fenómenos organizacionales derivadas de las narrativas de sus integrantes podremos generar intervenciones efectivas que potencien el bienestar de los empleados como bien en sí mismo y como generador de objetivos y resultados.

Es interesante argumentar la existencia de cuasi recuerdos en la estructura felicitante de una manera fenomenológica. Mi recuerdo de cierta experiencia no necesariamente contiene la vivencia de experiencias pasadas. Por lo general no incluyen la evidencia de nosotros mismos: *nosotros* podemos recordar experiencias pasadas, por ejemplo, el traje de María, pero no necesariamente nos recordamos mirando su traje y recordándola, a menos que finalmente recordara nuestra actitud especial hacia esa impresión como mi sorpresa al ver su nuevo traje.

La felicidad es una forma de mirar y habitar el mundo, un domiciliarse en la existencia de una forma de vida. Implica decidir cotidianamente el lugar desde dónde se vive la vida: interpreta fatalidades o interpreta posibilidades. La felicidad está en mis ojos, en mi manera de sentir, representar, pensar e interpretar la existencia. La estructura humana habilitante para ser feliz (representa mi aspiración aún sin saberlo) se llena de contenidos diferentes, pudiendo llegar a sentir felicidad en la plenitud. La felicidad siempre está al alcance de nuestra mano.

Cada época y cada cultura tiene sus propias miradas. Esto es de esencial importancia. Los franceses han prohibido el velo facial y los alemanes acaban de prohibir la circuncisión. ¿Por qué prohibir el velo?. Si uno fuera a Arabia Saudita no caminaría por

las calles en pantalones cortos, porque usar pantalones cortos en Riyadh es visto como un insulto, así como cubrir la cara en Londres es sospechoso y preocupante. Se trata de éticas específicas de una forma de vida particular configurada por diferentes concepciones de la ética de los máximos. ¿Por qué la expulsión del otro es una pérdida? ¿Cómo cultivamos un aprecio por la alteridad? Cada época tiene sus síntomas y hoy se insiste en gerenciar nuestra existencia. Hay un hechizo por la similaridad. El sujeto vive al límite y a veces explota en actos de violencia.

ESTAMOS ARROJADOS A LA FELICIDAD, PORQUE
DISPONEMOS DE LA ESTRUCTURA PARA ELLO.

Si bien no todos los filósofos explicitan esta estructura de la felicidad, es claro que la estructura felicitante es una invariante humana. Aunque la persona quiera negarla, esquivarla o sacudirse de la felicidad, es uno de los vectores de la secuencia invariante del desarrollo humano. Nos parece que esta idea nadie la pone en duda.

El contenido de la felicidad emerge de los ideales vigentes en cada época y cultura. Podríamos llamarlo el mundo justo establecido, cultural, social, económico o espiritual. Los estándares de felicidad son subjetivos, históricos y condicionados por los ideales socioculturales y los parámetros de éxito de cada lugar y tiempo.

Nos detuvimos en la lectura de Byung-Chul Han⁴⁴ y su libro “La sociedad del cansancio”. Este autor nos habla del “infarto del alma”, del sujeto típico de la modernidad tardía que ha dejado de ser sujeto. Enfrentamos lo ingobernable, lo irreductible o lo desconocido de la actual sociedad del rendimiento y de la “histeria

⁴⁴ Han, Byung-Chun (2015). *La sociedad del cansancio*. Argentina: Herder.

por la supervivencia” y la “histeria por la salud”. Desde este tipo de realidades, la estructura felicitante de la persona elige su contenido y los bienes que serán apropiados y su curso de acción, en nuestro caso más allá de la crítica negativa.

La literatura ha puesto en evidencia la confirmación de inestabilidades de identidad, las “máscaras” de Yeats, los complementarios de Antonio Machado, la autoría por delegación y desdoblamientos de personalidad de Rilke, de Valéry Larbaud e incluso de Borges, en su conocido e imprescindible texto “Borges y yo”. Cada período tiene sus esperanzas, miedos, temores, fatigas y malestares en el sentido freudiano, afectando a la felicidad.

La persona feliz es feliz incluso en una batalla dolorosa y en una realidad miserable, porque aún puede elegir actuar desde el bien. Sin embargo, Aristóteles creía que las calamidades más extremas pueden “desalojarlo” a uno de la felicidad, eliminando la propia esfera de actividad. Nosotros pensamos diferente. El contexto adverso y doloroso puede ser un gran obstáculo para la conciencia y la decisión libre. ¿Qué se puede elegir en pobreza o en regímenes autoritarios? No obstante, por extrema que sea la realidad, la libertad de elegir el bien o el mal del propio actuar es una cualidad irrenunciable e indelegable. Está claro que se facilita con la satisfacción de las necesidades básicas, la pertenencia y la seguridad interpersonal. El contexto no es justificación de actuar bien ni mal, aunque aporte elementos para la comprensión del actuar. Quien entrega al contexto la justificación de su comportamiento, renuncia a su ética.

El mundo en el que somos socializados puede producir un determinado nivel de madurez: preconventional, convencional, y posconventional⁴⁵. El nivel de desarrollo moral de la persona determina sus aperturas, posibilidades y opciones, estableciendo límites más amplios o estrechos a su concepción de felicidad.

⁴⁵ Kohlberg, Lawrence (2011). *De lo que es a lo que debe ser*. España: Prometeo Libros.

Si vivo en el mundo de los incentivos, de los premios y castigos y donde el más astuto es a quien mejor le va (moral preconvenional), los criterios de felicidad estarán ligados al individualismo oportunista y a la ganancia personal.

Siguiendo los planteamientos de Cortina⁴⁶, podemos señalar que la persona debe distinguir entre los ideales de lo que significa una "vida buena" actualmente disponibles en una forma de vida, y aquellos que merecen ser seguidos y cuáles no.

Lo que nos lleva a elegir son las tendencias inconclusas de cada ser humano. Nos inclinan a preferir la bondad misma de la realidad: la realidad buena. Siempre tratamos de elegir lo que nos parece mejor. En los textos de Aranguren⁴⁷ se puede rescatar la aproximación a la felicidad como una conjunción entre la acción correcta o buena conducta y la eudaimonia (estar en forma plena) del buen hacer.

Somos parte del estar arrojados constitutivamente en la felicidad y desde el deber en el sentido planteado en este libro, es decir, ética para vivir la vida, comprender la realidad, encuadrar los contextos históricos, significar el malestar masivo y proyectar el futuro compartido como posibilidad felicitante.

En la actualidad observamos una serie de graves degradaciones existenciales. De algún modo hemos sucumbido a lo constitutivamente humano, relacionalmente felicitante y en sistemas colaborativos. Se ha generado un nuevo tipo de malestar, uno que no es conducente a la felicidad sino al estrés, la enfermedad, la injusticia, la indignidad y la latente posibilidad de explosión social. Las escuelas clásicas nos ofrecieron autocontención y autosuficiencia frente al destino, pero las fuerzas que trabajan en los seres

⁴⁶ Cortina, Adela (2013). *¿Para qué sirve realmente la ética?* Madrid: Editorial Paidós.

⁴⁷ Aranguren, José Luis (1988). *Ética de la felicidad y otros lenguajes*. Madrid: Ed. Tecnos.

Aranguren, José Luis. (1994). *Ética*. Barcelona: Altaya S.A.

Aranguren José Luis (1996). Moral como estructura, como contenido y como actitud, en *Ética y Estética en Xavier Zubiri*. AA.VV. Madrid: Trotta.

humanos contemporáneos son tan vastas y poderosas que frustran tal seguridad en sí mismas. Para muchos, late la infelicidad.

Acercarnos a la felicidad es bello, atractivo y sublime. En lugar de posarnos en los sentimientos opuestos de repulsión y angustia, necesitamos pasar por algo más allá. Siempre necesitaremos una pausa. para captar nuestros diferentes espacios del ser que somos, de lo que nos sucede en diferentes espacios sucesivos que evolucionan y que se perturban o alteran.

No es que haya otro mundo, sino que nuestra visión de este mundo es necesariamente parcial e inclusiva. ¿Felicitante o no? Eso depende de tu elección cotidiana.

Cuando se enuncian palabras es necesario disponer de prácticas relacionales para la posibilidad de dar razones de lo dicho, en el contexto de una referencia que no alude a un hecho mental sino a las condiciones de contexto que se emiten. Esto da una realidad descriptiva y tangible, alejándonos de aplicar significados esencialistas que otorguen sentido a las expresiones en el juego de habla.

El contenido de la felicidad alcanza su potencia a través de apropiarse de su ser histórico a través de juegos de lenguaje con el fin de actuar humanamente en la forma lo más plena posible, a menudo profanando el uso del lenguaje común, sus límites y desmitificando lo propio y lo impropio. Esto es, profanando hilos visibles e invisibles que limitan la realización de lo humano. Múltiples componentes de la vida feliz, más allá de cualquier procedimiento genérico, permitiendo una vida feliz.

No estar invitado a la cena sagrada

Enviándome mensajes de texto desde cuatro grados al sur
de Valparaíso)

dice que siente que es menos
que humano

se imagina a si mismo extraño
como él mismo un migrante calculando
las estrellas a saltos

él se imagina
siempre hay un interior y un
afuera de una pluma y un punto de entrada /
no avanza, solo derrota, sin embargo, él imagina
la *liberación en los sueños*
para ello mientras cuenta
ciento ocho, aunque el número esté vacío,
lejos de una cueva
sin nombre sin consagrarse en lo profundo

Mira el océano
restando multiplicando dividiendo
la posibilidad
de verdad, la probabilidad de que la ficción cambie de
tiempo desde su lugar actual
como midiendo
una distancia conmensurable

Se mantendrá fiel a ella.

(Eduardo Escalante)

CAPÍTULO 3

LA RECUPERACIÓN DE LA TRASCENDENCIA: LA FELICIDAD COMO PLENITUD

Patrones geométricos, telas coloridas, paisajes teñidos de aromas, de niñas jugando a la ronda, de simetrías y armonías que estás para ser vistas y reconocidas⁴⁸. Todo eso nos circunda y es impresionante, ya sea porque son realidades en las que hemos estado y también nunca hemos estado. Requeriremos un estado diferente para estar en ella, vivirla, distinguirla, sentirla y nombrarla (aunque a veces podamos vivirla y no saber cómo nombrarla). Queremos un estado de atención, consciencia presente y plenitud, de felicidad. Atención plena. Me siento feliz si mi mundo es un mundo pleno, alegre y armonioso.

Al examinar la felicidad y la plenitud, diversos significados salen al paso. Nosotros seguimos anclados en la antropología filosófica, alejándonos de una crónica de relatos sin profundidad y del crepitar de los espejismos que consumen el presente. Es otra nuestra vocación. No tira en nuestra mano una metafísica sin causa.

Poéticamente podemos decir: la vida vivida no es un río, es una alfombra de significados, flotando en un mar sin límites, un asombro larvado. Levantamos las manos y apretamos el aire, como si cogiéramos un corazón y lo trajéramos para sí.

Nos interesan lo que se representa en las formas de vida humana, tratando de distinguir frontera y umbral. ¿Qué es lo que

⁴⁸ Ideas tomadas del Libro de los sucesos felices (2018) de Eduardo Escalante. La versión digital se puede consultar en: <http://www.espacioluke.com/2017/Julio2017/escalante.html>

cada forma de vida reconoce como “plenitud”, sus santos y señas, su compartir y lo que declara como impropio? ¿Qué es lo que consagra como condición de sentido?

Nuestro enfoque se basará en la filosofía de Wittgenstein⁴⁹, dado que nos permitió comprender lo que significa la “felicidad como plenitud” y la “felicidad como ética”.

Lo que aprendemos no es tanto a repetir las palabras que nos enseñan sino a usarlas, también en circunstancias nuevas y para fines imprevistos. Lo que convence es la prueba.

Agamben⁵⁰ plantea que en la vida humana los modos, actos y procesos singulares del vivir no son nunca simplemente hechos, sino siempre posibilidad de vivir y sobre todo potencia. Los comportamientos y las formas del vivir humano no son prescritos en ningún caso por una vocación biológica específica ni impuestos por una u otra necesidad, sino que, aunque sean habituales, repetidos y socialmente obligatorios, conservan en todo momento el carácter de una posibilidad, es decir ponen siempre en juego el vivir mismo.

En cuanto somos seres de potencia, que pueden hacer y no hacer, triunfar o fracasar, perderse o encontrarse, el ser humano es el único ser en cuya vida siempre está en juego la felicidad, cuya vida está irremediable asignada a la felicidad.

Esto permite constituir una forma de vida como vida feliz: una vida ética. De lo semántico se pasa a lo performativo: se unen las palabras y su fuerza significante a los hechos como certeza, otorgándole al lenguaje la capacidad de crear realidades. Se expresa la potencia de lo humano, se generan actos no expresados de vida y se afirma lo imposible. La vida se direcciona hacia la felicidad como forma de vida. La persona no se olvida de vivir

⁴⁹Wittgenstein, L. (1996). *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*, vol. I. Madrid: ed. Tecnos.
Wittgenstein, L. (1988): *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: editorial Crítica.

Wittgenstein, L. (1974). *Tractatus Logico-Philosophicus (TLP)*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

⁵⁰Agamben, Giorgio, 2010. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos.

rompiendo lo falso, con remoción de lo impropio y sacando al lenguaje de su alienación.

Del mismo modo se puede generar lo positivo, lo que *es* ante lo que *no es*. Sin embargo, es necesario ir trabajándola con delicadeza por su fragilidad (algo puede ir mal, algo se puede aflojar y algo puede queda atascado). Después de todo, el significado de una narrativa es liberar las formas que toma el existir humano a través del lenguaje. Nos empuja a algo más allá de nosotros mismo, desde nuestra mismidad.

Cuando analizamos la plenitud nos interesa la complejidad del efecto que tiene sobre nosotros (el qué). Lo mismo parece aplicarse también al mundo y a ser uno mismo, el cómo se ve atrapado en una vasta red de historias, perspectivas e influencias. Sin embargo, el cómo, la forma en que hacemos las cosas, se expresa en todas partes en nuestra gramática, en los detalles más mínimos de cualquier ocurrencia, en cada gesto, silencio, emoción y en nuestras más mínimas expresiones. Nuestro comportamiento es reflejo de las historias que nos contamos y valoramos. Percibimos, pensamos, actuamos y nos relacionamos desde ellas. Somos nuestros pensamientos en acción.

Los hechos están determinados por nuestra percepción de la realidad. La decisión de lo que la humanidad considera un hecho es una decisión colectiva e individual. A medida que pasa el tiempo (hasta que los humanos puedan hacer cambios genéticos en nuestros cuerpos para cambiar fundamentalmente la forma en que percibimos la realidad), nuestra percepción de la realidad, la vista, el olfato, el gusto, el tacto y el oído, no cambian mucho de generación en generación. Las conclusiones sobre lo que estamos percibiendo –negativo o positivo– es una construcción social. Atravesamos un paisaje diferente –ya no imaginario– sin dejar pasar por alto. Nos sumergimos en él, desde el ser dicho y en el ser en el lenguaje de lo no lingüístico.

La plenitud se centra en el camino, en el *cómo*, observando lo más claramente posible *lo que es*, incluida nuestra forma actual

de vivir con sentido para ser feliz. Se recupera el poder perdido respecto al lenguaje y los actos. Ya no hay adherencia a una impropiedad, por ejemplo, la plenitud sin ética. El lenguaje no emplearía lo incomunicable.

La existencia individual dejaría de ser algo insensato que ha significado su tensión emocional o pathos. Ahora podrá transformarse sin buscar obstinadamente lo que defrauda y hace que uno sea insignificante. El conformismo y la marginalidad dejan de ser la tonalidad emotiva.

Cada situación nos ofrecerá las circunstancias ante las que tomaremos la decisión de cómo actuar, si respondemos o no desde nuestro marco ético. La libertad de elegir se da en una circunstancia que no nos obliga a respuestas impulsivamente determinadas. La plenitud responde adecuadamente a su mundo y no puede prescribirse, nunca deducirse con determinación, sino inducirse indeterminadamente. La singularidad se construye en el andar.

¿Cómo saber si mi vida es plena? A la base de la plenitud está el estado de paz, armonía y completitud con uno mismo y con lo que sucede, con la mismidad y la alteridad, en una danza a través de la que nos sentimos uno con el universo, únicos y fundidos con la totalidad, como la gota en el océano, que es gota de agua singular y océano total a la vez.

Se tematiza así un ámbito de la experiencia humana, más allá de la mera percepción, donde suceden desplazamientos que no se corresponden necesariamente con cambios en el mundo empírico, pero que pueden cambiar nuestra percepción y transformar totalmente su sentido. De allí la importancia del concepto de “juego de lenguaje”.

Cordua⁵¹ señala que juego de lenguaje es un concepto central para Wittgenstein, concepto que “sugiere inmediatamente

⁵¹ Cordua, Carla (1997). *Wittgenstein: reorientación de la filosofía*. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, p. 152.

una actividad organizada, establecida socialmente, que se puede llevar a cabo correcta o incorrectamente, y que es repetida por muchas personas que están de acuerdo en las normas que la controlan”. Agrega que este concepto “excluye de inmediato que el lenguaje pueda tener una sola forma rígida y necesaria que se nos impone automáticamente sin nuestra participación”. Los juegos de lenguaje están disponibles para ser modificados o reinventados. Son las prácticas humanas las que definen una determinada realidad.

La noción de una “forma de vida” pretende enfatizar que el lenguaje está imbuido de preocupaciones culturales y viceversa. Para Wittgenstein, es imposible separar la práctica cultural de una comunidad de su práctica lingüística y, en última instancia, su mentalidad. La forma de vida que comparten los individuos abarca los conceptos con los que organizan el mundo y el lenguaje que usan para comunicarse, así como sus prácticas y valores culturales.

Los individuos pronuncian y afirman en el lenguaje lo que es verdadero y falso en una determinada forma de vida. Wittgenstein afirma que cuando una proposición o juicio se considera verdadero o falso, esto no equivale a una afirmación verdadera o falsa sobre la naturaleza de la realidad. Más bien, equivale a un acuerdo en forma de vida. Esto sugiere que diferentes formas de vida tienen diferentes formas de ver el mundo y esto podría implicar una multiplicidad de diferentes estándares de verdad y falsedad. Es lo que pasa con conceptos como felicidad como virtud, felicidad como justicia o felicidad como ética, entre otras varias expresiones.

Esta observación es crucial pues valida la pluralidad de diferentes formas de ver el mundo. Cada visión del mundo es igualmente significativa. Wittgenstein es firme al sostener que convencer a los miembros de una forma de vida específica solo puede ser una cuestión de persuasión. No se trata solo de presentar hechos fríos sobre falsas creencias. El diálogo, la persuasión, la autoconciencia y la humildad son el orden del día para Wittgenstein.

Los miembros de diferentes comunidades conceptuales pueden entablar un diálogo y revisar su perspectiva. Si lo hacen, pueden hacerse cargo de los puntos de vista de otra perspectiva. La cuestión de la naturaleza de la verdad para Wittgenstein debe plantearse independientemente de la cuestión del relativismo cognitivo. Su convicción fue que la verdad está enraizada en lo que la gente dice y en los puntos de vista que tienen sobre las cosas, y, en última instancia, en su complicada forma de vida, que es la perspectiva fundamentalmente humana.

Se trata de actividades “en campos abiertos de posibilidades, en espacios por los cuales es posible moverse en diversas direcciones, proponerse varios fines y cambiar, una vez iniciada la marcha, la manera de seguir adelante”⁵².

En el juego de lenguaje de una determinada comunidad se puede definir la felicidad como plenitud, como lo bueno y lo justo, entre otras palabras. La felicidad como plenitud (bondad, gracia, justicia, etc.) tiene su significado mediante su articulación con cierto contexto y adquirirá otro en un contexto diferente. Ciertos significados conjugan con la felicidad plena, mientras excluye otros. La palabra plenitud conlleva diferentes preguntas que surgen en una forma de vida específica. La plenitud emerge en contextos situacionales y accionales muy diversos y debe ser considerada y analizada en el plano de estos contextos. Lo pleno o lo carente de plenitud no es intrínseco al hecho, sino que depende por completo de las contingencias de cómo estamos hechos, de cómo miramos, valoramos y de cómo interpretamos lo que sucede desde sí mismo y con el otro.

La plenitud es quizás una pregunta sobre qué pasa cuando justamente los hechos se vuelven cáscaras vacías, apenas capaces de referirse a ellas mismas. Esto nos hace completar esos puntos de fuga de lo que vivimos, y pensamos en otro mundo posible como

⁵² Cordua, op.cit.

una viñeta de nuestro presente. Se deja de transitar por pasillos sombríos como una como si fuéramos un ser abollado avanzando a ciegas.

Las conclusiones sobre lo que estamos percibiendo es una construcción social en formas de vida específicas. En ausencia de la construcción social, un humano simplemente moriría. Una persona colocada en completo aislamiento en un túnel oscuro perderá el contacto con la realidad. Los humanos dependen constantemente unos de otros para comprobar la realidad.

La felicidad o la infelicidad no está en los hechos ni en las circunstancias. Son nuestros lentes los que asignan valor positivo o negativo a lo que sucede en relación a mí, ya sean con personas o situaciones. El significado lo asigna y atribuye cada uno. Incluso detrás del malestar y el dolor más radical, con hechos que objetivamente son dañinos, cada uno puede resignificar las acciones con una narrativa y una interpretación de posibilidad, desde nuestra estructura felicitante y a través de juegos de lenguaje.

Vivimos en nuestras historias y en el compartir con otros, nuestras representaciones mentales, y son éstas las que van configurando los recuerdos y anticipando las percepciones de la vida que viene. Pero, la felicidad es una posición más allá de lo cognitivo y mental aprendido en el existir y ante la existencia, igual que la infelicidad. Puede haber reverberancias de origen imprecisables, lejos de cualquier vaticinio, proclamándose la heterogenidad del tiempo en su evolución no lineal.

En esto se inserta la felicidad como plenitud, sin una absoluta identidad. En el caso contrario, toda repercusión se transformaría en monotonía, cerrando la estructura felicitante de las que disponemos. Ninguna fatalidad la hará colapsar, aunque medios insuficientes y hasta pueriles pueden servir para lograr la plenitud. El camino que recorre no desembocará jamás en la igualdad. Cada nuevo hecho asociado a la plenitud marca un corte, una distancia. Se desarticula la univocidad que supuestamente habría instalado

una versión original. Se hace trizas el espejismo de la fijeza. No todo ha sido dicho.

Las personas con miradas y preocupaciones diferentes a las nuestras puedan clasificar y categorizar el mundo de manera muy distinta, por lo que la felicidad como plenitud adquiere contenidos y valoraciones propios, teniendo presente sus intereses y necesidades. Cada visión del mundo es igualmente significativa y convencer a los miembros de una forma de vida de lo inadecuado o lo irracional de su visión de las cosas no solo puede ser una cuestión de argumento racional sino requiere de persuasión entre formas de vida. Las personas que constituyen la forma de vida que se dedica al sacrificio de niños para apaciguar a un dios vengativo y asegurar una cosecha abundante, no es cuestión de un argumento racional.

Las teorías tienen que cumplir con ciertas exigencias lógicas y gramaticales, de lo contrario no son teorías, son esperanzas, ilusiones, creencias, maneras de tener plenitud o de sentirse protegido. La gente que tiene figuras de santos en su velador o que le habla a la Virgen María o a sus propios dioses está alimentando una fuente que le da valor para seguir viviendo.

Hay diversidad humana, pero el conocimiento de lo humano no es inaccesible. El mundo se articula a través del lenguaje y el lenguaje es humano. Siguiendo a Carla Cordua, se trata de aceptar con cierta comprensión y contento el mundo que nos toca vivir, e incluso a veces, con actitud de aceptación y agradecimiento. Es un modo de alcanzar la felicidad como plenitud.

Evolucionamos en nuestra perspectiva y forma de vida cuando hacemos “cross check y reportar”, describiendo las otras formas de vida sin juicios. distinguiendo las diferencias, preguntándonos cómo esa nueva forma interpreta mi visión y mis creencias, descubriendo los bordes de mi mapa y dónde están los espacios reflexivos para ampliarme hacia el territorio vasto de lo humano y lo divino.

Es una postura no cognitivista, es decir, las declaraciones sobre la felicidad e infelicidad no tienen condiciones de verdad sustanciales ni posiciones de moral superior. Cuando las personas dicen cosas sobre la felicidad/infelicidad no suelen expresar estados mentales o cognitivos como es el caso de las creencias. Más bien están expresando actitudes no cognitivas más similares a los deseos, la intuición, la aprobación o la desaprobación. Está en la capa humana de las sensaciones más que en la reflexividad.

No estamos diciendo que lo bueno o lo malo sea un estado mental subjetivo. Aunque un estado mental fuese describable como lo son los hechos o el estado de las cosas, aun así no podría determinarse si ese estado mental es bueno o malo, por ejemplo, en el sentido ético de la felicidad o la felicidad como plenitud.

No estamos interesados en explicar la vida humana, sino en describirla. No nos preocupa una geología de nuestros conceptos sino una topología de los mismos. No estamos interesados en establecer conexiones causales sino en describir un entramado de relaciones no lineales entre los hechos, rozando el misterio y la complejidad de lo humano sin simplificar con causalidades lineales o superficiales para anestesiar la reflexión y el cuestionamiento que nos regeneran. Como dice Jorge Drexler en su canción Movimiento, “lo mismo con las canciones, los pájaros, los alfabetos. Si quieres que algo se muera, déjalo quieto”.

La experiencia de *plenitud* consiste en hallarle el sentido a la vida. Las valoraciones que hacemos en los juegos de lenguaje son construcciones sociales. Los que somos de generaciones pasadas probamos nuestros corazones para extirpar los gérmenes de la inequidad y saborear con emoción deliciosa el límite que separa la gracia del pecado. De algún modo, nos comprometimos con formas refinadas de piedad y justicia.

Estábamos inmersos en una atmósfera de reverencia meditativa y el deseo de ser buenos dio a nuestros días un contorno especial, una épica de propósito ético individual y colectivo. Hoy

la realidad es otra y uno se pregunta: ¿por qué unas sociedades que se suponen tan felices como las nuestras son auténticas adictas a libros de autoayuda para ser felices, buscando la receta fácil para “ser exitoso”, para construir una “marca personal” admirada y reconocida y donde imperan las selfies, cuando la esencial para la vida feliz es un tipo de humano social y comunitario? Todo parece un juego de malos entendidos.

El paso del tiempo pinta una relación con capas de belleza, secretos, sorpresas y malentendidos. Cada ser humano posee impulsos y aspiraciones y elige un hogar para ello, por ejemplo, la creencia religiosa. El desafío actual, tanto para creyentes como no creyentes, consiste en pensar la vida plena, la vida buena, la vida feliz, y determinar sobre la necesidad de cambiar sus vidas y sobre lo que tal cambio podría implicar. Cada uno necesita determinar sus prácticas transformadoras, no desde el deber sino desde el ser que se expande, completa y determina sus modos imaginativo y emocionales de la conciencia, la vida y el mundo posible.

Esto nos ha llevado a un camino donde vemos cada día como un regalo único y donde la experiencia se vuelve más grande, más emocionante y satisfactoria, porque la forma en que nos sentimos en un contexto es, por lo general, lo que sentimos en ese contexto.

La felicidad tiene un aspecto diacrónico, incluso holístico, si queremos entender la felicidad de alguien en términos de haber tenido una vida feliz. Los aspectos dolorosos de la vida no son simplemente el precio que pagamos por la felicidad, sino que son parte integral de la felicidad misma, aunque es posible que no lo veamos en ese momento, sino que tengamos que interpretar nuestra experiencia en términos de una narrativa para nuestras vidas. En un proceso de decisiones inconmensurables, y no es posible hacer comparaciones, no se sopesa lo que fundamenta cada decisión. En esto no estamos predestinados. Hay un descubrimiento post facto, hallando las razones para ser felices con nuestras vidas: nuestras vidas han sido buenas para nosotros.

¿Qué puede valer la vida si el primer ensayo para toda la vida es la vida misma? Es por eso que la vida es siempre como un boceto. Si solo tenemos una vida para vivir, bien podríamos no haber vivido en absoluto.

El concepto de la vida plena lo encontramos en los líderes morales de la humanidad, por ejemplo, Zarathustra, Buda, Confucio, Mahoma, Sócrates, Platón y los estoicos, los profetas judíos y, finalmente, Jesucristo. Pensadores como Platón, Aristóteles, Kant y Nietzsche hicieron de la vida plena una categoría central en su filosofía. Parece que hay “algo” en la plenitud y la vida es vivir ese algo: lo bueno, lo hermoso, lo justo, lo correcto, la posibilidad realizada como felicitante. Si no, ¿para qué vivir?

Hace algunas décadas los filósofos no prestaban mucha atención a la felicidad. En la actualidad ya no se la entiende simplemente como un estado de ánimo y como algo que hay que agradecer al Señor (lo que no quita que se haga). Tampoco se trata de llevar el culto a la psicología positiva más allá de la influencia en el corazón para radicarla en el poder.

Desde nuestro punto de vista, la espiritualidad es una dimensión esencial de la felicidad y el logro de la vida plena, y nos permite transitar por los territorios oscuros de la infelicidad. Podemos pensar que la filosofía occidental es una espiritualidad sin religión que ya constituye una tradición propia. De ningún modo asociamos la espiritualidad a una especie de truco o dogma para una intoxicación individual o colectiva para hacernos comportar de una determinada manera (quienes hayan leído a Richard Dawkins y Christopher Hitchens estarán familiarizados con este tipo de argumentos).

La felicidad como problema de la ética es el logro de la plenitud por parte de la sustantividad humana⁵³. Para Zubiri, el bien, la

⁵³ Pintor Ramos, Antonio (1993). *Realidad y sentido* desde una inspiración zubiriana. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.

virtud y también la plenitud del ser humano son previos al deber. Es en este filósofo en el que encontramos mayor claridad para explicar la plenitud, tema ya expuesto por Aristóteles, aunque en un contexto distinto. El ser humano opta en función de lograr su plenitud. Podemos decir que nuestras vidas son cadenas interminables de desplazamientos de diferentes estados de uno mismo en un contexto de juegos de lenguaje que puede decirse que son formas de vida. En este contexto, la plenitud adquiere sentido.

Todas nuestras actuaciones, aun la más pequeña, lleva adherido un mundo, un ámbito conformado y una cadena de sucesos llenos de contenido de sentido en que se puede penetrar mirando, oyendo, moviéndose. Esto nos obligaría a cuestionar nuestros límites del yo. Incluso si algo sucedió hace mucho tiempo en un mundo que no se comparte directamente o no es consciente de compartir, puede influir en el presente de una manera que se pueda sentir o experimentar pero no saber.

Hay tantos momentos de felicidad que se viven sin ser necesariamente conscientes de que se están viviendo. De allí la importancia de registrar cada detalle en cada una de sus reverberaciones que dan sentido y significado a lo que vivimos, tanto las líneas oscurecidas como las que brillan, esto es, lo que ha conmovido nuestro interior.

El concepto de vivir como “vida plena” está vinculado a las diversas maravillas ante las que debemos estar *perplejos*, que no debemos dar por sentado que sabemos cómo vivir en plenitud y que debemos estar impresionados por los motivos de nuestras acciones. La realidad es lo que nos hace ser. Se apoya en los hechos y necesita la fuerza de estar haciéndose⁵⁴. Esta fuerza se llamará ‘fuerza de imposición’.

La felicidad en cuanto plenitud es el acontecer de toda la realidad posibilitante en el ser humano. La plenitud del ser humano

⁵⁴ Zubiri, Xavier (1985). *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza Editorial.

puede estar fijada en la órbita de lo bueno. Será una tarea posterior concretar el proyecto vital y aquellos bienes que permitan lograr la plenitud, es decir, hacia la felicidad. Estas son las claves éticas⁵⁵.

La postura de Zubiri es una ética de la felicidad⁵⁶. Es una ética que permite buscar su exclusiva plenitud en la relación con otros. Los eudemonismos tradicionales y la búsqueda del propio placer pierden la orientación relacional e intersubjetiva de la plenitud. Nuestra realización personal y nuestra plenitud como personas no pueden tener lugar al margen de las demás personas. Mi felicidad está estrechamente vinculada a la felicidad de los demás. La felicidad más valorada por las personas emerge en la interdependencia, las relaciones significativas, la resonancia de lo comunitario, la danza de las presencias y la poética del encuentro.

Podemos ser más felices si hacemos cosas por los demás, mostrar gratitud por lo que han hecho o ayudarlos a alcanzar cierta medida de felicidad. No debemos ignorar las pequeñas cosas que nos dan un poco de placer de vez en cuando. Debemos saborearlas, ya que la felicidad está compuesta por las pequeñas ventajas que se producen todos los días. Es una forma de conmoción derivada en un yo que ve. Se puede unificar al ser dividido. Los detalles anecdóticos son instrumentos de defensa y expansión y protegen contra intrusiones más profundas en la vida mientras construyen algo nuevo.

Al analizar la felicidad no se trata de construir bases intelectuales sino de crear mejores mapas intelectuales y éticos que permiten describir cómo se indexa el significado al comportamiento, a qué se está dispuesto y cómo se concreta.

La *forma de vida* es crucial para comprender la forma en que las declaraciones adquieren significado como parte de los juegos

⁵⁵ Zubiri, Xavier (1983). *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial.

⁵⁶ Cortina, Adela (1996). Éticas del deber y éticas de la felicidad, en *Ética y estética en Xavier Zubiri*. Madrid: Editorial Trotta/Fundación Xavier Zubiri, págs. 49-62.

de lenguaje, llevando el lenguaje del ámbito metafísico de la lógica a su uso diario, descentrando el tema psicológico y separando el significado de una intención subjetiva.

El ser humano puede configurar su vida con la capacidad de asumir y participar, a partir de su posibilidad de vivir, en formas de vida que pueden ser múltiples, generando vínculos entre lo realizable y lo potencialmente realizable, recuperando, evolucionando, abriendo su vida a la vida como es y a la posibilidad de modificarla. Muchas veces teniendo que abandonar formas de normalidad y transformarlas porque descubre que no son determinantes. Entonces, el ser humano participa de juego de lenguaje sin reservas, lejos de la opacidad sin complementos (es decir, intransitiva).

Se abre una zona en la que posibilidad y realidad, potencia y acto, convergen de manera indistinguible. El ser humano mezcla potencia con acto. La plenitud es una potencia que emerge después del acto y permite la potencia de cambiar lo constituido, excediendo lo realizado respecto de la felicidad.

Plenitud

Hay una caída
en medio de la vida
lo recordarán los ojos.

Siéntate.

Toda una serie de cosas soportables,
no para agacharse.

Otras cosas las sacamos de su fosa común,
sobre los escombros que nos obsesionan.

No se sucumbe al letargo.

Todo disponible lanzado en su contexto:

Luz, oscuridad, serenidad, fragancias...

Todo se cruza en distintas direcciones,

Entonces, escenas múltiples.

Tres docenas de hojas despegan al atardecer,

Sin puntos suspensivos, con la boca abierta
por el asombro.

En la memoria, las cosas pasan por segunda vez,
por tercera vez. y se libera el ojo cautivo.

La luz ansiosa siempre usa suelas nuevas.

El dolor realizado sigue siendo dolor,

Pero no apaga la sonrisa.

Los parpadeos para romper el hechizo de la luz del día,
un jardín sin heridas para soñar,

las miserias de lo que he conocido eran verdad,
también las esperanzas,

un cielo abarca todas las tardes

abajo dilucidamos capas de hierro,

una cara no se pierde desde el interior de

una mano para cavar y obtener un grano maduro,

las estrellas desarrolladas que se arruinaron,

se abren con líneas de plata

y se hacen maravillosas,

FELICIDAD ENTRE COSTURAS

la visión de los ojos afila el vidrio, a lo largo del camino,
sienten por instinto caras sonrientes en un prado
El mundo cambia, no cambia.
Formas de oración y colgamos el suspenso no más allá de
de lo necesario. Explicaciones innecesarias.

(Eduardo Escalante)

CAPÍTULO 4

EL DEBER DESDE EL SER: LA FELICIDAD COMO DEBER

En la actualidad no es fácil actuar fuera de lo binario, donde podríamos tener un momento para cuestionar y fracturar la rigidez de nuestras concepciones. Nos interesa explorar los patrones de reciprocidad, lingüística y no lingüística acerca del concepto de felicidad como deber.

El uso de una palabra se relaciona con otras palabras, con su contexto. Hay que mirar su aplicación y aprender de ella. Hay palabras que se distinguen por estar abiertas, otras más cerradas. La palabra deber se entiende como “debido a”, es una palabra que puede expresar muchas singularidades heterogéneas que se configuran, entendiendo que la costumbre lo llevaría hacia lo deontológico, esto es como un “deber” en cuanto imperativo categórico de una forma moral de comportamiento obligatorio.

Escuchamos “debo respetar y honrar a mi padre y madre pues es un deber de los mandamientos católicos”. Este es un significado específico al interior de una forma de vida, que abre posibilidades para algunos pero puede poner limitaciones para otros. Se trata de no poner ninguna limitación a las infinitas posibilidades que existen en una forma de vida específica. El juego de lenguaje está en ella y en ella se define lo “debido a”.

En la obra de Zubiri aparece el concepto de sociabilidad: el ser humano es social e histórico. Desde que nace, cada ser humano participa de determinada relación con los otros seres humanos. Uno se

inserta en una historia y una ética, y desde allí cada persona elige, rechaza o modifica. Este planteamiento se aleja del determinismo, el cual Zubiri crítica de manera severa. Para él, somos absolutos pero de manera relativa, porque somos parte de una realidad y estamos abiertos a ella. Es decir, no existe una forma de dualismo.

Este planteamiento es muy cercano a lo que postula Wittgenstein, aunque para Zubiri la persona es la gran realidad. Para el filósofo austríaco son las formas de vida y los juegos de lenguaje.

Para Zubiri, el ser humano es “debido a” su felicidad (felicidad apropiada, inscrita en las posibilidades), es un ir hacia algo felicitante desde sí mismo. La felicidad no se entiende solamente como satisfacción o el logro de una tendencia, sino que el proceso es más radical porque se concreta como un poder adquirido por la persona.

El ser humano tiene la característica de ser “felicitario” antes de buscar la felicidad. Es la persona la que la hace posible y esto lo hace en cuanto posibilidad: a través de este proceso la persona se hace justa y responsable.

En este contexto surge como obligación constituir la felicidad, derivada del querer que o querer algo (la voluntad). La felicidad es unitaria y los deberes son múltiples. La felicidad es universal en cuanto a su estructura felicitante y es relativa en función de sus diversos contenidos y deberes. Los deberes se fundan en el carácter deudor de la persona, de modo de lograr su propia felicidad.

La estructura antropológica básica de la persona (lo que es universal), y los contenidos (lo que es particular y relativo) generan una especificación del deber que se concreta en una pluralidad de deberes generados a través del juego del lenguaje existentes en una forma de vida. Zubiri dirá “la realidad”.

‘Yo debo’ significa que el acto bueno, justo o pleno obliga a no dejar de constituirlo. La felicidad carece de una noticia precisa y por ello a través del juego del lenguaje una comunidad le asigna

un significado específico, inaugurando un dinamismo inagotable y estableciendo límites de pensamiento, comportamiento y relación.

Zubiri encuentra en la felicidad como posibilidad la radicación antropológica del deber. Inscrito en la esencia de la estructura felicitante universal, la vida es el camino necesario que cada persona debe transitar para llenarse de contenidos felicitantes y hacer realidad tangible y apropiada la posibilidad apropiada de su felicidad. Entendemos este deber felicitante como un despliegue natural de la secuencia invariante del desarrollo de la conciencia de las personas despiertas a sí mismas.

Zubiri sostiene que los deberes son múltiples, en cambio la felicidad subyacente es unitaria. De este modo, el deber no aparece como un sometimiento injustificado. En referencia al deber, también sostiene que no se trata de un concepto universal. No hay “la persona”, como hay una figura geométrica o una roca, sino que cada una es irrepetible.

Al hablar se genera el sentido de la coherencia de nuestras creencias, discursos y prácticas. La estrategia no es formal sino material. Se refiere a hechos que pueden funcionar como elementos comunes o concordancias en contextos específicos, en que las palabras bueno, justo o correcto son la disposición al diálogo, en una relación de simetría, horizontalidad y co-responsabilidad entre iguales.

Frente a las diferentes interpretaciones de lo bueno, lo justo y lo correcto está la disposición al diálogo, la posibilidad de que el otro pueda tener razón entre sujetos iguales y co-responsables, lo que abre la opción de indagar y articular nuevos pensamientos, creencias y, por qué no, nuevas formas de vida. La evolución cultural es producto de nuevos sistemas de pensamientos y creencias que disponibilizan los juegos de lenguaje para las nuevas formas de vida que emergen.

Los límites internos definen los usos legítimos de lo que significa “deberse a” y la descripción separa los usos legítimos de los

ilegítimos. El *debido a* se ubica en un ámbito particular y colectivo, constituyendo la derivación de una verdad específica y transitoria. Las condiciones de verdad se reemplazan por condiciones de aserción, esto es, un juego de lenguaje directo, con respecto de los argumentos del otro, y también sus creencias, al mismo tiempo que se argumenta lo propio. Esto permitiría ver, por ejemplo, como la virtud y la felicidad (la buena vida) están inextricablemente enredadas.

Vivir un tipo de vida correcto, con la vida identificable con el mundo, es la tarea ética fundamental, lo que se asemeja a la obtención de la felicidad. No hay forma de que una teoría filosófica o ética nos pueda aconsejar cómo lograr tal felicidad.

Sócrates y Platón sostuvieron que la bondad implica felicidad, es decir, que nada puede dañar realmente a la buena persona. La idea socrática original hace una especie de retorno en “Me siento feliz” –si mi mundo es el mundo de un “ser feliz”–. Entonces ciertamente ninguna cosa la podría perjudicar. Sin embargo, este regreso de la idea socrática viene con un giro, si distinguimos entre felicidad *trascendental* y felicidad *empírica*. Incluso para Kant, la felicidad sigue siendo un concepto empírico.

No puede haber un criterio objetivo para la vida feliz y armoniosa, nada que pueda describirse en el lenguaje, sino solo, por así decirlo, un criterio metafísico o trascendental. El sufrimiento y la infelicidad en cualquier lugar son amenazas a la felicidad, lo que eventualmente puede llevarnos a ver correctamente la armonía y felicidad, tomando en serio el sufrimiento de los demás dónde y cuándo ocurra. Es entender que la sensibilidad interpersonal y ver a los otros son parte central del criterio de felicidad relacional. ¿Es ético decir “soy feliz individualmente” si a mi alrededor hay a cientos de personas pasándolo mal y padeciendo dolor, injusticia e infelicidad?

El ser humano es “debido a” su felicidad (felicidad apropiada), inscrita en la posibilidad indeterminada y apropiada. Es un ir

a. La apropiación general de posibilidades y el modo específico de hacernos buenos, justos o responsables, tienen una enorme relevancia moral inmediata.

La persona se define desde una forma de vida, en tanto que se pertenece en los actos que en ella se ejecutan. Algo semejante sucede con el deber. No hay deber en abstracto sino como hecho presente de modo objetual y comprobable en los hechos. El deber está en correspondencia con la estructura dinámico-abierta que posee la persona y la comunidad que realiza juego de lenguaje: requerirá determinada forma de deber porque no está fijada de antemano en sus posibilidades.

Coincidimos con Zubiri que se muestra contrario a considerar el deber como un “a priori” de la razón. De este modo, se aleja de los argumentos de Kant, pues ello equivaldría a pasar por alto su orientación hacia el cumplimiento, lo que lleva a perderlo de vista como deber consciente en una forma de vida de la que formamos parte y que apunta a una realización debida.

Las personas están lanzadas (o arrojadas) a tener que resolver diferentes situaciones y se ven obligadas a determinar la figura de lo que van a ser (porque están *debidos a*). Al estar en las situaciones tenemos que determinar lo indeterminado –cómo ser efectivamente seres humanos– y definir cuál queremos que sea nuestra forma plena como realidad humana.

En Zubiri, la realidad de la persona es deudora, esto es, uno se debe a su propia felicidad. Cada uno hace su vida apropiándose libremente de las posibilidades que la misma realidad le ofrece. En cada forma de vida las posibilidades todavía no están dadas, como tal son irreales, pero nos las apropiamos según nuestras propias opciones y elecciones. Desde nuestro punto de vista, esto es posible en el tejido colectivo de las iniciativas y las relaciones, y en las conductas habituales de innumerables individuos.

Recordemos que una experiencia se da entre el sujeto y el mundo. El sujeto percibe que el mundo es, el mundo es un todo

limitado y que él es un límite del mundo. La oración “me debo a la felicidad” no describe la felicidad como deber sino que la hace manifiesta, la expresa y la vuelve visible a los otros. El presente deja de ser un enigma. Se marca la urgencia que anticipa un desenlace. Quienes lo hacen, lo hacen para ponerla en práctica.

Podríamos leer esto como un espejo donde los seres humanos se preguntan qué es lo que los hace humanos en este aquí y ahora, iluminándolos al modo de una alegoría lúcida que es capaz de definir lo humano, ya sea en su fragilidad como en su maravilla.

Es la singularidad del aquí y ahora. Es el encuentro en la misma hora, en la misma fecha y la inclusión de eventos cotidianos y singulares. Lo singular sea hace plural, así como lo plural adquiere el carácter de singular. Incluso se dan contextos plurales para una misma situación.

Las reglas corresponden a prácticas lingüísticas establecidas que delimitan la escena en la que la felicidad es posible desde la potencia de quienes participan en su formulación. Se fundan en ellas, comienzan allí y se terminan con éstas. A menudo no son ni siquiera formulables aparte de tales prácticas, sino que están confundidas a la perfección con los modos de hacer usuales en una comunidad.

Las reglas derivan de los modos de decir y hacer establecidos, conocidos y convenidos por una comunidad específica. Si la comunidad cambia de costumbres y establece nuevos procedimientos prácticos rompe la regularidad de sus hábitos y comienza a hablar de otra manera. La naturaleza humana transita por un espectáculo diferente, lejos de la decadencia del sentido y de las relaciones.

Esto no quiere decir que no pueda pensarse en la oración que habla de sensaciones o sentimientos como una descripción de estados internos, pero depende del juego del lenguaje que se lleve a cabo. Puede haber imágenes que nos tengan atrapados y nos cueste salir de ellas, porque residen en nuestra lengua y parecen repetirse inexorablemente. Se rompen las barreras que impiden

y condicionan la pretensión humana a la felicidad. Se corrige el texto corrupto y la paradoja es que de él nace lo distinto.

La vida es un gran regalo. A medida que avanzan los años, la mayoría de nosotros naturalmente nos preguntamos cuál debería ser el objeto principal de nuestra existencia. Hay muchos que parecen dudar de si es correcto que tratemos de ser felices nosotros mismos. Nuestra propia felicidad no debería ser nuestro objeto principal ni se asegura si se la busca egoístamente. Podemos tener muchos placeres en la vida, pero no debemos dejar que nos gobiernen o pronto nos entregarán al dolor.

No hay duda de alguna satisfacción egoísta al ceder ante la melancolía y la fantasía de que somos víctimas del destino o en meditar sobre los agravios, especialmente si son más o menos imaginarios. Ser brillante y alegre a menudo requiere un esfuerzo, hay cierto arte en mantenernos felices. Necesitamos vigilarnos y administrarnos, casi como si fuéramos otra persona. La felicidad es una construcción cotidiana y permanente, un jardín que necesita acciones diarias para mantener la tierra fértil a lo constructivo y felicitante conmigo y con los demás.

En una etapa, la sociedad occidental se centró en las cosas celestiales. Si tuviste la suerte de conseguir algo en esta vida, solo se entendió como una buena bonificación, fugaz e ilusoria. Lo que realmente importaba era el estado del alma y era el sufrimiento, no la felicidad, lo que acercaría el alma a Dios.

Los románticos europeos consideraron que la noción de felicidad era demasiado seria y complaciente, o demasiado radical y desarraigada, como podría parecer en un discurso jacobino. Lo que los románticos nos legaron en su lugar es la alegría.

Mientras que los libros de sabiduría de la Biblia hebrea, especialmente Proverbios y Ecclesiasticus, enseñan el camino a la felicidad mundana y no sorprende que sea en gran medida a través de una vida virtuosa que se llega a la euforia de recibir a Cristo, anticipando su futuro reino.

Hasta hace muy poco, el siglo XX ha visto menos defensores serios de la felicidad. Existe una sospecha cristiana ascética contra los valores mundanos de la felicidad, como se evidencia más claramente en *El corazón de la materia* de Graham Greene: “Indíqueme el hombre feliz y le señalaré el egoísmo extremo, el mal, o una ignorancia absoluta”.

La opinión de Greene podría fácilmente ponerse en palabras de Freud, quien se distinguió de los filósofos terapéuticos anteriores al prometer no una imagen de la felicidad, sino solo la libertad del engaño u obsesión. Al aliviar la carga de la neurosis, Freud pensó que podría capacitar a los individuos para dirigir, como lo expresó una vez, vidas normalmente infelices.

En Occidente parece que ser feliz se ha convertido en un deber en el sentido deontológico de la obligación y la exigencia externa, no en el sentido de “estar debido a” desde mi naturaleza felicitante (Zubiri).

Sin embargo, existe un impulso social para parecer felices. Esto se traduce en una búsqueda de experiencias sensoriales y emocionalmente satisfactorias. La paradoja abunda en un tiempo como el nuestro, cuando el impulso humano persigue la sabiduría en todas las direcciones posibles. La paradoja se acumula en la paradoja, pero pronto se vuelve a la realidad. Este es un síntoma de una sociedad individualista dividida entre el ideal de felicidad y la sed de libertad.

Un reino individualista que ha sido construido con retazos, tal vez es al final un despeñadero a partir de los detalles. Falta la mirada que atravesase el haz de luz y permita cortar el aire denso ilusorio. Es ahí donde reside el poder humano: cómo configurar un relato de vida de la soledad individualista que a los veinticinco años no se puede presagiar y que va hilando un retrato filoso sobre cómo funciona su identidad.

Nos imaginamos como cuando vemos una película y sabemos que el protagonista se está acercando a una trampa y nos

dan ganas de avisarle que cambie de camino, refugiarlo en alguna parte, mandarlo a vivir a Isla de Pascua, desintoxicarlo de emociones nerds o abrirle un camino mejor que el que eligió tener. Los zurcidos solo aparentan ser invisibles. En fin. Pero mantenemos la distancia.

La dificultad de vivir juntos está directamente relacionada con la libertad que perseguimos tan despreocupadamente, muy a menudo a expensas de la felicidad (la dificultad de permanecer solo). La mayoría de los occidentales modernos miran las cosas, incluso las muy religiosas, en función de sacar el máximo provecho de sus vidas terrenales: quieren ser felices. El eudemonismo aristotélico es una tradición viva entre los filósofos tomistas, como Deal Hudson y Alasdair MacIntyre.

Una exploración filosóficamente inspiradora es la de Martha Nussbaum, quien escribe sobre el eudemonismo griego⁵⁷. La primera oración del libro suena como una aclaración: la idea de una filosofía práctica y compasiva, una filosofía que existe por el bien de los seres humanos, para abordar sus necesidades más profundas, enfrentar sus perplejidades más urgentes y llevarlas de la miseria a una medida mucho más floreciente. Esta idea hace que el estudio de la ética helenística resulte fascinante para un filósofo que se pregunta qué tiene que ver la filosofía con el mundo.

No se está diciendo que no debemos ser felices porque estemos “debidos a”. Las personas infelices tienden a sentir que, si no son felices, entonces sus vidas son fracasos. Muchas personas infelices llevan una vida muy valiosa y la felicidad cultivada asiduamente a veces no es particularmente valiosa. Hay que reconocer lo difícil que es vivir una vida virtuosa, incluso con las mejores intenciones. Las dificultades no se deberían ocultar, tampoco el sufrimiento. Es una forma de amor humano aceptar a nuestra complicada y desordenada humanidad y no huir de ella. Hay que

⁵⁷Nussbaum, Martha (2003). *La terapia del deseo*. Barcelona: Paidós.

valorar el esfuerzo humanista por desarrollar una ética centrada en la fragilidad y la vulnerabilidad.

George Orwell, en *Mil novecientos ochenta y cuatro*, imagina que el mundo del futuro está empañado por una ausencia de dolor y pena profundos, y por una pérdida del sentido de tragedia. Tal mundo sigue en la imaginación, es cuestión de ver los migrantes enfrentando un muro o muriendo en el océano en embarcaciones precarias ante las costas de países que no los reciben.

Hay muchas personas que sienten que su vida es feliz porque es plena y rica, aunque a veces puede implicar dolor y pérdida. Aristóteles creía, sin embargo, que las calamidades más extremas podrían “desalojarlo” a uno de la felicidad, eliminando la propia esfera de actividad. Su ejemplo es Príamo al final de la Guerra de Troya, quien perdió a sus hijos, su poder político y su libertad personal.

Cada uno le dará sentido a su forma de vida y decidirá si ser lobo, oveja, testigo de la cruz, emisario, embajador de buena voluntad o lo que simbolice su propósito o su actuar. Cada uno convierte el pan y el vino en una nueva realidad a su manera. Cada uno mirará la realidad como infierno o como cielo, aunque el infierno no exista.

Nuestras actuaciones no son por el puro deber, como sostenía Kant, quien justificaba el deber por el deber y de este modo quedaba separado el deber ser del ser. Desde nuestra perspectiva el deber está al servicio de una forma de vida y no está al servicio del deber, siendo una forma constitutiva de expresión de la felicidad. Estamos debidos a nuestra felicidad por nuestra naturaleza felicitante y no por dogmas de cumplimiento.

Al sabernos y sentirnos felices nos sentimos comprometidos a compartirlo y a mantener aquello que genera felicidad a mí y a los demás, desde el propio cumplimiento. Más que una exigencia moral externa es excelencia ética surgida desde el propio ser. Cuando ya se tiene esa consciencia, los actos éticos son irrenunciables para uno mismo, pues es la forma que nos hace sentir bien y

con la que hacemos el bien. No son una obligación. Simplemente son. Quizás es a esas personas a las que llamamos buenas personas, las que naturalmente viven en la ética reflejada en comportamientos cotidianos y sostenidos. Viven en un relato propio de integridad personal donde hacen lo correcto, del modo correcto y por las razones correctas, de modo consciente y natural.

Todos queremos ser felices, vivir en plenitud (sentido aristotélico) como padres, hijos, hermanos, profesionales o lo que sea, y todos tenemos la obligación (el deber) de serlo como padres, hijos, hermanos, profesionales o lo que sea (sentido zubiriano). También debemos reconocer nuestra vulnerabilidad. De ese modo tendremos una vida ética. Ser un buen ser humano es tener una apertura al mundo de las posibilidades, entendernos como una estructura felicitante "debida a" y concordar que elegimos ser felices o infelices.

Afortunadamente, hoy no nos sonrojamos por la existencia de un paisaje de vínculos diferentes y con expresiones amorosas tal vez desconocidas, no porque no existieran sino porque estaban reprimidas. Hay un canto en la escena tan simple y complejo como el de cualquiera.

Una vida mínimamente buena es aquella en la que uno hace uso de las capacidades que tiene como resultado del compromiso con su forma de vida. Es necesario ver la felicidad como realización específica a una forma de vida en la que se habita. Ser felices es percibirse sin temor ante la alegría o el sufrimiento. Hay que viajar a nuestro interior para experimentar la felicidad, pero anclado en una determinada forma de vida.

Es necesario vincular felicidad con justicia. Se trata de una felicidad que no excluye la preocupación por el otro, que no se desliga de la vincularidad y que además debe ser confiable. Nuestra tendencia en la vida diaria es valorar el pensamiento, la sintaxis basada en reglas y los hechos sobre la existencia de una persona y sus sentimientos.

Siguiendo a Gracia⁵⁸ podemos sostener que nuestro deber es siempre añadir valor e incrementar el valor de los hechos, de nuestras relaciones y vínculos, es decir, construir los valores, realizarlos y hacerlos realidad, entendiendo que el deber no es un valor, sino su realización. Una cosa es la axiología y otra la ética.

El deber es práctico y activo, siempre dice relación con los actos y consiste en hacer lo correcto en cada situación determinada, ya sea de la alegría o el sufrimiento que existe en una determinada forma de vida. Los deberes son distintos según las circunstancias.

Diego Gracia⁵⁹ desarrolló el concepto de una ética a partir de la fragilidad que exige el respeto del otro, aunque sea débil o precisamente por serlo, evitando las agresiones por comisión (violencia) o por omisión (negligencia).

Una cosa es el sentido moral u obligación y otra es la felicidad. Mientras aquél nos lanza al bien moral, ésta nos religa al bien real, es decir, al sentido último de una determinada forma de vida.

Si hay un sentido moral tenemos que mostrar coherencia con lo que ocurre. Este es incondicional porque presupone compromiso. Eso significa que deberíamos intentar ser capaces de igualar todas las partes de la vida, no solo cuando la vida es placentera y agradable. Hacer eso es salvar la democracia. O como la frase con la que Han⁶⁰ termina su escrito *La salvación de lo bello*, señalando que es la salvación de lo que nos compromete. Para Zubiri, el surgir infinito es un surgir “uno”, en una pluralidad de surgires y en una pluralidad de juegos de lenguaje.

Han existido muchas interpretaciones equívocas formuladas como torcidas obligaciones, a menudo originadas en intereses humanos sombríos que tiñen de oscuro el obrar bien y la felicidad. La persona se enfrenta con las cosas apropiándose de las posibilidades de éstas.

⁵⁸ Gracia, Diego (2013). *Construyendo Valores*. Madrid: Ed. Triacastela.

⁵⁹ Gracia, Diego (2009). *La deliberación moral*. Madrid: Universidad Complutense.

⁶⁰ Han, Buyng-Chul (2015). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.

Ha habido un resurgimiento en los últimos tiempos de la afirmación de Aristóteles de que es el papel apropiado del estado fomentar la *eudaimonia* o el florecimiento en la ciudadanía. Se encuentra esta idea en una serie de libros y artículos sobre la política de la felicidad, el bienestar y la virtud en los últimos 20 años, por Richard Layard, Geoff Mulgan, Derek Bok y otros. Y por supuesto en Adela Cortina con su ética ciudadana, aunque yendo más allá de los planteamientos de Aristóteles.

Este mínimo, que varía de época en época (cada época genera sus deberes), define la ética pública de una organización o de una sociedad y permite lograr la coherencia ética en la institución y en la vida ciudadana.

Yo puedo considerarme “debido a” realizar muchos hechos, sin embargo, no puedo obligar a los demás a que hagan (ética de los máximos, en la que se inspira la ética de los mínimos). Si se obliga, será porque aceptan libremente un determinado punto de vista en una forma de vida específica, es decir, porque comparten una postura y una posición. Sin embargo, es preciso aclarar que nadie puede colocarse en la postura de obligar a otro, a decir o realizar una determinada idea sobre la felicidad. La coacción convertiría la acción en no autónoma (negación de la individualidad) y haría imposible esta dimensión de la moralidad humana.

Para estar en forma plena (feliz), la persona está ligada a su realidad, a sus circunstancias, y obligada (su deber) a actuar en orden a la felicidad, esto es, a ser feliz. El planteamiento de Zubiri⁶¹ indica que la obligación es la manera en la que el deber se apodera del ser humano. El deber es, por tanto, actuar con vistas a la felicidad.

En este contexto, la persona puede optar entre posibilidades felicitantes o infelicitantes. Vemos que algunos para lograr una

⁶¹ Zubiri, Xavier (1986). *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza.

Zubiri, Xavier (2001) *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza.

vida felicitante potencian la capacidad relacional y de generación de vínculos. Para otros se tratará de la ética de la fragilidad. Otros no esquivan el sufrimiento, la duda y el dolor, y no ven el sufrimiento como un estado aberrante del que siempre debemos tratar de escapar, si no más bien, como un elemento que puede ser clave de una vida humana bien vivida.

Yepes (op.cit.) cita a Viktor Frankl: aunque uno esté enfermo dentro y esté sufriendo, puede ser feliz. Hay espacios que quedan libres de dolor y que lo hacen soportable, la mirada de la esposa, sus cuidados, la visita de los nietos, el florecimiento del jardín, la conversación con un amigo, la visualización de prácticas para un mundo mejor o la gratitud por el nuevo despertar. Eso no quita que el dolor sea tratado, aunque a momentos el cuerpo cede, la emoción flaquea y la espera desespera, a veces en largos momentos. Lo importante es no caer en la desesperación y poner lo mejor de sí ante sí y ante los vínculos que generar el círculo virtuoso de la alegría y la gratitud, especialmente en los tiempos duros, aciagos y sombríos. Es la resiliencia que está a la base de la felicidad y que se actualiza y despliega desde la consciencia de que mostramos de qué estamos hechos en los límites adversos de la realidad. Nuestro verdadero estado de ser emerge en las fronteras de lo intolerable y lo inimaginado.

Ello se observa especialmente en situaciones donde hay una sensación de impotencia y un miedo subyacente generalizados, los que se convierten en resentimiento y culpa: culpa de los inmigrantes, culpa de los musulmanes, culpa de otras razas o culpa de las élites culturales, entre muchas otras.

Este es un argumento importante de ser destacado pues nos permite distanciarnos del imperativo categórico de Kant, el deber impuesto, quien además rechaza el eudemonismo, aunque entendemos su aporte —ser dignos de felicidad—, pero comprendiéndolo en el contexto del deber.

Habrán contextos ordenados, controladores, complejos o caóticos en los que operaremos para elegir, decidir y construir sentido

en los que exploramos nuestras posibilidades, por ejemplo, para cooperar y formar nuestros hábitos, reconocer y reconocernos. El deber nos permite posicionarnos pues nos impele a apropiarnos de alguna posibilidad (que se vislumbra como apropiada) y hace que sean debidos los deberes. Así, la persona se conecta con las formas de vida en el mundo, por ejemplo, con los esbozos morales existentes o con las realidades de los lazos o vínculos humanos, con lo que es aceptado y con lo que es rechazado.

Habrán cosas en la realidad que requieran alguna urgencia y se pueden considerar excepciones. El criterio de la jerarquía no sirve para hacer excepciones, sino sólo para ordenar los valores. La felicidad no obliga a nadie, argumentará Zubiri.

Desde el punto de vista de Aranguren⁶², el deber como referente moral está fundado en el valor y en la especificación de lo que se debe, es decir, lo que hay que hacer y lo que no se debería hacer. Al ser inasequible el contenido moral del deber, la especificación de lo que se debe hacer y lo que no se debe patentizar su fundación en una plenitud ideal, que es representada por el valor. Es decir, si se debe hacer algo es siempre porque ese algo es valioso.

Para Diego Gracia, el deber consiste en realizar los valores que se construyen a través de los deberes. Los valores son valores porque, en general, nos cuesta esfuerzo defenderlos. La ética del deber es una ética de los valores.

La persona es una realidad abierta y las respuestas correctas ante la vida no vienen dadas mecánicamente. Se desarrollan en el marco de una forma de vida a través del juego de lenguaje. Del mismo modo, la felicidad no viene dada naturalmente, por lo que tenemos la doble posibilidad de ser feliz e infeliz en cada una de las situaciones, la persona elige.

El sentido del después se agrega a las versiones sueltas de lo que nos ocurre, donde lo acontecido se transforma en el idioma

⁶² Aranguren, José Luis (1988). *Ética de la felicidad y otros lenguajes*. Madrid: Ed. Tecnos.

de destino. Uno se da cuenta que no hay extremos, solo intervalos. Nuestra historia es nuestra creación que puede rehacerse una y otra vez, incluso las formalidades dolorosas, en el juego de lenguaje y en las reinterpretaciones de la biografía individual. A menudo aprendemos a desprendernos de las palabras *antes*, alterando nuestra experiencia del tiempo. Hay momentos intermedios en los que la cercanía o el cierre se concretan.

En resumen, el ser humano es una forma de vida *debetoria* (*devida a*), es decir, nos debemos a nuestra propia felicidad, tanto de lo ya apropiado como a las infinitas posibilidades disponibles. Estamos interiormente, y en el contexto de interacciones con otros, obligados a apropiarnos siempre de unas determinadas posibilidades en orden a resolver una situación. Los deberes no son una imposición externa.

Cada forma de vida define su singularidad y la manera como transmiten el “debido a” (deber) y la exigencia de felicidad, la que desde el punto de vista de Zubiri, es irrenunciable en la persona. Se trata del deber de la persona, no como una abstracción. Ella se hace cargo de lograr la posibilidad no realizada y que puede ser realizable. Se trata de lograr la plenitud y la felicidad posible en una determinada forma de vida.

Desde el punto de vista antropológico y ético, cada forma de vida construye su historia respecto de la felicidad, en un proceso que no es lineal, hay comienzos, fracturas, y situaciones que se sellan. Polo⁶³ utiliza el concepto de “proceso discontinuo de comienzos libres”. Alude al comienzo de algo como inicio puro, que no se aplica a otros comienzos libres, algo que no tiene precedentes ni secuelas. Con esto se distancia de la concepción de la historia como “algo ya escrito”, porque hay un horizonte de posibilidades y se han elegido alternativas.

Es innegable que el pasado acumulado puede potenciar u obstaculizar modos plurales del decir y el actuar como novedad.

⁶³ Polo, L (1991). *Quién es el hombre*. Madrid: Rialp.

Determinadas formas de normatividad, propia de lo que constituye el actuar humano y la libertad disponible en la forma de vida, pueden favorecer o restringir un “comienzo libre”. No se trata de un comienzo creador absoluto, porque se pueden describir formas inclusivas y excluyentes. Entendemos que las posibilidades humanas no significan la generación de secuencias únicas de concreción de posibilidades. La promesa de felicidad inequívocamente dirigida al ser humano emerge como sincronía, disonancia, variedad y singularidad de confirmación y extrañeza.

Se trata de un proceso iterativo abierto de concreción y realización ante nuevas posibilidades. De este modo, no se cancela la posibilidad efectiva de generar nuevos juegos de lenguaje y actuación (el decir y el actuar), en el ejercicio histórico de una forma de vida conducente a la felicidad. Existir en la posibilidad desde la propia imposibilidad.

Ya sea que se aluda a la ética de la felicidad, la ética del deber, la ética ciudadana o la ética de la fragilidad, los peores enemigos de lo humano –que le restan potencia– son el individualismo posesivo y la auto-realización como relativismo moral, una afirmación subjetiva de preferencias morales, que postulan que cada persona es dueña de sus capacidades sin deber por ello nada a ninguna clase de vínculos.

De ser así, simplemente desaparece la familia, los amigos, los mentores y los otros. Sin vínculos no hay vida. Necesariamente se trataría de seres humanos desesperanzados en un contexto de soledad, condenados a la muerte en vida, pero seducidos por los satisfactores egocéntricos de una felicidad hedonista basado en apariencias externas, sin referentes éticos. El consumo consume los vínculos y se lleva por delante la felicidad.

Una ética en la tarde

Te arrodillas, miras el cielo vivo,
dioses, fantasmas, deslizándose desde el norte.

Ya viejo, camino sereno, no compré una pérdida.

No es lo que te hizo inclinarte,
es lo hermoso del azul soplado,
pasando por el cerebro del Sol y la luna, es lo que alcanzo a ver.

A lo largo del mar, se retiran los fantasmas de costo mítico.

Nada huele a miedo fundido, el reloj
del cuerpo está expulsando lo insoportable.

Todo lo que creo saber es el amanecer, la ventana mira hacia el oeste,
no todo es mapeable, siento lo que está ocurriendo,

quieto,
callado como un alma,
demasiado cómodo para moverme,
viendo cómo el zumbido de una abeja embota a una flor

sentí un aire espeso, un peso sobre mí

Voy al diccionario: Saussure o Freud o Lacan,

Aquí estoy yo atribulado deconstruyendo.

Intento dejar atrás mis sueños,
pero se pegan a mis zapatos.

en la distancia, un monje relacionando
el mundo con un eco,

sus mantras como estrellas roen la oscuridad

a salvo todos nosotros, como Jesús, Mahoma, Buda, John Lennon, tú, yo ...

forzados a través de senderos, construidos o profanados,

lejos lo lujurioso y enrollado,
con anteojos negros,
ingeniosamente vendiendo cualquier cosa

Un sentido menor en mí,
dio paso a un sentido más amplio,

nada impuesto, sin sumisión.

En virtud de las diferencias, puede ocurrir cualquier cosa.

(Eduardo Escalante).

CAPITULO 5

VALORANDO LA VIDA FELIZ: LA FELICIDAD COMO ÉTICA

Oler el hierro marrón oxidado que nos distancia de la vida feliz. Como el poeta Blake que / lidió con un sistema abstruso / heroicamente. De algún modo hemos aprendido a superar lo agotado y fragmentario, a veces disminuyendo el ritmo y otras filtrando el aire, otras desde la esperanza o quietud que brilla, con atracción gravitacional contundente, tanto realizado con diferentes terminaciones. No se soporta lo que se ordena. ¿Qué es lo que siempre importa?

Y lo que siempre importa es lo particular: tú, yo, el invitado, el extraño, cualquier singularidad exenta de definición, atributos y pertenencias, que no está condenada ni salvada, ni roja ni azul. Cómo encontrar la libertad y el espacio para la existencia de esta cualquier singularidad, que a menudo se reprime y es en sí misma un represor potencial de los demás.

La ética es una práctica humana inevitable en una forma de vida y a través del juego de lenguaje, por lo que resulta evidente que debe desarrollarse a partir del acuerdo, el diálogo y la revisión crítica que debemos hacer –de modo constante y necesario– sobre nuestras posiciones y aspiraciones éticas. La experiencia ética (que no puede ser una tarea o una decisión subjetiva) es la experiencia de ser potencial propio y de ser la propia posibilidad.

Lo ético no está en los hechos mismos sino en nosotros que los nombramos, en el observador que usa palabras para hacer un

juicio que al ser pronunciado caracteriza y divide la realidad, haciendo una distinción de separa y atribuye significado y valor.

La felicidad se puede expresar como plenitud, gracia, realizar bien las cosas, obrar bien, gratitud. ¡Tantas formas! A veces escuchamos “soy el único que se comporta de esta forma, mientras los otros aprovechan su oportunidad”. Que una conducta sea poco frecuente y la mayoría haga otra cosa no dice nada de su cualidad ética. El parámetro de obrar bien es un criterio subjetivo ante la propia consciencia, que tiene su referente objetivo en los valores de la filosofía perenne: el amor, la paz, la justicia, la dignidad, la igualdad de oportunidades, el perdón y la templanza, entre los principales.

Si yo sé que está bien, aunque sea el único que lo haga, está éticamente fundado ante mi mismo. Los demás juzgarán desde sus miradas si mis actos hicieron el bien. No es lo mismo sentirse bien o sentirse bueno que hacer el bien percibido por los otros en actos observables. Conocemos a varios que se consideran buenos y sus actos rayan lo despreciable. Es la disociación ética que se observa en algunos directivos: cariñosos y cuidadosos con sus familiares y maltratadores y abusivos con los empleados.

Conceptos como bueno, justo o correcto son moralmente densos, en el sentido de que incluyen una gran cantidad de sentimientos, imperativos y deberes asociados. La ética no puede ser captada de manera proposicional, sino que se encuentra en formas de ver el mundo y de actuar en él. Al decir que algo es bueno estamos expresando un conocimiento ético que se basa más allá de nuestras opiniones personales subjetivas.

Originalmente obtuvimos nuestros juicios de valor normativos de nuestra comunidad, familia, colegio y cultura, lo que moldeó nuestra forma de vida. Sin embargo, tenemos que reconocer que existe una amplia variación en los códigos éticos a partir de certezas promulgadas de manera específica. Uno dice “lo sé” cuando está listo para dar argumentos convincentes para justificar una creencia verdadera. Tenemos nuestras opiniones éticas porque so-

mos de una determinada comunidad con sus propias articulaciones éticas y éstas no puede ser cuestionadas como cuestión de verdadero o falso. Son válidas para una determinada forma de vida.

Hasta que conocemos otras formas de vida y otras miradas culturales. Ahí comenzamos a identificar otros patrones éticos que interpelan nuestro modo de vivir y pensar. Por eso leer, viajar y conocer a los muy diferentes a mí son oportunidades de tanto crecimiento y reflexividad. Recién ahí nos damos cuenta que de niños recibimos una programación involuntaria que no cuestionamos hasta que conocemos modos de vida diferentes. Aquí se abre una gran tarea para la madurez de cada uno: articular un modo de vida propio y éticamente autónomo, que tenga el coraje de cuestionar las creencias enseñadas en la propia familia y comunidad, evaluar si son fundadas en evidencias, efectivas y éticamente buenas. Si las creencias son infundadas será necesario integrar una mirada ética de orden superior que sustente un comportamiento observable basado en la integridad personal y el respeto interpersonal.

Todas las personas tienen necesidad de sentir que sus acciones son éticas y existen ciertas cosas en cada comunidad que hará que se asocie algunas formas y acciones con determinados términos éticos. No se trata de estados mentales subjetivos sino de normas de convivencia referidas a lo compartido, usualmente recogido en las leyes y la constitución.

Más allá de esas formalidades convencionales, la posibilidad de compartir esa realidad con otros seres humanos existe porque tenemos algo en común, que es nuestra forma de vida. Existe la posibilidad de que dos culturas diferentes encaren un concepto de manera diferente, por ejemplo, el dolor, la felicidad o lo bueno. ¿Qué hacer ahí cuando se usa la misma palabra, los parecidos de familia, para nombrar significados de cosas que pueden ser distintas? No hay un suelo duro y firme.

Se trata de mostrar las razones de la valoración ética, con la esperanza de que el otro ser sepa y pueda observar los aspectos

que otras personas observan y valoran, ampliando su mapa, sus conceptos y el significado de la propia ética. Nuestro modo de actuar humano común nos hace participar de juegos de lenguaje que nos permitirán esa expansión e integración. Somos parte de un común denominador que nos habilita para hacer evaluaciones de efectividad buscando un punto de vista común, culturalmente más evolucionado.

Un límite trascendental del conocimiento es el punto fijo, el parámetro objetivo o el común denominador que nos permite superar el problema de la inconmensurabilidad y de la traducción. Tal es el caso del concepto “estructura habilitante de la felicidad”. Es un referente de punto fijo que nos permite distinguir y entender diferentes juegos de lenguajes y describirlos en su cualidad.

Pensamos que en la felicidad se puede mostrar el ejemplo de una persona que la vive y la forma en que la vive. No hay una definición universalizable, aunque para ser feliz se requiere armonía con el mundo. En el caso de lo ético, no se trata de un objeto que pueda describirse como las cosas del mundo, ya que se muestra o se manifiesta en las expresiones o en las acciones de la persona. Lo ético es una actitud ante el mundo y la vida.

Existirán diversos juegos lingüísticos éticos completos en sí mismos, sin que cada uno tenga nada especial. Cada uno es constituido a partir de determinadas reglas, lo que permite hacer juicios de valor. Esto significa que se usan variados sistemas, que poseen algo en común y que esta similitud no significa una esencia. No hay nada que se pueda hacer valer como una esencia de lo ético. Los juicios éticos son relativos a una determinada forma de vida. Es por ello que se puede hablar de relativismo ético.

Lo máximo que podemos hacer es mostrar ciertos aspectos como razones por las cuales escogemos actuar de cierta manera o por las cuales justificamos una acción sobre otra. Pero no se puede argumentar una teoría sobre los comportamientos desde el punto de vista ético ni pretender estar en posesión de la verdad y la objetividad.

Si revisamos la mitología, la filosofía, el arte y la literatura, podremos rastrear la concepción de la felicidad como ética a lo largo de la historia, convirtiendo siglos de pensamiento en una narrativa lúcida y contundente, sometida a la relatividad de las formas de vida. Pero, ¿qué hemos descubierto en sus relatos? Que la ética y felicidad no están disociadas.

¿La búsqueda de la felicidad se puede definir como una tarea ética? ¿No consistirá la tarea ética en realizar el bien, en cumplir el deber o en lograr la perfección?, ¿qué tipo de relación se da entre felicidad, perfección, bien y deber?, ¿qué va a ser de mí a través de esta acción ética, “qué voy a hacer de mí” en esta circunstancia? ¿Cómo sopesar la paradoja de la alegría en la peor de las circunstancias?

Cortina y García-Marzá⁶⁴ señalan que cuando las sociedades transitan del monismo al pluralismo moral, cuando distintas éticas de máximos conviven en un mismo suelo, surgen preguntas sobre qué significa una ética ciudadana y lo que significan las distintas éticas de máximos en sociedades pluralistas. Este podría ser un tema de otro escrito a partir de los acontecimientos más recientes en nuestras sociedades, por ejemplo, el estallido social de octubre de 2019 en Chile y lo que puede simbolizar como alerta de transformación para el resto de las sociedades globalizadas al capitalismo, particularmente en sus efectos para los más excluidos de las ventajas de dicho sistema.

Según Gracia⁶⁵, en la ética de este siglo se debería recuperar conceptos clásicos como los de racionalidad práctica, deliberación y prudencia, pero reformulados a partir de nuestra propia forma de vida. Esto significa que Aristóteles cobra vigencia pues fue el gran teórico de estos conceptos, pero tenemos que someterlos a

⁶⁴ Cortina, A. y García-Marzá, D. (Eds.) (2003). *Razón pública y éticas aplicadas. Los caminos de la razón práctica en una sociedad pluralista*. Madrid: Tecnos.

⁶⁵ Gracia, Diego (2001). La deliberación moral: el método de la ética clínica. *Medicina clínica*, 117.

la dinámica de una forma de vida específica y actual, dado que se trata de conceptos éticos que son relativos.

Como hemos señalado en el capítulo 1, la estructura humana es constitutivamente felicitante. El ser humano proyecta necesariamente su propia felicidad y está ligado a ella. Esto debe entenderse poniendo a un lado dos concepciones unilaterales y erróneas de la felicidad: la felicidad como una fortuna exterior, suerte o destino y, al revés, como un estado puramente subjetivo (sentimiento psicológico de felicidad).

La felicidad como actitud ética no es esencialmente ni lo uno ni lo otro. La felicidad es la apropiación última de nuestra posibilidad mejor, es decir, lo que constituye la obra del ser humano en sí mismo, la actuación en mi propia realidad. La felicidad, repítámoslo, es siempre una posibilidad ya apropiada.

Ahora, los deberes penden de la felicidad. El ser humano se encuentra debitoriamente ante la realidad en orden a lograr su felicidad. La felicidad es una con la vocación de plenitud que muestra cada persona incluso en la más insignificante de sus acciones. Los deberes representan posibilidades que la persona puede apropiarse, como un camino predilecto para desplegar la felicidad.

Curiosamente parece el más difícil por la carga pesada que implica para la mayoría la palabra “deber”. Cuando conectamos con la experiencia sentida y personal de lo bien obrado, entendemos que la felicidad es un deber ético. Cuando “eso que hicimos” se siente bien, queremos entenderlo para poder asirlo y repetirlo. Al ponerle nombre a “eso” surge un lenguaje que llamamos deber. El deber es el nombre que le ponemos a esa vivencia y experiencia de plenitud. Por ejemplo, debemos actuar como Jesús perdonando a los demás. Cuando no se ha vivido ni sentido la experiencia del perdón, sólo nos quedamos con la exigencia y el vacío del deber, pues no sabemos qué es, de dónde viene ni por qué debo hacerlo.

La experiencia es desde donde surgen y se fundamentan las creencias y los deberes. Sin vivirla es imposible la comprensión

ética del deber. Quien no vive la experiencia emocional y sentida que da origen al deber, usa la ética como una moral excluyente. Por ejemplo, la facilidad de muchos para juzgar a los otros como los _____, cualquier cosa. No se ve el rostro, la experiencia humana, las emociones y las similitudes con “esos”.

Los juicios se derrumban cuando nos encontramos humanamente con los demás, pues surge la estructura humanizante y felicitante que mora en nuestro interior. Los juicios son un lenguaje para experiencias pre-lingüísticas y que jamás podrán capturar lo profundamente humano. La realidad es mucho más que lo lingüístico, aunque nuestras formas de relación se articulan esencialmente mediante juegos de lenguaje.

La ética de la felicidad no se trata de una ética que pliega al individuo sobre sí en busca de su exclusiva plenitud. El placer personal y la búsqueda de la satisfacción a todo evento suelen excluir la felicidad que nace de los vínculos.

Tanto lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo permiten apreciar que la buena vida, al parecer, no es suficiente. No tenemos nada de que quejarnos, somos suficientemente felices, pero no estamos del todo contentos con lo que vivimos. ¡Cuántos de nosotros hemos sentido esto! De alguna manera, todavía estamos insatisfechos y esta insatisfacción se siente profundamente, aunque la tengamos vagamente concebida y no la entendamos bien. ¿Por qué me siento infeliz si he logrado todo lo que se supone que debía hacer y tener para ser feliz?

Cuando discutimos el comportamiento no ético, hablamos sobre cómo no haríamos lo que esas personas hicieron si se pusieran en las mismas situaciones. La felicidad como ética se deriva de situaciones en las que una persona puede sentirse completamente feliz o contenta sin reservas todo el tiempo y en todas las circunstancias que tenga o pueda esperar experimentar tales condiciones. Lo que sea absoluto para ella será así debido a la forma en que la persona se siente en el seno de una forma de vida.

Veo algo y tú también lo ves; sugieres algo y dudo. Así operamos en las relaciones, pues operamos más allá de las reglas (gramática, lógica, lenguaje, etc.). A través del lenguaje señalamos que en la medida en que somos, habitamos en la comprensión del yo-otro. En ese espacio, las palabras pueden volverse como gritos y suspiros, pueden volverse difíciles de decir, pueden acariciar tu alma o pueden volverse lo que sea. Las palabras se convierten en extensiones de la forma en que nos miramos y nos tocamos.

Es por eso que decir “te entiendo” significa algo completamente diferente a decir “entiendo las palabras que dices”. Al decir esto, digo algo que creo que constituye el carácter fundamentalmente ético: entender la completa legitimidad del otro como ser humano por el sólo hecho de ser, más allá de su hacer y actuar. Ningún humano requiere validación, justificación ni merece cumplir estándares impuestos por otros para ser. Quien entiende esto, entendió la ética.

Resulta interesante la siguiente definición: Un acto es malo solo cuando no está permitido por algún principio que es optimizador, universalizable y que no se puede racionalmente rechazar⁶⁶. Los juicios de los actos malos están en los consensos sociales que se recoge en los documentos que regulan la convivencia (la constitución y la ley) o en la ética personal subjetiva de los propios mínimos y máximos, por lo que ambos están en permanente revisión y redefinición en nuestros juegos de lenguaje.

Cortina⁶⁷ explica que hay elementos básicos y mínimos en las formas de vida actual asociados a la felicidad que ayudan a tener acceso a la felicidad, que no resuelven el vivir, pero que ayudan a tener una vida razonable, pasarlo bien, incluso lo mejor posible. Esto es importante ante el desaliento de muchos. Costuras de felicidad.

⁶⁶ Parfit, D. (2004). *On What Matters*. Oxford University Press, Parfit, D. (2011) *Razones y personas*. Madrid: Antonio Machado Libros.

⁶⁷ Cortina, Adela (1986). *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Madrid: Tecnos.

La generación de significado no es una actividad filosófica solitaria. El significado reside en gran medida en los otros y sólo al enfocarnos en los demás construimos el pilar de pertenencia para nosotros y para ellos. Es esta la escena para activar la estructura felicitante del ser humano, una escena con otros, relacional y vinculante, donde la red de relaciones es el campo social para construir el nosotros que dará sentido, horizonte y contexto a nuestra felicidad. Soy feliz porque lo soy con otros, en otros y para otros. Soy porque somos.

Cuando se hace referencia a la ética de la felicidad se vincula lo bueno a lo justo. La forma de vinculación reflejará distintas antropologías. Por ejemplo, una se presentará como una virtud para el cumplimiento de la intención hacia una vida buena y justa y otra como el querer estar unidos, como una participación en las obligaciones y compartir los bienes. La ética permitirá que la felicidad se intencione como actos justos para el bien común.

Sin un sentimiento compartido de “querer vivir juntos”, de una voluntad común que perdura a través de la diversidad y la transitoriedad de las preocupaciones del momento, el vínculo social se desintegra, permitiendo sólo vínculos más arcaicos, a menudo aferrados al deber deontológico y la explotación relacional.

Para Kant, la moralidad no tiene por objeto el camino para que seamos felices, sino el modo en que podemos llegar a ser dignos de la felicidad. Incluso este valor es más una idea reguladora que un objetivo alcanzable.

La propuesta de Cortina⁶⁸ es de corte deontológico (ligado a los deberes), porque para ella tiene mayor importancia lo justo sobre lo bueno, porque en las sociedades occidentales actuales concurren diversas propuestas morales de diversa índole, entre las que se incluyen las religiosas y las laicas.

⁶⁸ Cortina, Adela (2010). *Justicia cordial*. Madrid: Editorial Trotta.

Si uno pregunta *por qué* debería vivir felizmente, parece una pregunta circular y tautológica: la vida feliz parece estar justificada por sí misma, parece que *es* la única vida correcta.

La vida ética o la vida feliz es el análogo existencial de la tautología: violar la ética de nuestras vidas no tendría *sentido*. La felicidad no es un logro intelectual basado en argumentos sino que necesita de experiencias personales. La felicidad es una actitud interna que pertenece a la vida interior de cada uno, un amor genuino por el bien y un estado del alma, en lugar de la mera conformidad con algunos estándares morales objetivos.

Sea lo que sea la felicidad, parece razonable esperar que nuestra felicidad se caracterice ocasionalmente como consecuencia de ver felices a los demás o de nuestra capacidad de hacer felices a los demás. Una parte de nuestra felicidad debe estar constituida por la alegría o el placer que encontramos al presenciar la felicidad de los demás, ya sea que hayamos sido cómplices o no tengamos algo que ver con su resultado, expresado honestamente cuando decimos: “¡Estoy tan feliz por ti!”. En una parte muy importante, ser feliz es amar, servir y entregarnos a los demás con generosidad y gratuidad, sin esperar nada a cambio, sólo por el hecho felicitante de hacerlo.

Para demostrar que la felicidad puede tener un lugar en el lenguaje, diremos que la felicidad está relacionada con el significado y con la recuperación de posibilidades de significado. No se trata de una vida de conocer cosas particulares sino más bien una vida atenta al significado. Ser éticamente feliz presupone ser sensible al uso del lenguaje y al presente como lugar de posibilidades de significado. Usamos el término significado para designar la posibilidad de ver algo en el contexto de las posibilidades éticas de significado.

Todos buscamos sentido en nuestras vidas. El significado en la vida invoca la perspectiva comprometida de un agente inevitablemente situado dentro de nuestra vida, pues se trata de algo

éticamente significativo. Así, la ética puede ser entendida como un tema continuo de luchar para justificar el derecho a ser, en este caso, a ser feliz, en una situación fundamentalmente ética en la que nuestro propio ser es cuestionado por el otro vulnerable y mortal.

La ética se encuentra en el hecho de que dependen de un salto innovador de la lógica *que ordinariamente gobierna las situaciones humanas*. Dirá que debemos pensar el evento. Debemos pensar la excepción. Debemos saber lo que tenemos que decir sobre lo que no es ordinario. Debemos pensar la transformación de la vida. Un evento se refiere a lo que ocurre de manera impredecible y tiene el potencial de producir un cambio trascendental en una situación, estado de conocimiento o estado de cosas dado y, sobre todo, tiene consecuencias que requieren una inquebrantable fidelidad para llevarlos a cabo por parte de aquellos que reconocen su fuerza vinculante.

Desde este punto de vista, la posibilidad y concreción de una vida feliz es crítica y terapéutica. Es cuestión de explorar las ilusiones que nos dividen, el sin sentido de las divisiones y oposiciones. Es por este motivo que la felicidad real afecta a la democracia. Se trata de disolver ideas equívocas sobre la humanidad, mostrando la irreductible pluralidad de registros y lenguajes como las acciones. Es abordar el concepto homogéneo sobre la totalidad. Se trata de un deseo ético para inventar nuevas formas de vida y la felicidad no es otra cosa que el gozo de estas formas. El cuidado y la reciprocidad transforman a la persona.

Al ir más allá de los límites fijados por la normalidad, la persona desde sí genera un estado de excepción, introduciendo una nueva forma de subjetividad y tiempo. La persona sale de la normalidad estructurada de la situación prevaleciente y pone en marcha un cambio de relaciones y partes. Se desplaza de la aparente totalidad armónica a los espacios de la totalidad fragmentada, haciendo posible lo impensable. Nos preguntamos qué lesiones

invisibles y deformaciones de vidas se han estado acumulando sin haber activado ninguna alarma. La ética equivale a una exhortación a “seguir adelante” con respecto a la fidelidad subjetiva al eventual suceso de la verdad. La felicidad desde lo ético es una figura subjetiva del ser abierto a un mundo imposible que se puede hacer posible. Es una fidelidad a este curso de acción práctica.

Nuestra tarea continua es hacer que la vida sea mejor, dándole un sentido moralmente mejor, apreciando mejor nuestra común humanidad y enfrentando continuamente caminos para resolver los problemas éticos que se asumen en cada forma de vida, con la ética de la felicidad en el presente y en el horizonte. Queremos ayudar a costurear un mundo mejor para todos y cada uno, a nivel local y territorial.

El ser humano como tal no tiene el deber de actualizar su potencial. Por el contrario, es en el acto mismo de no actualizar nuestro potencial, de no destruir, no interrumpir la paz, de no albergar espacio para la felicidad, que se abre un espacio para la ética. El ser humano puede darse cuenta de una posibilidad o puede abstenerse de hacerlo. Y es precisamente aquí, en este espacio entre potencialidad y actualidad, donde se produce la reflexión, donde nosotros, como ser en lenguaje de lo no lingüístico, podemos imaginarnos y re-imaginarnos a nosotros mismos y donde las semillas de una comunidad ética se pueden desarrollar y conjurar nuevas realidades. Entonces nos transformamos en actores y testigos de lo que significa una vida humana vivida desde lo ético después de cada opacidad o caída de la conciencia.

Ser humano también es una cuestión de perdurar y de soportar todo lo que uno podría soportar y sobrevivir a la capacidad inhumana. Es por ello que es necesario dar testimonio de lo inhumano. Esto nos abre un mundo para la ética de la felicidad pues se da voz a la conciencia de lo que ha ocurrido u ocurre. Así podemos darnos cuenta de la desubjetivación y subjetivación del ser humano en determinadas formas de vida. Podremos descubrir

las censuras y las formas de sobrevivencia para separar lo humano de lo inhumano.

La ética de la felicidad comienza donde la autenticidad y lo propio tienen como contenido lo que no es auténtico y lo que es impropio. Es una ruptura de la no verdad. En la actualidad, nos hemos apropiado de lo impropio afirmando lo auténtico. Es la conquista del bien. Lo justo ha sido apropiado del bien común y abre una posibilidad positiva: la ética de la felicidad se empieza a usar contra lo impropio, lo injusto y lo inhumano.

CXIII

¿SABES cuánto tiempo ha pasado desde una moraleja?
la opción se presentó
y se tomó la decisión equivocada en
dos minutos,
por qué es silenciosa entre los rayos y los truenos
No me pregunté sobre otros pensamientos articulables.
Por ejemplo, forma en que la luz la atraviesa con un brillo rosado,
está allí y tú eres, eres una constelación específica, partículas de bondad
encendida, un enorme cielo por un momento, sus ramas son brazos,
un espacio para los ojos, acércate de la manera posible.

La posibilidad se produce
cuando un disparo láser desde la cabina del piloto.
El dedo de Dios que cuelga, hace contacto.

(Eduardo Escalante)

CAPITULO 6

EN EL ENTRAMADO DE LAS ACCIONES BUENAS: LA FELICIDAD COMO VIRTUD

Cada forma de vida co-construye ciertos bienes sin los que es impensable vivir, no porque son deducidos de nuestra naturaleza o entregados por alguna intuición intelectual, sino porque resultan de la forma en que nos reconocemos con otros y establecemos reglas de actuación. Es por ello que es inoficioso abordar paradigmas morales de distintas formas de vida, pues son inconmensurables. Nos interesan las expresiones particulares de la virtud y en qué circunstancias se producen. Nos interesa la descripción de las palabras. Se trataría de un vértigo hermenéutico tratando de generalizar para aplicarlo a cualquier contexto. Sería una contaminación ética cobijada en una forma de cartesianismo.

LA FELICIDAD COMO VIRTUD ES UNA CUALIDAD
HUMANA CONSTITUTIVA, REALIZADA O NO EN UNA
FORMA ESPECÍFICA DE VIDA

Esto significa una decisión y una actitud para hacer uso de ella en cada situación y en cada condición. Así forjamos la capacidad de lograr bienes que forman parte de las prácticas. La carencia de esta capacidad impide lograr esos bienes. Hemos hablado de expresiones de virtudes como la justicia, el valor y la honestidad,

no obstante, diferentes formas de vida han generado sus propios códigos y diferentes veracidades para cada una de ellas.

Al hablar de la felicidad como virtud no podemos hacerlo desde el punto de vista descriptivo. Su modo de expansión es interior y se refleja en las actitudes en una forma de vida, en el decir y hacer, lo que permite el acceso a lo virtuoso. Esto permite tener determinadas formas de sensibilidad hacia lo que ocurre o no ocurre y devela el tipo de ser humano que se es o se quiere ser. Es por esto que se puede hablar de la felicidad como virtud ética.

La virtud es constitutiva de lo humano, su vocación constituyente, pero que adquiere formas específicas en determinados contextos, tiene lugar en determinadas circunstancias y a partir de ella produce sentido humano, produce ser como anuncio y como realidad. La virtud permite escuchar la forma de vida, captar la novedad en esa forma de vida y anticiparse al dolor y el sufrimiento, así como actuar desde la alegría y la gratitud, desde el bien y desde lo justo.

En ningún sentido es represión sobre el sí mismo, ya que no esclaviza. Las virtudes favorecen el despliegue del ser humano en las circunstancias en las que debe dialogar, ponerse de acuerdo y actuar. Permiten superar los obstáculos que empobrecen, fragmentan y hacen que la vida tenga un tono de tanta infelicidad para muchas personas, especialmente en contextos de pobreza, falta de oportunidades y en el trabajo.

Ser capaz de ser feliz significa tener la capacidad de ser agrado. Estableciendo prioridades podremos orientarnos hacia lo bueno, lo justo y lo correcto, sin operar desde la sospecha sino desde la confianza y aceptación a la pluralidad con la que se encuentra y enuncia su crítica en el espacio del otro, amablemente.

No se trata de reprimir la inclinación de la pulsión por los bienes fáciles, en la forma freudiana, sino que es una autoderminación hacia el bien. Se trata de opciones que se toman desde la libertad personal. El desarrollo de las virtudes éticas particulares se

relaciona con la voluntad. Es el acto de ser feliz éticamente. Habrá casos en que la virtud se vuelve sobre uno mismo solamente, pero en otros tendrá que ver con los demás, saliendo del propio yo. Se abre al juego de lenguaje de los otros con los que convive, articulando virtudes colectivas y reconociendo la felicidad como un ensamblaje relacional, un territorio compartido para desplegarlos en acciones virtuosas por y con los otros.

La felicidad no es una recompensa de la virtud, es la virtud misma. La virtud podría activarse como un ser humano hacia algo, por ejemplo, como una ejecución positiva (como gracia, felicidad, colaboración en red o participación,) una ejecución negativa (como desgracia, infelicidad, individualismo o solitareidad) u otras decires y actuaciones específicas. De ningún modo aludimos a una situación binaria, pues se trata de múltiples formas que evolucionan de uno u otro modo, dado que son modificables y van madurando si se les pone reflexividad, dedicación, hábitos y ética.

Que la persona pueda desplegar su felicidad significa que dispone de los bienes necesarios para hacerlo, de modo que la felicidad sea una adecuación de su voluntad con la forma de vida, algo así como no vivir en el tiempo (aunque se esté en un tiempo específico). Lo contrario sería su inadecuación.

Pretender ser feliz sin traducirlo a actos concretos que den cuenta de las elecciones virtuosas de la persona banaliza la idea de felicidad, convirtiéndola en una idea ingenua, ilusoria y desencarnada. Muchas de las críticas a la felicidad provienen de esta constatación: personas que se aprenden dos o tres frases de felicidad, las repiten hasta la saciedad, algunos quieren montar negocio con ello y no dan cuenta en su comportamiento, madurez ni desarrollo personal de esas palabras que predicán. Esa incoherencia observable sepulta la credibilidad de esa persona particular y facilita que se transfiera como críticas a la noción de felicidad. ¡Craso error! Es la persona la que muestra inconsistencia, no el concepto práctico.

La felicidad implica afecto (ser feliz es ser afectado por algo), intencionalidad (ser feliz es ser feliz por algo) y la evaluación o el juicio (ser feliz por algo hace que algo sea bueno). En la literatura se explicita la felicidad como un bien social necesario. Walter Benjamin⁶⁹ argumentó que la reflexión - descriptiva, no explicativa- nos muestra que nuestra imagen de felicidad está completamente coloreada por el tiempo al que nos asignó el curso de nuestra propia existencia.

Una persona con la virtud de la tolerancia reconoce determinadas distinciones y tiene una disposición estable de carácter para responder de manera confiable y apropiada. El primer desafío es llegar a conocerse a uno mismo y sus deseos. Es difícil poder superar las resistencias de la voluntad de uno mismo y mirar con profundidad de consciencia la persona que realmente estamos siendo, ya que hay tantas razones por las cuales es desagradable conocerse genuinamente. Cuesta mirar de frente nuestras fallas, fortalezas, mentiras, verdades y, especialmente, nuestros duelos que están esperando ser conocidos, acogidos e integrados para regenerarnos y evolucionar como seres humanos. Ahí nos tracciona y llama la tarea de la completitud, esperando que florezca la promesa del roble en la bellota.

Se requiere una combinación de humildad y coraje. La persona verdaderamente humilde será libre para conocerse a sí mismo y a los demás sin ninguna resistencia de la voluntad. En otras palabras, necesitamos describir las nociones fuertes y débiles que se co-construyen en una determinada forma de vida, excluyendo las nociones explicativas basada en esencias a priori, a partir de supuestos universales. Soy el que estoy siendo en este tiempo y contexto, en mi singularidad, y desde aquí despliego mis tendencias a la autoactualización y la automaestría que brotan de mi ser esencial potencialmente feliz.

⁶⁹ Benjamin, Walter (1968). Theses on the Philosophy of History. In *Illuminations*. Edited by Hannah Arendt. New York: Schocken Books.

El coraje es la capacidad de actuar desde una voluntad de soportar y aceptar el sufrimiento y el miedo, mirando los hechos de nuestras vidas directamente a la cara y empujándonos hacia lugares donde muchos son reacios a ir.

En estos contextos lingüísticos de virtudes, la buena persona es necesariamente feliz: la virtud y la felicidad (la buena vida) están inextricablemente entretejidas. Pero, incluso la persona más virtuosa pueda ser infeliz debido a diversas desgracias, es decir, la virtud no garantiza la felicidad.

No hay bien o mal (o felicidad) *en* el mundo. Vivir un tipo de vida correcto, con la vida identificable con el mundo, es la tarea ética fundamental para cada persona idéntica a la tarea de lo que significa ser feliz. Esta vida feliz desde lo virtuoso se traduce en una descripción que pueda mostrar todas las conexiones que se hacen respecto de la situación en donde la expresión “virtud” tiene lugar, por ejemplo, en los hábitos y conductas cotidianas para lo bueno y lo justo.

Las relaciones entre palabras como bueno, deber, correcto, justo o malo nos permite inferir que el comportamiento ético se configura como una virtud del tejido que define una forma de vida feliz. La ética se halla en las diferentes formas de vida y en los juegos de lenguaje y, por consiguiente, cada situación exigiría una actuación moral concreta.

¿Qué tipo de virtudes están asociada a la felicidad ¿Una visión utilitaria más centrada en el placer o algo más cercano a la eudaimonia aristotélica, caracterizado por el desarrollo de características y virtudes positivas?

El utilitarismo busca fomentar los sentimientos de placer y minimizar los del dolor, desde una perspectiva universalizable. Se piensa que el placer es algo que difiere solo en la intensidad y la duración, y podía agregarse de una persona a muchas personas mediante simples medidas cuantitativas.

En la Ética a Nicómaco, Aristóteles argumentó que la felicidad eudaimónica solo podía lograrse a través de lo virtuoso

dentro de la polis. Esto permitió el desarrollo de virtudes de carácter como la bondad y el coraje, y virtudes intelectuales, como el conocimiento y la sabiduría.

Las virtudes cardinales, en particular prudencia, justicia, coraje y templanza, nos permiten explicar cómo organizamos nuestras elecciones en una determinada forma de vida, distinguiendo actividades que son justas y razonables de aquellas que serían defectuosas debido a una violación de la virtud.

En la literatura está presente regularmente la pregunta ¿qué tipo de felicidad debe ser promovida? . Por ejemplo, intentamos explicar el problema al encontrar nuestras identidades en el desempeño laboral. Lo interesante es que hay intentos de explicar y buscar causas antes de comprender las narrativas que reflejan la realidad del mundo del trabajo y la vivencia subjetiva de los empleados. Metodológicamente es esencial la aproximación descriptiva, fenomenológica y etnográfica: ver en terreno qué fenómenos suceden, cómo suceden y cómo lo piensan y sienten los actores de ese mundo. Se trata de describir las particularidades y los nexos entre las palabras, oraciones y actos, la estructura narrativa y los principales conceptos que surgen. Sólo desde el análisis del discurso basado en comportamientos podemos aventurarnos a comprender qué significa felicidad en un contexto particular, cuáles son sus virtudes, sus bienes preciados, sus fuentes de infelicidad y los modos prácticos para promoverla desde lo individual y lo relacional.

Una de las reglas más difíciles que hemos detectado es no poder decirle a la gente lo que hicimos para vivir. Y seamos sinceros, la mayoría de nosotros usamos nuestros trabajos como un disfraz, por uno otro motivo, una apariencia y un rol que nos distraen y confunden respecto del ser que somos y nos dificultan vivir una vida virtuosa. Creemos que en el trabajo hemos descubierto nuestro propio sentido, cuando usualmente está distorsionado del valor y lo que significa la virtud, pues la construcción del propio

sentido en la vida es un vector esencial del horizonte de nuestras acciones y opera como criterio de evaluación de la vida como feliz, infeliz o algún intermedio, previo al sentido en el trabajo.

El trabajo puede operar como cualquier máscara externa que nos distraiga de nuestra estructura felicitante. La manera de trascender y sustituir el disfraz por el ropaje verdadero es desde nuestras experiencias de vida. No son fáciles la gratitud, la misericordia, la compasión, y el acompañar y sostener al no exitoso que lucha desde su fragilidad.

Nos movemos en un mundo de intimidad ruidosa, soledad camuflada de amistad en redes sociales e intoxicación por información excesiva y estímulos inmanejables, lo que produce altos niveles de ansiedad. Si bien cada caso es singular y cada uno solo puede hablar por sí mismo, claramente se observan tendencias y patrones que de algún modo nos afectan a todos y operan como el contexto donde vivimos.

Notablemente, escuchamos que el arrepentimiento más común ante la muerte es de este tipo: “desearía haber tenido el coraje de vivir una vida fiel a mi mismo y no a la vida que otros esperaban de mí”. No es necesario esperarla con arrepentimiento ya sea que estés en plenitud de vida o en tránsito incierto. No es necesario vestirse con ropas de engaño. No confundamos el lenguaje en la torre de Babel.

La vida es lo que está siendo y la felicidad está en encontrar lo virtuoso aún en las condiciones más límites del existir. En el centro de cualquier emoción, pasada la tempestad de la intensidad emocional que nos tironea hacia el éxtasis o la depresión, existe silencio y paz, dos cualidades de la felicidad esencial, dos bienes preciados de una vida virtuosa.

No compartimos la visión estoica de que la virtud es necesaria y suficiente para la felicidad, ya que no afirma que la virtud supere toda desgracia o que nuestras circunstancias no hagan ninguna diferencia a nuestra felicidad. Insistimos en que no se trata

de identificar esencias. Se puede tener virtudes y fallar en actos determinados, y eso no lo sabemos antes de describir las particularidades de una forma de vida. Las virtudes son parte del contenido ético, junto a valores, bienes y deberes, y son específicos a un contexto particular.

El sujeto ético debe practicar las virtudes para poder realizarse en la vida como persona plena, buena, justa y feliz. Si esta medida puede ser establecida y co-construida con otros, el tejido social facilitará la vida virtuosa, creándonos un contexto favorable para vivir felices.

En una entrevista⁷⁰, Adela Cortina argumenta: “Sé que la palabra “virtudes” no le cae bien a nadie, pero en la ética es importante formarse una serie de hábitos para lo bueno, o sea, virtudes. La justicia no es un valor, es una virtud si yo la he incorporado a mi vida y forma parte de mis hábitos, de mi carácter”.

Quienes encarnan virtudes también encarnan emociones. Nos llevan a través de las partes sucias y arenosas de cómo aprendemos a escondernos o visibilizarnos desde la autenticidad y nos ayudan a ver el otro lado, el lado sano y real. Las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ello, pero es necesario frotar nuestras pieles para que emerja la nueva. Podemos nombrar y valorar el cielo pues hemos estado en el infierno.

Que no nos atrape el pozo de la desesperanza, demasiado tenemos para convocar la gratitud. Hay que levantar al mundo caído cuando todo se desmorona y levantar la mirada. El universo nos ofrece múltiples aperturas y posibilidades. El punto en el que estás es pequeño y nunca permanente si te desplazas (con alas es mejor). Aquí en la tierra o allá más lejos, la boda metafórica es una realidad. Así que tranquilos con nuestros anhelos. Es más fácil vivir en la gratitud que tratando de llenar todos los agujeros vacíos que se nos ocurren.

⁷⁰ <https://ladiaria.com.uy/articulo/2015/10/la-etica-cordial/>

Eso no significa que en nuestras vidas no habrá tensión o dificultad. Es posible que sea la señal de lo que virtuosamente debe nacer, ya que debajo de las heridas y dolores siempre hay recursos para crecer. Necesitamos aprender a usar nuestra conciencia para salir de la cultura de maldecir todo. Jugar a evolucionar. Mindfulness permite tomar lo tóxico y agitarlo, esto lo debilita y se puede transformar al deconstruirlo y recontextualizarlo en un patrón diferente que emerge del silencio pleno. Demasiado está tomando la tecnología de nuestras mentes. De todo lo experimentado, la virtud nos permite retener todo lo bueno y aferrarse al bien.

Todos somos habitantes de una sociedad con innumerables contradicciones, donde ha hecho nata y fortuna una exaltada interpretación de la libertad sobre la virtud, del “yo quiero” sobre el “yo debo” o el “yo soy”. Tenemos la imperiosa necesidad existencial de describir el significado de palabras evaluativas claves, como bien, derecho, virtud, justicia, deber y felicidad, en nuestra forma de vida.

El énfasis excesivo en la autonomía produce personas incapaces de vivir vidas que tengan coherencia con una vida justa, una vida con el otro legítimo. Esto significa hacer justicia a las relaciones que construyen el yo, a las relaciones en sí mismas y al mundo, dejando de estar atrapado en la bruma cegadora de un yo particular. Es una manera distinta de ser uno mismo, que no significa perder su autonomía, sabiendo que el yo no es el otro.

Si bien Aranguren⁷¹ plantea que la ética no conduce a la felicidad, parece serlo como consecuencia de pensar a las virtudes en relación contingente con un estado placentero, con un estado de satisfacción efímera. Los actos posibilitan hábitos, virtudes o vicios, y viceversa.

⁷¹ Aranguren, José Luis (1994). *Ética*. Barcelona: Altaya S.A.

Para MacIntyre⁷², en la actualidad lo importante sigue siendo no tanto el ¿qué debo hacer? de las éticas post-kantianas sino la aproximación a la virtud, el ¿cómo debo vivir?. Detrás de ello está la aspiración a la “vida lograda”, a la “vida feliz”. Además, retorna a la centralidad del sujeto moral, el “quién debo llegar a ser”.

Cuando nos acercamos al concepto la felicidad lo hacemos desde las variaciones que podamos identificar en una forma de vida. Todas de uno u otro modo, tratarían de situar a la persona en el ámbito más profundo y trascendental de la realidad, pero esto es inconmensurable. En la actualidad requerimos superar el individualismo occidental para hacer retroceder la gran mentira de que podemos renunciar a cualquier lealtad al bien común y hacer lo que nos plazca. No resonamos con la sociedad del cansancio como mero diagnóstico, porque se trata de una generalización que podría caer en una universalización sin rescatar distensiones volcadas en propuestas concretas consensuadas, de modo de describir cómo se avanza hacia una vida de bienestar compartido.

En los contextos particulares pueden ocurrir cosas dispares. Por ejemplo, el vicio que actúa como detrimento de la naturaleza y la virtud como crecimiento y mejora. Se trata de disposiciones como virtudes morales, las virtudes convenidas con otros. Es por ello que se ha desarrollado la ética de la virtud desde la que se ve al otro.

Se necesita recuperar una apreciación adecuada de las virtudes y las prácticas de los juegos de lenguaje que las generan, reparando y profundizando las redes de conexión y encuentro humano, para describir las jerarquías, arbitrariedades y consensos establecidos, y cómo transcurre el paso de la ética de los máximos a la ética de los mínimos. Si uno escribe una línea que dice “*su cara*”, sugeriría mirar a alguien luchando por conectarse con él/ella. Pero al mismo tiempo significa conectarse *consigo mismo* .

⁷² MacIntyre, A. (1987). *Tras la virtud*. Barcelona: Editorial Crítica.

¿Cómo te conectas con los demás cuando no puedes o no quieres reconocer tu propia cara en el espejo?

Para nosotros, existe el beneficio virtuoso de tener biológicamente los tipos de emociones-disposiciones que son constituyentes de muchas virtudes. Tales emociones-disposiciones permitir a los agentes morales poseer su motivación y encarnar el tipo de perspectiva que permite juicios prácticos sabios. Pero para conocer esta forma virtuosa de vida, se requiere describir la forma que se enuncia para sentir, decir y actuar. Lo bello es que podrá vivir desde lo bueno y lo justo, desde tener las disposiciones de las emociones constituyentes de una virtud ética. La elección está en la bifurcación: ¿vida virtuosa o vida depredadora?

Las emociones son percepciones que se basan o están conformadas por preocupaciones del sujeto moral, configuran la forma en que una persona percibe el mundo y su lugar en él. Le ayudan a identificar los bienes que debe perseguir y los peligros de diversos tipos que hay que evitar. Las disposiciones emocionales, junto con las virtudes, son parte del manejo de los desafíos de vivir y de la autogestión que requerimos llevar a cabo cotidianamente para optar a una vida virtuosa.

Es la virtud la que puede guiar al ser humano a su perfeccionamiento hacia la felicidad. La virtud es una fuerza moral para seguir un determinado camino recto y no un estado de ánimo o una actitud. Los actos posibilitan los hábitos, virtudes o vicios que harán posible la felicidad. Se requiere identificar las condiciones necesarias para que nuestras acciones sean inteligibles para los demás y para nosotros mismos. La virtud puede ser también fuerza moral. En este sentido se opone al vicio, que es un hábito no recto.

La virtud nos permite enfrentar la dicotomía básica entre la buena vida y la vida que carece de esas cualidades, por cualquier razón. Otra manera de decirlo significa abordar la diferencia entre lo que es distintivamente humano y lo que es menos que completamente humano. La virtud está en correspondencia con la es-

estructura dinámico-abierta de una forma de vida. Puede requerirla porque no está de antemano fijada en sus posibilidades.

MacIntyre (op.cit) considera la tradición de la virtud aristotélica como aquella en la que la virtud se engloba dentro de la unidad narrativa de una vida humana evidenciada en las prácticas aprendidas junto con una comunidad unificada por una visión compartida del bien. Sugiere que la unidad teleológica de una tradición aristotélica proporciona la alternativa necesaria al individualismo liberal. ¿Cuánto de esto se enuncia en una determinada de vida?

MacIntyre (op.cit) argumenta que cada persona está alojada dentro de una narrativa o historia particular. La historia narrativa es el género básico para toda caracterización de acciones humanas. Pero ¿cómo reconciliar la búsqueda de bienes particulares, que existen en gran variedad y son esenciales para la vida humana, con la búsqueda virtuosa del “bien como tal”? MacIntyre sugiere que lo hagamos explorando (describiendo) las circunstancias históricas y narrativas que enmarcan las vidas de individuos y grupos, en el entendido de la vastedad del lenguaje y la ética.

La persona decide y se desenvuelve siempre entre cosas convenientes, no entre cosas indiferentes. La persona elige en función de su plenitud en el marco de sus relaciones con otros. Sus vicios y virtudes se desplegarán en un contexto específico. Si una práctica permite el desarrollo de una virtud correspondiente, uno puede imaginar prácticas como la tortura y, por consiguiente, paradójicas “virtudes malignas” como el valor y la habilidad en la tortura.

En nuestros contactos humanos las personas se preguntan ¿qué tipo de persona debería de ser?, ¿cómo debería comportarme para actuar bien y ser (o hacerme) bueno?. La persona intenta tener parámetros para lograr una profundidad ética, desplazando la atención de la formulación y aplicación de principios, normas y reglas hacia el análisis concreto de la experiencia humana, y estando más atenta a los matices de la vida ética y moral, a las circunstancias de la situación contingente y cotidiana.

Se trata de evitar la determinación de las normas abstractas y heredadas por generaciones y dotarlas de contenidos aptos y experiencialmente sentidos para guiar acciones concretas en contextos específicos, en los que vemos las expresiones que conducen a comprender el contenido de la felicidad.

La mayoría de las personas evalúan la música de modo personal y subjetivo. Nadie se avergüenza de hacerlo, pues en cuestiones de gusto no puede haber disputa. De modo que escribir que alguna música puede tener implicaciones morales y que algunos estilos de música pueden ser correctos o incorrectos, incluso buenos o malos, es ridículo y peligroso. A lo más podremos decir que no nos gusta.

A través de la virtud percibimos el ritmo de la vida y lo que escapa al incesante vuelo de instantes. Aparece casi como la presencia de una dimensión atemporal en el tiempo. A través del ritmo logramos presencia en el mundo y perseguimos actividades como la libertad, la alienación, la verdad y el error. Nuevos comienzos sólo son posibles si como humanos estamos listos para perdonar y hacer promesas de no poner en peligro relaciones futuras. Sin embargo, a veces parece inconcebible que lo imperdonable, como el holocausto, sea siempre perdonado, una condición que podría reducir la reconciliación real.

Si como humanos reconocemos que a través de las virtudes tenemos la potencialidad para actuar tanto humana como inhumanamente, entonces la posibilidad siempre está ahí para interrelacionarnos más humanamente. Pensar en algo beneficioso en la búsqueda de cultivar, por ejemplo la bondad, permitiría alcanzar la humanidad dentro de un mundo tan a menudo confrontado con la inhumanidad.

Lo más propio del ser humano es constituirse en su misma posibilidad o potencia. Puede estar privado de fondo, pero puede tener su ser más propio, la virtud que es constitutiva de lo humano y su potencia que la hace posible. Es su arbitrio decidir ser o no ser. Para esto se apoya en la ética.

No es lo mismo aire limpio o barro pesado

El inframundo y su apertura carnosa,
ruptura tocando fragmentos dulces,
es lo que pensaba que sería, pero no donde. Nada me preparó para lo
que me dejaría vulnerable. Un lenguaje sin descifrar, no pude decirle
mis sentimientos.
El juego de la soledad ha torcido nuestras características. El paisaje se
hundió en el casi opaco.
Donde ya no se recuerda el verdadero temor. Las fracturas son meras
burbujas encerradas en el aire.
Lo que hizo pasar por alto el elemento de la gracia.
todas las señales en silencio,
lo humano que se refracta. Los árbitros de la órbita mortal de los hu-
manos son como falsos predicadores.
Nunca niños, ancianos, historias de mujeres, mantenidos
en el lado equivocado todo el tiempo,
pellizcando las emociones en pedazos sin excusa para lastimar,
¿cómo huir de lo que no sobrevivirá en el paisaje que habitamos?
Me pregunto si hay una señal de salida, una respiración como una
correa inclinada hasta que amanezca sin perder lo que está dentro de
nosotros,
cuando una tormenta humana hace ruidos cuando el cielo sella, her-
méticamente.
Solo la virtud restaurada de los espejos que muestran a la humanidad a
sí misma, todavía, podemos caminar por el camino a casa,
porque las obras maestras saben muy bien, cómo cocinar fallas humanas.
Quienquiera que se esconde en el universo sagrado es salvo, nuestros
antepasados ya están allí,
el resto seguiremos.

(Eduardo Escalante)

CAPITULO 7

LA MIRADA DESDE SÍ Y DESDE EL OTRO: LA FELICIDAD COMO INTRA E INTERSUBJETIVIDAD

Escuchamos “sólo quiero que seas feliz”. Y descubrimos que lo que se quiere es hacer que la felicidad de una persona dependa de un conjunto normativo de elecciones. Más que querer que el otro sea feliz, se quiere que el otro haga lo que yo considero correcto para ser feliz. Más que un deseo de felicidad es una proyección egocéntrica de expectativas en el otro, casi siempre, los hijos y las parejas. Más que la profunda felicidad se refiere a la transmisión de los criterios de éxito sociocultural, cuyo logro se supone son el camino para ser feliz. Seres desplegándose desde esencias desgastadas.

La felicidad se convierte en un concepto regulador porque sólo se supone que ciertas elecciones conducen a la felicidad. Se intenta moldear la forma en que ve y se ve en el mundo. Es la experiencia real, las conversaciones y las amistades, la que los difumina entre tanta cosa que se siente delgada e insustancial. Siempre empezamos con el otro, en especial porque todos los grandes problemas demandan un gran amor. Cuando los opuestos se encuentran sentimos felicidad.

Al analizar la intra e intersubjetividad vemos que el problema emerge cuando se asimila la gramática de los primeros a los segundos. Esto es, se confiere objetividad y se tratan como esencias las relaciones entre personas. Ambos tienen su propia gramática. Lo intra se puede mantener como lenguaje privado y, cuando se hace

público, se realiza como intersubjetivo. Se requiere co-construcción a través del diálogo y se establecen reglas para decir y actuar ante lo cierto y lo incierto. Se enfrenta una alteridad con la que necesitamos tejer una red de conexión, comunicación, encuentro y procesos compartidos. En capítulos previos hemos recordado que los procesos internos requieren procesos externos.

Recordamos un comentario de Wittgenstein: “Una de las ideas filosóficas más peligrosas es, curiosamente, la de que pensamos con la cabeza o en la cabeza”⁷³. Siguiendo a Wittgenstein y su concepto de juego de lenguaje aplicado a la felicidad, se trata de algo más que comportamientos subjetivos, dado que forman parte de significados compartidos, por lo que se puede aprender de las prácticas compartidas. La manera cómo se entiende lo que se enuncia y ocurre a través de lo público mediante el lenguaje. Eso es lo que hace que algo se transforme en un hecho cultural: un concepto se transforma a través del lenguaje en significativo sin presuponer procesos mentales previos.

Para Zubiri, el ser humano actúa ante las cosas y lo que hace con los demás es convivir. La vida de uno forma parte de los demás, “de suerte que en mí mismo están ya los demás”⁷⁴. Se recibe lo que los otros son y nos vamos pareciendo. Es lo humano que viene fuera de uno. Con ellos aprendo a ser feliz de una determinada manera y desde uno se pueden ir imprimiendo novedades humanas felicitantes para los otros. Nos otorgan y otorgamos sentido de lo humano de la vida. Se pronuncia la alteridad humana.

Emerge la posibilidad de un posible yo a partir del posible tú. Uno se entera de su propia parte no escrita, de lo que no se puede hablar y de lo que sí se puede hablar, aprendiendo en la relación con el otro la distinción entre el guión público y privado. Aparece la noción de límite interpersonal intersubjetivo (la diferencia yo–

⁷³ Wittgenstein, L. (1997). Zettel [Z]. México: Universidad Autónoma de México: Instituto de Investigaciones Filosóficas.

⁷⁴ Zubiri, Xavier (1986). *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza, p. 224.

no yo, adentro-afuera, interno-externo) y de límite intrasubjetivo de mi propio yo (los bordes de mí mismo), ese que debo aprender a cuidar para no ser invadido, abusado o fagocitado por irrespetuosos de los límites individuales.

Nos permite movilizar nuestros deseos de ser felices, dándole sentido a nuestros ideales y anhelos. Revela todo en el tránsito de lo privado y lo que se hace público. Cuando declaramos “felicidad” es porque la palabra la hemos aprendido de lo público, pues nombramos “algo” que aprendemos y sentimos en relación a otros.

En lo intersubjetivo se fundamenta la importancia vital del vínculo primario con la madre o con la figura cuidadora principal, pues en esa relación se aprende el amor o el abandono, la seguridad o el descuido por mis necesidades, el apego o la desorganización emocional, el respeto al ser que soy o la confusión entre los límites propios y del otro⁷⁵, y las representaciones mentales propias y del mundo externo con las que operaré el resto de mi vida.

Si queremos comprender plenamente qué somos - los seres racionales y emocionales que somos, responsables de un determinado criterio de verdad - se requiere una versión de la sociabilidad yo-nosotros, un juicio de la calidad de nuestros vínculos y relaciones con los demás. En otras palabras, nuestro autoconcepto, autoimagen y autoestima están configuradas desde el nacimiento por la calidad y solidez de la red de relaciones a la que pertenecemos.

Muy probablemente seremos espejo y reflejo de esas cualidades de la red en la que nacimos, tanto si es una red cuidadosa, segura, confiable y amparadora o si no hay red y crecemos en el abandono, soledad, desamor o agresión. Soy porque somos, independientemente de la cualidad del nosotros. Soy un yo relacional. Psicológicamente es infructuoso hacerse la pregunta de qué

⁷⁵ Simbiosis, indiferenciación o abuso relacional que está a la base de varios trastornos psicológicos y psiquiátricos.

es primero: ¿yo o los otros? Sin otros no hay noción de yo. Sin intersubjetividad es imposible la intrasubjetividad, los juegos de lenguaje y la configuración de una forma de vida.

Si bien no estamos completamente determinados por el contexto en que nacimos y fuimos educados, ello marca una impronta en las representaciones mentales, en los estados afectivos y en las creencias que es difícil de modificar. El cambio humano existe y es un premio para quienes toman consciencia de sí mismos, acogen su sombra, elaboran sus duelos, reaprenden creencias y conectan con la potencia de sus fortalezas, lo que requiere de un acompañamiento externo, una psicoterapeuta u otra persona con la que establecer un vínculo seguro para mostrarme tal como soy y poder integrarme y completarme en ese espacio íntimo.

Creer conscientemente toma dedicación, voluntad y mucho trabajo, pues no es fácil evolucionar como persona. Dada esta dificultad hay personas que prefieren creer que las personas no cambian. Más bien nos están diciendo que no tienen la visión, el deseo o la voluntad de avanzar ellos mismos en su camino de integración y completitud. Niegan su impulso natural a la auto-maestría con las consecuencias de quedarse fijados en el nivel de (in)madurez y (in)efectividad hasta el que hayan crecido.

En las relaciones con los demás aprendemos las prácticas de convivencia, los compromisos éticos entre nosotros y la base de nuestros juegos de lenguaje. El otro no es alguien que nos trasciende desde la distancia, sino con quien podemos acordar y actuar en la forma de vida. Podemos abordar las prácticas de construcción del sentido de la felicidad y los bordes de las significaciones establecidas, lo mecánicamente desplegado y el falso saber (los prejuicios).

Para llegar a un acuerdo en las opiniones, primero requerimos que exista una forma de vida común en la que estemos en sintonía mutua y que validemos como el campo social de nuestra interacción, lo que no requieren reglas de procedimiento.

Al pensar en la interacción como una forma de coordinación de acciones es posible ver cómo nuestras disposiciones para hacer evaluaciones de las acciones de los demás pueden referirse *entre sí*, por lo que están involucradas en el refuerzo y la construcción de un diálogo significativo.

Parece haber una interdependencia entre apertura y privacidad, que a menudo se piensan como excluyentes. Lejos de ser problemática, esta interdependencia es una de las características que configura y revela lo inmensamente rico y complejo del ser humano, especialmente los fenómenos psicológicos en contextos singulares.

La imagen del reino interno oculto sugiere que la perspectiva del sujeto se reduce al acceso privilegiado a su propio sentir. Pero de lo que se trata es de describir cómo y en qué situaciones se usa una expresión de felicidad, por ejemplo, “estoy feliz con lo que hago”. Cuando se argumenta sobre lo que enunciamos y hacemos o no hacemos, no recurrimos a sucesos no observables. La felicidad debe estar empíricamente fundada en acciones y actividades contrastables.

Si queremos mantener la convicción (como solemos hacer, creemos) de que las propias declaraciones de una persona y otras experiencias subjetivas son especialmente resistentes al error, entonces tenemos que asumir que nuestra capacidad cognitiva de sentir los objetos en nuestro reino interno es increíblemente confiable, como si fuera una casualidad metafísica. La posición de la persona no es especial en virtud de tener una visión perfecta de su galería de objetos interiores, una especie de licencia para expresar sus experiencias que no se otorga a otros. Esta es su habla privada (intrasubjetividad). Al actuar con otros aparece un pluralismo de significaciones, algunas esencialistas y otras contingentes, donde empieza el diálogo a través del juego del lenguaje.

A través de las expresiones de la persona, lo importante no es su posición epistémica. Sus expresiones no son el producto fi-

nal de un juego de identificar primero una experiencia interior y luego tratar de traducirlo a palabras. Son los puntos de partida del juego de lenguaje e identificar las experiencias subjetivas de uno. Uno no comienza con un libreto preparado de experiencias internas, enfrentando solo el problema de cómo comunicarlos con precisión hacia el exterior. Uno comienza con una realidad subjetiva que requiere expresión, posiblemente bastante desordenada y confusa entre sensaciones, emociones, intuiciones y pensamientos primarios. Es necesario entenderlo incluso en primera persona, pues la persona requiere resolverlo y conceptualizarlo para otros y recibir determinadas respuestas, generándose de algún modo una interacción. Se trata de generar un acuerdo humano a través de juegos de lenguaje.

Sin otras personas, la vida humana se vaciaría de parte importante de su contenido. Sería difícilmente reconocible como humano. La mayor parte de lo que consideramos central para nuestras vidas como vidas humanas está relacionado con la existencia de otros en forma de padres, hermanos, hijos, amigos, amigos, enemigos, conocidos casuales y así sucesivamente.

Cuando alguien nos relata su felicidad y sus incertidumbres descubrimos su estado y podemos optar. Estamos involucrados en un intercambio intersubjetivo que nos abre infinitas posibilidades de acción, encuentro y desencuentro. Siempre estamos involucrados con otras personas.

LA INTERSUBJETIVIDAD ES MUCHO MÁS BÁSICA QUE EL
CONOCIMIENTO, EL JUICIO, LA DUDA Y LA JUSTIFICACIÓN.
ES NUESTRA ACTITUD INSTINTIVA HACIA ALGUIEN.

Nos encontramos con otros seres humanos en medio de nuestras interacciones prácticas. Nos situamos en un mundo in-

tersubjetivo, sintonizado con otros como otras mentes o seres humanos específicos a una forma de vida. Algunos se sintonizan con explicaciones espirituales, otros con el pragmatismo, otros ... con lo que suceda, y en conjunto establecen los límites y los espacios de encuentro y desencuentro.

Conceptos como mentes, otros, conciencia o pensamiento, vienen después de esta participación básica con el mundo y con los demás. Comenzamos con la práctica y no con un estado de introspección⁷⁶.

Durante las últimas cuatro décadas, la cuestión del otro y la otredad se ha debatido intensamente en filosofía, sociología y psicoanálisis. En este sentido, cuatro formas de ver este campo han resultado ser especialmente fructíferas:

1. El concepto de reconocimiento (arraigado en Hegel).
2. El concepto de “el otro” (arraigado en Husserl y Buber), los cuales también han sido abordados por la filosofía social feminista y han llevado a un cambio de paradigma en el psicoanálisis y en la psicología infantil.
3. El concepto antropológico y pragmático de la acción (arraigado en la antropóloga Margaret Mead).
4. El concepto de los filósofos españoles sobre la intersubjetividad.

Es una mirada a las relaciones interpersonales durante estas relaciones, de las cuales la intersubjetividad es un tema crucial. La intersubjetividad es el estudio de cómo dos o más individuos, cuyas experiencias e interpretaciones del mundo son radicalmente diferentes, se entienden y se relacionan entre sí. Esto ha permitido describir si nuestras relaciones sociales básicas deben enten-

⁷⁶ Overgaard, S. (2006). “The Problem of Other Minds: Wittgenstein’s Phenomenological Perspective,” *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, Vol. 5 Nº 1.

derse como simétricas, asimétricas o como una combinación de ambas. Esto ha conducido a conceptos alternativos de justicia. Se reemplazan las preguntas “¿qué debo hacer?” y “¿cómo debo vivir?” por “¿qué debemos hacer?” y “¿cómo debemos vivir?”.

A partir del enfoque de Adela Cortina, vemos que el acto de habla muestra que existen dos polos: uno nos muestra a las personas como individuos y sujetos autónomos, donde sería imposible el acto lingüístico sin pronombres personales. El otro nos dice que las relaciones intersubjetivas necesitan de un lenguaje que los haga capaces de reconocerse como personas en un tejido social compartido.

Nuestros gestos de felicidad pueden sorprendernos tanto a nosotros como pueden sorprender a otros. Incluso a veces puede suceder que no estamos dispuestos a aceptar el testimonio de mi propio comportamiento expresivo. Si alguien sufre sin saber por qué, puede no estar dispuesto a atribuírselo a sí mismo. Esto puede deberse a que consideremos que el sufrimiento siempre es intencional, dirigido a algo e implicar algún tipo de juicio evaluativo.

Debemos estar en acuerdo con el mundo y en aceptación de su realidad para vivir felizmente. Esto significa describir lo que le ocurre a los demás, por ejemplo, el sufrimiento y la falta de armonía que traen consigo al mundo (a nuestro mundo) y que son inevitablemente un desafío para *nuestro* ser feliz, un desafío que, presumiblemente, nunca podrá resolverse por completo.

Cómo ver el mundo correctamente (el mundo como una luz armoniosa) se resuelve en una forma de vida específica y a través del juego del lenguaje. Es nuestro relato lo que moldea y termina configurando nuestra visión, percepción, interpretación y emoción con el mundo que nos creamos. Donde está nuestro relato, está nuestra atención. Donde está nuestra atención es lo que dejamos entrar a nuestro mundo. Y de a poco nos vamos convirtiendo en lo que creemos intrasubjetivamente, articulándonos con otros, pues necesitamos que nuestra subjetividad personal cree una “comuni-

dad de percepción y acción” con otros, una intersubjetividad que nos confirmará el domicilio, la red de relaciones y la pertenencia.

Cuando intentamos hacer algo con nuestras propias situaciones, involucrarnos en el trabajo sobre uno mismo y sobre “cómo uno ve cosas”, siempre debe ser en el diálogo con el otro. Lo que se daña y se soluciona sucede en el vínculo. Es el vínculo con otros la salida para nuestra infelicidad y nuestros dolores. Aunque parezca paradójico, lo que se dañó en el vínculo se repara en el vínculo⁷⁷, muy probablemente con personas diferentes, más la matriz de lo humano es en el vasto océano de la red vincular con otros, una matriz relacional.

Si realmente comenzamos encerrados en nuestro mundo perceptivo privado, ¿cómo llegamos a saber que hay otros observadores? En el capítulo nueve sobre la felicidad y estados de madurez, hacemos referencia a tres niveles de madurez de la felicidad. En el nivel 1, señalamos que en la vida plena desde sí para sí como acto subjetivo abierto a las posibilidades, el otro permanece oculto. Se absolutiza la autonomía de la persona-núcleo y no hay un mundo del otro. Es la intimidad como apertura hacia adentro, el ser personal, aunque siempre es intimidad abierta a la realidad.

En el nivel 2 hay una apertura a la intersubjetividad. El acercamiento zubiriano a la ética de la felicidad nos permite ver que una ética que pliega al individuo sobre sí en busca de su exclusiva plenitud es una ética intrasubjetiva, pero requiere de una red intersubjetiva de historias, las narrativas que vivimos, y la forma de vida específica en relación a la plenitud. No obstante, lo intrasubjetivo es central para la plenitud personal y la felicidad. El tema ahora es qué será la plenitud para los demás, cuál será la ética mínima reglada y convenida.

⁷⁷ Muñoz, Susana (2019). *Vínculo percepción y conciencia en la coordinación grupal*. Santiago: Serbal Centro Desarrollos Sistémicos.

En el nivel 3 (la vida feliz, plena, correcta y justa como apertura a todas las posibilidades desde sí, para sí y entre sí, desde la dimensión intersubjetiva) hay una exploración de la felicidad en espacios más amplio del ser y se toma conciencia profunda de la necesidad de evolucionar sin atajos y sin retroceder. Se opera desde lo descriptivo y no desde lo explicativo.

Según García Marzá⁷⁸, las diferentes formas de eudemonismos (felicidad centrada en la virtud y el sentido) pierden la orientación intersubjetiva. Para Zubiri⁷⁹, el ser humano existe “con”: con cosas, con otros, consigo mismo. Desde este punto de vista, la felicidad se vincula con la “felicidad de los demás”. De allí la importancia de describir los vínculos, en especial las relaciones confiables y sus impactos en la familia, el trabajo y la comunidad.

En lo que respecta al ejercicio de la ética, el sistema de referencia que usa la persona debe contar con los demás, pues la sustantividad humana está constitutivamente abierta a ellos: surgimos desde sí mismo y desde ellos. Esta es la trama humana esencial.

A menudo como seres humanos existimos encerrados en nuestras propias realidades limitadas, la mayoría de las veces queriendo imponérselas a otros creyendo que son las mejores. En algún momento descubrimos que no son las únicas y esto se podría deber a que miramos pero no vemos, distinguimos pero no reflexionamos, y dejamos pasar la posibilidad de abrir la perspectiva estrecha hacia miradas múltiples y variadas.

A través del espacio intersubjetivo se pueden determinar las normas, esa ética de los mínimos que nos permite vivir en un mundo de colaboración y que establece el piso de nuestra convivencia.

⁷⁸ García Marzá, Domingo (1994). ‘Deber’ en Diez palabras clave en *Ética*. Adela Cortina (dir). Editorial Verbo Divino, Estella.

⁷⁹ Zubiri, Xavier (1980). *Inteligencia sentiente*. Madrid: Alianza, Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Polo emplea el concepto de co-existencia⁸⁰ señalando que no le resta ni le añade nada a la existencia, sino que es enteramente compatible con ella. No la excluye.

LA RELACIÓN CON EL OTRO SIGNIFICA ACERCARSE
Y COMPRENDERLO.
Y ASÍ ME COMPRENDO A MI MISMO.

La reducción de la intersubjetividad (nuestra facultad de entrar en relación) a elecciones autónomas e individualistas es una señal inequívoca del pragmatismo y liberalismo norteamericano.

Cortina crea el concepto de la ética de la razón cordial⁸¹, que se relaciona directamente con la intersubjetividad. Para la ética de la felicidad es fundamental el principio del reconocimiento cordial que debe orientar el intercambio en la vida social.

La cordialidad constituye un carácter de vínculo humano de reconocimiento. Lograr la vida plena supone reconocimiento recíproco. El otro es parte de la escena de vida, tanto como yo. Esto genera una obligación de responsabilidad, salvo que se opere desde el individualismo, la instrumentalización de las relaciones y el desprecio de la convivencia social como base de cualquier acuerdo y emprendimiento humano.

A modo de síntesis, la ética es una relación intersubjetiva. Es ingresar al otro lenguaje sin el que uno no sería lo que es. Es ingresar al juego del lenguaje de las diferencias. No solamente hace posible el significado, sino también sus desplazamientos y posibles fracturas.

La relación con el otro significa acercarse y comprenderlo. Es un camino interminable que hace posible el progreso moral y

⁸⁰ Polo, L. (2003). *Antropología trascendental*, II, Eunsa, Pamplona.

⁸¹ Cortina, A. (2009). *Ética de la Razón Cordial*. Oviedo: Ediciones Nobel.

descubrir el andar y desandar los límites de la felicidad. Descubriremos al ser humano que escapa de la oscuridad para acercarse a la luz, a congraciarse consigo mismo y con los demás. Es una apertura a otros gestos, decires y actuaciones. La otredad es fundamento de la libertad y de la solidaridad.

No puedo pensar en alguien que sea más diferente de mí que yo mismo o que sea menos humano que yo. La libertad, la igualdad y la fraternidad apoyan la noción de que la otredad es un aspecto inmanente de la identidad.

El “yo” y “tú” pueden tener una relación complicada según las fuerzas históricas que forman parte de la forma de vida en que conviven. Debajo de la superficie líquida puede haber una sensación recurrente de unificar el ser dividido y fragmentado. La felicidad construida permite que se conecte la vida no necesariamente de forma lineal, encontrándose desde lo intrasubjetivo con la experiencia real del ser en lo intersubjetivo, enterándose de que la historia genera límites.

Al desarrollar la *Ética de la razón cordial*, Cortina reconoce las limitaciones de su ética mínima. Si bien una “ética intersubjetiva” es importante, no se puede relegar a un segundo plano la ética del sujeto, la “ética intrasubjetiva” (la ética de nuestra propia conciencia), la que se ocupa de forjar el carácter de las personas para alcanzar la felicidad. Este giro de la autora permite recuperar lo personal y su felicidad.

La ética intrasubjetiva (nuestro diálogo interno) debe recibir una atención comparable al de la ética intersubjetiva. Debemos tener presente que nos equivocamos al dar mucho peso a nuestras necesidades privadas a expensas de los demás.

La persona, central en el ámbito de la relación ética, se expresa ahora como interlocutor válido, cuyos derechos a la réplica y la argumentación tienen que ser ya siempre pragmáticamente reconocidos para que la conversación tenga sentido. Por consiguiente, no hay ética intersubjetiva sin ética intrasubjetiva. No

se argumenta lo justo sólo desde el convencimiento personal sino que también desde la justicia cordial.

Conocemos la verdad no solamente por la razón sino también por el corazón. Hay una multitud de pequeños hechos psicológicos que nos hacen ser quien somos. Se trata de una ética que debe estar centrada en motivaciones emocionales para la acción más que en las consecuencias de la acción.

De esta manera, el corazón resulta ser vital en la resolución misma de la existencia humana, ya que no sólo es la verdad la que se conoce a través de la razón, sino también la justicia, como demuestra Cortina en su propuesta ética.

Desde lo intra-subjetivo e inter-subjetivo, y a partir de su propia potencia de pensamiento (como posibilidad), el ser humano puede ser feliz (potencia de sí) o no ser feliz (potencia de no). Y puede reparar (potencia destituyente) lo que aparecía como irreparable: la imposibilidad de usar su potencia.

Esto le permite asir el espacio en el que se abre la posibilidad de ser feliz. Tiene la potencia para hacerlo, pero puede no hacerlo. La potencia de no pensar en la felicidad permite que el ser humano pueda realizarla. Se escribe desde su pasividad. El ser humano se transforma en ser-en-acto desde su potencia para ser o no feliz.

¿Cuál es el telar de fondo para tejer y remendar lógicas, éticas, cuerpos y corazones? La felicidad como estructura, contenido, bien, plenitud, virtud y deber, desde mí y en la trama relacional. Somos felices desde sí mismo con otros.

Si existo con otros la ecuación se vuelve más difícil, pero hermosa.

El día se convirtió en sí mismo con devoción.

Delinee mi forma con la precisión punteada
que hace una madre con un tejido para su hijo,
lo que significa
ya no podía dejarme confundir
por un fragmento de cristal aislado.
Es cierto que nadie pidió esto.
Sabía que lo predicho restringe.

Empecé observando flores, insectos
para nuestro jardín naranja. El sol presionando
Contra el suelo. Las sombras siempre cambiantes.
Tanta inconmensurabilidad.

Registre primero el comienzo, luego el medio,
luego la parte interminable,
llegué a un número, 77, sello de la piel.
un cambio de equilibrio de hombro izquierdo a derecho,
y el tramo ancho pero limitado de la ruta audible
Llenó los sentidos.

Y esperé a que la siguiente cosa
se diera, me di cuenta que estaba sucediendo *ahora*.
Para aceptar el destino de uno,
uno tiene que encontrar cada momento suficiente.
Rebelarse / es una historia única. Necesaria
Cuando la pesadez es incómoda.
No fundar el ser en el disimulo.
Cada uno es juzgado por su propio devenir.

(Eduardo Escalante)

CAPITULO 8

MÁS ALLÁ DEL ÁMBITO PRIVADO: LA FELICIDAD COMO JUSTICIA

La felicidad como justicia nos permite darnos cuenta sobre cuánto podemos estar en la tosquedad de nuestro tiempo y ver una visión amorosa e imaginativa, un espíritu de deliberación y crítica racional encarnados en un buen discurso vinculante, el desde sí con el otro, lo mío con los demás, lo personal con lo social. ¿Puedo ser feliz individualmente si no hay justicia social?.

Al hablar de la felicidad como justicia nos referimos a una actividad que fija el significado de los términos y de las acciones en relación a un parámetro ético: la justicia. A partir de la literatura y de lo que podemos describir en lo que hemos escuchado y visto, estos términos (justicia, felicidad y ética) se articulan lingüísticamente con prácticas socialmente compartidas que regulan la construcción de significaciones, dando sentido a lo que ocurre, y fijando el límite entre lo justo y lo injusto. ¿Vivimos una vida justa? ¿Qué relación tiene eso con la felicidad?

Es posible que se pueda describir lo que enfrentan las personas, por ejemplo, la pérdida de la conciencia y de la ética en las relaciones con los demás, procediendo a su recuperación sin absolutismos o esencialismos. ¿Cómo la justicia colabora con la felicidad? Se trata de describir la concordancia o inconcordancia de la felicidad y la justicia. ¿Qué es la felicidad en el dominio de lo justo?

No se pretende imponer un criterio ético objetivo de justicia como referencia para evaluar los niveles de felicidad, sino asumir

los criterios intersubjetivos de justicia que hemos ido articulando en el tiempo.

Trazamos límites simbólicos reglados y convenidos para mantener lo permisible adentro y lo amenazante afuera. Hay individuos patológicos con una agenda y conflictos de intereses severos. No es posible para ellos pensar en algo que se pueda dar de manera gratis. Individuos atomizados, individualistas y de mentalidad dualista han dado lugar a una sociedad de “ellos y nosotros”. Se arraigan en lo binario y excluyente, atrapados por cantos de sirena u observadores del rey que va desnudo, pero no lo ven así.

La justicia no requiere de una teoría de la verdad y de nociones de validez universal, sino que describir la forma pragmática o ilusionada de una forma de vida, en la que se desenvuelven las personas, en las que se puede identificar el rango de compromisos (lo reglado, lo convenido) con los demás, de modo de desarrollar, por ejemplo, una comunidad más inclusiva, más justa y menos vertical. En ella se siguen ciertas reglas a partir de prácticas específicas que resultan efectivas. Hay casos en que las cosas resultan elusivas y no se avanza. Todo depende de lo que se esté mirando en una situación específica. Se reconoce que nuestras vidas consisten en estar felices y, por ende, aceptar muchas cosas.

Supongamos que se está dudando de la teoría psicológica de un amigo. No dudaría del significado de las palabras de su amigo. Eso sería una duda semántica, no una duda psicológica. Del mismo modo, no dudaría de que su amigo es una persona en lugar de un zombi. Eso sería una duda sobre “otras mentes”.

No hay duda sobre psicología. Incluso si sus otras dudas no son filosóficas, no tienen por qué ser dudas sobre psicología. Puede dudar de la honestidad de su amigo o por qué dice lo que dice. Estas otras dudas pueden ser ignoradas adecuadamente. Lo que está en el centro de estas exenciones es el contexto en el que tiene lugar la duda. Sin ese contexto, la duda en sí misma no tiene sentido. Si uno duda de todo, entonces no tiene sentido dudar de

nada. La duda ocurre en el contexto de la no duda. Incluso, según Descartes, lo único que no puede dudar es que está dudando.

El mundo está lleno de personas sin maleza, y ese otro mundo no vale la pena dejarlo atrás, ese otro mundo vale la pena saberlo. Es interesante conocer cuando se choca con los hechos, como un automóvil que viaja exactamente a la velocidad incorrecta sobre un camino de tierra arrasado.

De todos modos, como nos atrae la literatura, algo hemos leído sobre como ciertos autores⁸² que presentan a Wittgenstein hablando con una pasión dostoiievskiiiana sobre los sufrimientos de los inocentes, en especial desde la ética de lo justo (concepto que tomamos de Adela Cortina). Estamos atentos porque nada es sabible sin expresiones habladas (Derrida posiblemente diría proposiciones habladas).

Es lícito decir que no es fácil adaptarse a lo que es ondulante: aparece y desaparece, a veces anuncia y se retira. No es fácil salir de lo habitual y acomodarse a un sistema normativo de justicia, lejos de lo explicativo, porque fácilmente uno se atrapa en la prisión categorial. Se trata de salir de las categorías, pero no con la intención de llegar a lo que está “en sí”. Se trata de la libertad ética. Habrá argumentos que no convocan consenso, dadas las sombras que se perciben en la posibilidad de apropiación, por ejemplo, de la ética de la felicidad.

No se trata de reducir todos los juegos de lenguaje a lo que deben tener en común. Si hay algo que sea común se verán similitudes y relaciones. La multiplicidad de uso será muy variada para establecer reglas fijas. De allí deriva la necesidad de apertura a las posibilidades de lo que significa la felicidad como justicia. La comunidad aspirará a determinados mínimos de justicia que no obstaculicen la felicidad ni la armonía de las relaciones de las personas al interior de una forma de vida, ya sea fenomenológica o trascendente.

⁸² Duffy, Bruce. (1987). *The World as I Found It*. New York: Tichnor and Fields.

Esto significa fomentar las prácticas y las instituciones que permitan una pluralidad de formas en que se pueden seguir reglas democráticas. No puede haber una sola forma mejor y más racional de obedecer reglas estatuidas. Este es precisamente el reconocimiento que es constitutivo de una comunidad pluralista, en un contexto de legitimidad de unos y de otros.

Estamos próximos a la idea de Diego Gracia⁸³, quien distingue la justicia como lo privado (lo intransitivo) y lo público (transitivo). El primero nivel de lo intransitivo de ningún modo se puede intervenir o interferir. Correspondería a la ética de los máximos, a las convicciones personales y a los ideales de bienestar compartido. El segundo nivel de lo transitivo corresponde a la ética de lo mínimos y aquí encontramos la justicia.

Rousseau⁸⁴ conecta la enseñanza con la felicidad última y el sentido de vida floreciente porque piensa que no puede haber felicidad en una sociedad donde hay jerarquía e injusticia y no puede haber justicia sin un sentimiento común de sufrimiento por los predicamentos humanos. Rechazar la miseria de los demás puede sentirse bien, pero no es felicidad, porque para Rousseau o cualquiera de los antiguos pensadores a quienes sigue, piensan en la felicidad como vivir una vida floreciente, como Aristóteles. Son expresiones de esencias que vienen del pasado y que hay que tomarlas en cuenta. Es el andamiaje previo pero no podemos desconectarla de un contexto, evitando tratarla como unos a priori que definen universalmente lo que es, obviando los contextos históricos de formas de vida específicas y de los juegos de lenguaje de quienes participan.

La justicia como ética mínima y máxima son niveles que se configuran en cada tiempo particular y van variando según la

⁸³ Gracia Diego (1998) *Profesión Médica, Investigación y Justicia Sanitaria*. Bogotá, Colombia: Editorial El Búho, Limitada; 1998. p. 189-90. 6; Gracia, Diego (1998). *Fundamentación y Enseñanza de la Bioética*. Bogotá, Colombia: Editorial el Búho. Ltda. p 47-9

⁸⁴ Rousseau, *Emile, ou de l'éducation*, libro IV.

conciencia personal en relación con los demás y según las conversaciones y movimientos que generan conciencia colectiva. Al ser personales e individuales los niveles de justicia de los máximos, salen del ámbito de lo exigible como acuerdo de convivencia social y quedan como estándares propios para construir una vida justa para mí y los que me rodean. No es exigible. Es deseable.

Es diferente con los niveles de justicia de los mínimos, pues establecen el piso exigible para las relaciones entre las personas y la convivencia social, usualmente reflejados en la constitución política de los estados, sus leyes, la jurisprudencia y las políticas públicas que establecen y protegen los mínimos para cualquier ciudadano de un determinado país.

Este piso mínimo es móvil y dependiente de las interacciones de los miembros de una comunidad, pues va revelando las formas de pensamiento cultural. Es tarea de los gobiernos, los políticos y los intelectuales influyentes percibir los desacoples entre los niveles mínimos de justicia previos y los que va demandando la ciudadanía. Si la velocidad de conciencia y de respuesta de los políticos y gobernantes ante los nuevos requerimientos de justicia mínima es lenta, se produce un desacople que genera malestar y acumula humillaciones y rabia en los más pobres y vulnerables.

Si esta ceguera al malestar se extiende, se crea el caldo de cultivo rabioso para la explosión social violenta de quienes exigen mayores niveles de justicia, en los mínimos. Parece ser que cuando desde los estándares mínimos de justicia son poco o nada (lo que es relativo y comparativo con los niveles de justicia de otros ciudadanos), no hay nada que perder en la protesta y el conflicto para demandar mayor justicia distribuida. Se abre la puerta a la violencia.

La justicia como mínimos recoge la igualdad de oportunidad, el acceso a salud, educación y trabajo dignos y decentes, remuneraciones y pensiones con las que se pueda vivir, el respeto a los derechos humanos y un sistema judicial que garantice igualdad

ante la ley en deberes y derechos, independientemente del nivel de influencia y poder de las personas que han cometido delitos.

Si se trata mejor a los corruptos y a los que compran justicia se demuele la institucionalidad mínima que nos entrega la percepción de justicia justa, y se abre la puerta para que los que no tienen acceso a una justicia derivada de su nivel de ingresos no crean en la justicia institucional y comiencen a acariciar la idea de la justicia personal por los propios medios. Ojo por ojo, diente por diente. Un retroceso brutal. Es esencial cuidar y ajustar permanentemente la justicia de los mínimos a las necesidades de vida digna y justa de la ciudadanía toda, desde la institucionalidad, para preservar la convivencia social y la estabilidad democrática.

Locke⁸⁵ distinguió entre felicidad real e imaginaria, entre placeres verdaderos y placeres falsos. Advirtió que la felicidad no proviene de la propiedad, el placer o la satisfacción del deseo, sino únicamente de la práctica de la virtud. Según él, un ladrón de bancos que celebra su éxito con sus amigos en su vecindario está contento, pero no lo está realmente.

Parfit⁸⁶ relata que cuando creía que su existencia era un hecho tan lejano, parecía encarcelado en sí mismo. Su vida parecía un túnel de vidrio a través del cual se movía más rápido cada año y al final del cual había oscuridad. Cuando cambió su mirada, las paredes de su túnel de vidrio desaparecieron. Vivió un tiempo al aire libre. Todavía hay una diferencia entre su vida y la vida de otras personas, aunque la diferencia es menor: otras personas están más cerca. Estaba menos preocupado por el resto de su propia vida y más preocupado por la vida de los demás. Esto fue lo que le pareció "bueno y justo".

Nos daremos cuenta de lo que habría que sacudir no solo en nuestras vestimentas. A veces no todos sabemos si nuestra elección

⁸⁵ Locke, J. (1975). *An Essay Concerning Human Understanding*. Oxford: Oxford University Press.

⁸⁶ Parfit, D. (2004). *On What Matters*, Oxford University Press, 2011; (2004), *Razones y personas*, Madrid: Antonio Machado Libros.

es de color negro, blanco o de un gris nebuloso. No sabemos si nuestra fe es fuerte, ausente o simplemente optimista o dudosa. Cuánto apego a la verdad racional como una verdad absoluta y cuánto de la verdad en sus diferentes expresiones se descartan. ¡Alerta a esto!

Los conceptos bueno, malo, justo o bello, por tomar algunos ejemplos, se nos aparecen como conceptos susceptibles de ser usados de diferentes maneras en distintas formas de vida. Algunas las combinan y otras eligen determinadas asociaciones: bueno y bello no remite a una esencia de lo que éstos son, sino a una gama de matices y variantes posibles, sin que podamos conceder a ninguno el privilegio de reflejar lo que es el bien, el mal o la justicia.

En Cortina se puede comprender mejor de que se trata la *ética de la justicia*. Los mínimos exigibles para una convivencia pacífica y solidaria requieren que se respeten a las personas como otros legítimos. Es una ética exigible que rige como un imperativo consensuado, dialogado y no impuesto, y se regla en el contexto de una forma de vida. Cada forma de vida a través del juego de lenguaje define su ética de máximos y mínimos. Habrá algunos universales como referentes, pero cada comunidad los hará específicos. Si formulamos la justicia como ideal estaríamos eligiendo algo que está inamoviblemente fijo. Una y otra vez, se volvería a lo de siempre.

Estamos arrojados a un mundo complejo cuyos límites son difusos. Podemos ver que existen conflictos de valores. Se trata de describir no solo quiénes somos y quiénes queremos ser, si no, quiénes deberíamos ser o quiénes podemos o no podemos ser. Es el ser humano quien introduce esta dimensión que trasciende la mera descripción de los hechos para añadir en el mundo algo que no estaba en él.

Los valores sobre la felicidad no pueden estar desconectados de una forma de vida y no pueden ser considerados entidades que subsisten con independencia del ser humano. Existen los máxi-

mos que promueven la vida plena y la vida feliz, lo que supone una garantía previa de convivencia pacífica y solidaria. Pero son las decisiones individuales las que eligen o no eligen. Los máximos son exigibles sólo por la propia persona pues están en el dominio privado (intransitivo).

Una felicidad reducida al ámbito privado de la conciencia individual (hablar consigo mismo) es una moral de máximos, pero sin capacidad y sin posibilidades de abrirse al bien común. Se requiere generar un espacio intersubjetivo.

Lo justo es lo valioso en sí, lo racionalmente exigible o razonable en una ética de mínimos. Lo bueno no es más que lo valioso para mí o para nosotros y se alinea con la invitación, el consejo, la habilidad y la prudencia. En el juego del lenguaje se puede describir los imperativos hipotéticos de las decisiones en común y lo exigible: lo justo estará asociado a lo que se genera en lo intersubjetivable.

Para Cortina⁸⁷, la ética se dirige a unir dos valores: justicia y felicidad (mínimos de justicia y máximos de felicidad). Desde la ética de los máximos se incorpora la benevolencia hacia el otro y se define lo que es justo como ética de mínimos. Lo que hay que prevenir es que la ética de los mínimos se genere a partir de una forma impositiva y no producto de consensos convenidos.

Cortina asume la necesidad de una primacía de los mínimos de justicia respecto de los máximos de felicidad. De todos modos, aclaramos que el diálogo intrasubjetivo es fundamental para captar las formas de colectivismo que pueden arrasar con él. No porque todos estén de acuerdo en algo se suprime mi propio pensar y mi legítima opinión discrepante. Quizás puede ser la voz que trae la cordura y la posibilidad de evolución hacia nuevos estándares de justicia. Hay que cuidarse de la tiranía de los consensos, pues niega u oculta las voces diferentes que conservan el potencial de lo aún no visto.

⁸⁷ Cortina, Adela (2010). *Justicia Cordial*. Madrid: Editorial Trotta.

Una vez que se describe cómo una forma de vida define la noción de la virtud humana y adquiere la obligación moral de promover el desarrollo de la virtud, lo mismo ocurrirá con la justicia. Un aporte valioso es el enfoque de Marta Nussbaum⁸⁸ sobre las capacidades. Plantea su teoría de la capacidad y sugiere de algún modo la buena vida. Una vida mínimamente buena es aquella en la que uno hace uso de las capacidades, se vive para expresar una devoción y se integra esos funcionamientos de una manera cada vez más coherente.

Esto permite la posibilidad de que una persona pueda llevar una vida mínimamente buena incluso en un orden social injusto. Pero también requiere que la persona desarrolle una genuina devoción a la justicia, equivalente a la virtud. La probabilidad de que uno sea capaz de integrar sus funciones con la justicia disminuye a medida que se socava el compromiso de la sociedad.

El enfoque de Nussbaum se centra en cada persona como un fin, con la capacidad de elegir y la libertad entre una multiplicidad de valores. El enfoque de capacidades es evaluativo y ético desde el principio, preguntando cuáles capacidades son las realmente valiosas. ¿Cuáles son las que una sociedad mínimamente justa procurará nutrir y apoyar? Si bien su concepción es moral, Nussbaum insiste en que no es moralista. Los gobiernos deben apoyar el desarrollo de capacidades pero no influir en su funcionamiento, dejando a los individuos la libertad de elegir cómo ejercer sus capacidades, ya que las éstas tienen valor en sí mismas como esferas de libertad y elección. Promover capacidades es promover áreas de libertad y autonomía, y esto no es lo mismo que hacer que las personas funcionen de cierta manera.

Nussbaum sugiere la siguiente teoría de la buena vida: una vida mínimamente buena es aquella en la que uno hace uso de

⁸⁸ Nussbaum, Marta (1997). Capabilities and Human Rights. *Fordham Law Review*, 66(2): 273-300.

las capacidades que tiene como resultado de la suerte o del compromiso con la sociedad, se desarrolla y se vive para expresar una devoción y se integra esos funcionamientos de una manera cada vez más coherente. Es muy interesante su enfoque, pero estamos ante la generación de un a priori, un ideal que se desea alcanza y puede resultar impositivo para una forma de vida. En ésta se requiere expresiones, decires y acciones regladas consensuadamente, aunque su contexto no esté libre de predominio, entendiendo que cada forma de vida ocurre en una historicidad específica. La justicia social es un tema demasiado importante para dejar los asuntos donde las capacidades de creación de Nussbaum los deja.

Postular una ética de mínimos no significa que no se atiende a la ética de máximos. Lo universal se relativiza en el contacto con los otros, sin imponer estos últimos, pero si argumentando. No se trata de empirismo como hemos argumentado previamente. El interés moral no es solo una cuestión de felicidad buena y plena, sino también correcta desde lo justo.

Cada forma de vida enfrentará convicciones diferentes. Nada se puede imponer por sí mismo y tendrá que expresar sus argumentos para que una mayoría contingente no excluya a quienes piensan diferente. Es necesario preservar la paz derivada de la pluralidad en juegos de lenguaje que se sostienen lejos de los caprichos e imposiciones. ¡Nada fácil! pero necesario. Toda forma de absolutismo en algún momento ha generado una crisis humana y social que deriva en movilización por cambios justos. Es lo que nos enseña la historia de la humanidad.

La justicia no es una expresión de la pura subjetividad ni tampoco de verdades objetivas en lo moral o ético, independientemente de los sujetos que pueden consensuarlas y reglarlas. Es expresión de la intrasubjetividad e intersubjetividad humana que nunca debería ser dañada por una externalidad oportunista. Hemos dicho previamente que los procesos internos se conjugan con criterios externos que nacen del pasado y del presente de uno con

otros, y futurizan cada forma de vida. Se vive en la complicidad de quienes participan y moran en ella. El ser humano, religado a lo real, es apoyado y posibilitado en sus vínculos con los demás. Y sus respuestas son con los demás. No se trata de vivir una vida en el solipsismo de la propia verdad subjetiva, impermeable a la conversación o el escrutinio reflexivo de otros.

La tarea entonces es deshacer nudos que se generan en los juegos de lenguaje en una determinada forma de vida. En tu experiencia, ¿cómo se vincula la felicidad con la justicia? ¿Cuál es el sentido de la asociación?, ¿por qué se la requiere? ¿Podrías describir si hay tensiones? ¿Cuál es el sentido si hay diferencias? ¿Tiene sentido la felicidad sin justicia, a nivel personal y social? ¿No es la justicia social la base mínima para recién ahí comenzar a hablar de felicidad? ¿Está ajena la justicia social a la felicidad trascendente?

En el río del ser, existe una instancia en la que el ser se vuelve sobre sí mismo y, al hacerlo, permite que algo nuevo surja. Otra vida se hace posible a través de relaciones justas, pues comparten un “sentido común de singularidad”. Éstas permiten alejarse de un mundo caído a través de una justicia que reordena el mundo. Se recupera una demanda existencialista de libertad entendida como el significado concreto de una vida intensamente comprometida con el mundo como modo de expresión, no en el grado en que uno trasciende el mundo, sino más bien en el grado en que uno mora en la potencialidad de *este* mundo. Esto es la posibilidad de no ser como es o como se está siendo.

La vida no es esencia, no es una verdad oculta detrás del ser. La vida transcurre sin residuos en el camino de las cosas. El camino de las cosas no es estático sino potencial y se extiende a partir de una serie de posibilidades. Tiene un poder destituyente (se cuestiona una forma de ser al interior de una forma de vida), así como creativo.

En este camino nos desplazamos hacia lo relacional, lejos de la rendición. Esto lo logramos a través de la amistad y la cama-

radería con el predominio de lo ético yendo más allá de lo irreparable, moviendo la existencia humana hacia lo reparable. Nos disponemos al “más bien ser” y el “más bien feliz”, negando el no ser, profanándolo, con lo que emerge la posibilidad humana ante lo irreparable y su expresión arbitraria.

Si el vínculo entre el ser humano y el lenguaje se está aflojando, la pregunta moral de “¿cómo debo actuar?” hay que preguntarla de nuevo, mil veces. A veces será necesario restituir algo del pasado y otras destituir un significado. Por ejemplo, la felicidad consumista, el imperativo del gozo y un estar bien a toda costa. Se trata de la posibilidad de vivir con potencia frente a la inhumanidad, con respuestas que permitan nuevas escenas respecto de la vida humana en relación con la justicia, expandiendo múltiples maneras de vivir con los demás. Vemos y somos vistos desde lo justo.

Un pase libre

Elegimos plantar lo que susurra,
Lo que se aferra a la muerte en la vida,
Latiendo bajo el azul vivo
Somos cuerpos capaces de soportar deambulaciones
soñando con celestial inclinación
Sonrisas en las que confiar, salir del suspenso
Inventamos fiestas en islas que no son frías
En las que terminamos con un volumen cúbico no borracho
El día transcurre oblicuo,
Treinta segundos para
Rastrear a un perro que busca la luna,
Ahora nosotros volvemos a cada una de las líneas anteriores.
Leche y miel, y el cielo, amén.
Me asomé con un sentimiento para cambiar la luz en mi jardín,

Cavamos para encontrar el camino
de las verdaderas olas, después sabemos
que son imaginarias
y con una aguja reparamos las piezas rotas
en nuestra mente.
El pensamiento inventa lo que ya ha pasado.
Entonces y ahora. nos gustaría ver
una pintura de frutas sin hormigas.
Soplamos fuego con olor a
vino sagrado, implorando por un octavo día,
para que el aire se deslice con su ala blanca,
patrones de viento cambien las sombras
Y vuelva el ángulo del azul.
Un anciano me dijo: para levantar la ciudad derrotada, uno debe
entregar su cuerpo / pertenencias al
espectáculo explosivo de la verdad
Construida con los demás, haciéndolo continuar.

Así, derribar lo injusto, no solo los restos, sino su fervor en sí.
No solo su pálida emisión de indignación sino
encender puntos de luz.

(Eduardo Escalante)

CAPITULO 9

EVOLUCIONAMOS: LA FELICIDAD COMO ESTADOS DE MADUREZ

Todos podemos abjurar y renunciar a la felicidad, pues disponemos de una estructura felicitante para ello. También podemos prometerarnos en abundancia. Somos vida y participamos de una forma de vida que a veces sigue un curso rutinario, otras es una alfombra desde la que miramos lo que acontece alrededor, flotamos en el aire húmedo, costureamos cada día para vivir días mejores.

Previamente aludimos a la felicidad como justicia. La lectura de los escritos de Adela Cortina sobre la ética no permite decir que los mínimos éticos surgen de la ética de los máximos. Para Polo, la persona puede estar en permanente evolución, trascendiendo desde estados menos avanzados, es decir, muestra una tendencia para ser y actuar mejor.

Para Polo, este crecer –evolucionar y regenerarnos en ese transitar– consiste en un ser más desde dentro, conquistado nuevas cotas humanas que nos transforman al realizarlas. Él considera dos dimensiones que denomina: ver-yo y querer-yo y la inteligencia y la voluntad. Considera que querer-yo es superior a ver-yo y que la voluntad es superior a la inteligencia.

Zubiri nos dice que la unidad del tiempo está radicalmente en el “mí” temporal: “mí” duración, “mí” futurición, “mí” emplazamiento. El mí retiene el pasado. El emplazamiento significa encontrarse situado en determinado presente. El futuro significa una proyección (lo proyectado aún no efectivo). Agrega que el

pasado, presente, y futuro no se sostienen sobre sí, pues los tres se implican en una unidad estructurada, siempre abierta.

Lo que Polo no considera es que lo que describe no ocurre en la soledad existencial, sino en los juegos del lenguaje consigo mismos y con otros. La comprensión significa ver estas conexiones. Lo que se requiere para este tipo de comprensión es una forma de vida y un conjunto de prácticas comunitarias compartidas, junto con la capacidad de escuchar y ver las conexiones hechas por los practicantes de esta forma de vida. Una oración no adquiere significado a través de la correlación de sus palabras con objetos en el mundo. Adquiere significado a través del uso que se le da en la vida comunitaria de los seres humanos. Hay maneras de aproximarse a la autenticidad de las expresiones de sentimiento. Para ello, necesitamos más humanidades que no finjan ser ciencias. Podemos aprender de las artes, de la música y del lenguaje poético.

Desde nuestro punto de vista, la felicidad, en cuanto estados de madurez (una mayor pregnancia y pluralidad de modos de expresión, argumentación y articulación), transita por tres niveles:

Nivel 1: la vida feliz y plena desde sí para sí es un acto subjetivo abierto a las posibilidades, donde los juegos del lenguaje sobre el otro permanecen ocultos. Lo importante es la persona-núcleo. Se absolutiza la autonomía y no hay un mundo del otro, pues hay un cierre a la otredad. Es la intimidad como apertura hacia adentro, el ser personal, aunque dispone siempre de una intimidad abierta a la realidad. Es la clausura interior a su lenguaje privado.

En este nivel individualista, la felicidad como armonía no está en el horizonte, pues importa la sensación presente de felicidad, la dictadura del hoy. Se tiende a explicar más que a describir los fenómenos. Se carece de una visión sinóptica que permita evitar, por ejemplo, que un sustantivo como felicidad signifique

buscar una cosa que le corresponda. No se atiende a los casos particulares de las expresiones y a circunstancias que son específicas.

El referente de la felicidad es completamente subjetivo e interno (lenguaje privado), sin referentes externos que puedan hacerlo comprensible para otros, ya que no interesa que los otros lo entiendan. Yo soy feliz en mi mundo con mis criterios. Basta. En este nivel, los límites de la felicidad son estrechos, egocéntricos y no compartibles.

En este nivel no se sabe cómo pasar de un sinsentido disfrazado a algo con verdadero sentido humano. Se dice “soy feliz” como un mero decir y esto nos mantiene cautivos. No hay un puente entre lo dicho y lo actuado, y se sigue repitiendo. Existir significa “cualificarse” entendiendo el modo de ser que se es, pero no como algo dicho, sino vivido. Es su manantial. Ser tal cual se es.

Otro ejemplo es el tiempo. Podemos medir la duración total de algún suceso pero éste nunca está presente totalmente (solo hay partes de él en cualquier momento). Nos metemos en un rompecabezas sobre la naturaleza del tiempo, sin reconocer que cambiamos los marcos metafóricos y de interpretación. Esto nos lleva a soñar o perseguir todo tipo de quimeras porque creemos que podemos unificar el tiempo como algo simple.

Nivel 2: la vida feliz, plena, buena y justa es intrasubjetividad abierta a la intersubjetividad y a todas las posibilidades relacionales. Se entiende la felicidad como vínculos (sujeto-relacional, yo-otros, sí mismo-comunidad), generándose apertura a los intercambios subjetivos, lo que Cortina denomina ética comunitaria. La persona es coexistencia porque existe con los demás al interior de una forma de vida y los juegos de lenguaje lo hacen posible. Los espacios personales se abren a los lazos para co-construir a través de las expresiones, los gestos y los actos de los demás (hábito intersubjetivo). Emerge la red de relaciones como un lugar predilecto

para la felicidad y la articulación de formas sociales felicitantes.

Al aparecer los demás y al mirar al otro, ya no se trata solo de la vida plena personal sino que se incorporan los elementos interpersonales de la vida justa. Se visibiliza el reconocimiento recíproco y se convocan las riquezas de las diversas tradiciones éticas, las universales y las específicas. Emerge el nosotros y los límites de mi yo individual crecen al nivel de la consciencia social.

Se re-construye el quehacer social a partir de juegos de lenguaje basados en el reconocimiento recíproco, la confianza, el respeto, la gratitud y la compasión, palabras de encuentro e interacción que son sustentos claves para la felicidad relacional. Sus modos particulares de acción y expresión dependerán de lo que emerja en esa particular forma de vida social y comunitaria, una sub-cultura con sus propios códigos de felicidad e infelicidad.

Se transita por un andamiaje distinto, el de una visión sinóptica que intenta a través de descripciones indirectas ver nexos entre expresiones de conceptos y establecer un ordenamiento, tratando de poner los decires uno al lado de otro. En el lenguaje construimos las narrativas y los relatos de lo que compartidamente entendemos por felicidad y sus matices. Los contenidos y los bienes de la felicidad se articulan en acuerdos intersubjetivos conscientes o inconscientes que operan como criterios socioculturales de esa forma de vida para evaluar lo feliz, pleno, bueno y, especialmente, lo justo y de valor compartido.

Nivel 3: la vida feliz, plena, plena, correcta y justa es una apertura a todas las posibilidades desde sí, para sí y entre sí, desde la dimensión intersubjetiva. La persona posee obviamente su libertad intransitiva, como lo menciona Diego Gracia, y participa del ámbito de la intersubjetividad para el logro de la autorrealización y heterorrealización. La autorrealización se concreta en la consideración del otro y da paso a la felicidad en sus múltiples expresio-

nes de plenitud, bondad, gracia, justicia, paz, armonía y bienestar distribuido

El tiempo deja de ser un continuo homogéneo y vacío para pasar a ser discontinuo y pleno. Pasa de ser un tiempo transitivo a un tiempo de apertura y posibilidad humana. Se cambia el sentido del tiempo.

El mayor nivel de madurez en la felicidad se alcanza a través de una evolución coherente y consistente, donde el criterio de evaluación de la felicidad no soy solo yo (nivel 1) ni yo y los otros (nivel 2), sino que la frontera de mi consciencia se amplía a nivel planetario y cósmico, lo que podemos llamar felicidad trascendente (nivel 3). La mirada es holística y universal, donde importa la vida de todos los seres sintientes, el cuidado del planeta como casa común y la identificación de la relación de lo humano con lo divino, en cualquiera de sus formas de expresión con los valores inclusivos como ética mínima.

Hay una exploración de la felicidad en espacios mucho más amplios del ser y se toma conciencia más profunda de la necesidad de evolucionar sin atajos y sin retroceder. Se opera desde lo descriptivo y no desde lo explicativo. Se argumente desde la experiencia sentida, que para quien lo siente es difícil de explicar aunque sabe que existe y es. ¿Cómo explicar la experiencia de lo místico y de la presencia de lo divino? Difícil de explicar.

Desde la experiencia sentida sabemos que lo divino es verídico e intangible, invisible a los ojos y al lenguaje⁸⁹, mientras vamos descubriendo en los niveles altos de madurez humana qué papel juega la espiritualidad permanentemente conectada a la expresión humano, el cielo en la tierra mediante la persona disponible.

En este tercer nivel, la felicidad se concibe como una gracia natural y regalada de la conexión con lo divino. No hay que

⁸⁹ Por esta razón los místicos de los siglos XII y XIII, al verse imposibilitados de describir lo que era Dios pues ninguna palabra alcanzaba, usaron el método apofático, decir lo que no es para describir lo que es.

hacer esfuerzos. En esa conexión emerge un maná, una especie de sustancia luminosa que nos rodea y donde está todo presente, disponible y regalado, la felicidad plena cósmica. Una túnica sin costuras.

Divorciadas de su contexto habitual de uso (niveles 1 y 2), palabras como felicidad, bueno, justo, pleno o correcto parecen requerir un correlato, una imagen o un ideal platónico para ser simbolizadas en esta magnitud de madurez superior que ellas representan en este nivel 3. Cuando reflexionamos sobre el indeterminismo o la vaguedad de estos términos, nos llevan a pensar que debe haber un significado único y eterno. Nos vemos obligados a pensar que las proposiciones en las que se usan estas oraciones o palabras tienen alguna forma eterna fija o gobernada por reglas que pueden ser adivinada por el razonamiento lógico. Nos atrae pensar que si descubrimos una estructura tan lógica habremos avanzado nuestro conocimiento sobre el mundo y, quizás, explicado a Dios.

Tenemos la ilusión de que lo que es peculiar, profundo y esencial en nuestra investigación reside en tratar de captar la esencia incomparable del lenguaje, es decir, el orden existente entre los conceptos de proposición, palabra, prueba, verdad y experiencia. Este orden es, por así decirlo, un súper concepto de conceptos, un metaconcepto. Mientras las palabras felicidad, bondad o gratitud tienen un uso, éste debe ser tan humilde como todas las palabras que se usan en los juegos de lenguaje y generan formas de vida.

No se trata de un esfuerzo por alcanzar un ideal, como si nuestras oraciones vagas y ordinarias aún no tuvieran un sentido bastante inaceptable y un lenguaje perfecto aguardara nuestra construcción. Parece claro que donde hay sentido debe haber un orden perfecto. Entonces, debe haber un orden perfecto incluso en la oración más vaga.

En este nivel 3 se instala un mirar que nos permite una visión sinóptica y nos habilita para una descripción correcta. No se trata

de develar ninguna supuesta esencia de los fenómenos ni tampoco de aclarar una sospecha, sino de mostrar el uso de los términos a través de los cuales hablamos de los fenómenos. Esta labor es eminentemente gramatical, esto es, una descripción del funcionamiento de las palabras.

En cada grano de arena habita el universo entero y hay que percibirlo en su singularidad. En cada costura mora el molde perfecto. Esto se logra con una sensibilidad en evolución que aspira a entender los patrones comunes del universo, en lo objetivo y lo subjetivo, en lo material y en las dinámicas humanas. Comprender que algo nuevo se abre, se perfecciona o se cierra, y que eso remite a patrones necesarios de develar y comprender para acceder a mayores niveles de consciencia.

En términos evolutivos se despierta de la hipnosis del método de la ciencia, de la metafísica dogmática y de los enfoques del sillón. Es un despertar. Para esto se requiere ver cómo funcionan realmente nuestros conceptos en nuestras vidas, y eso implica ver y escuchar las prácticas y las circunstancias circundantes en las que opera nuestro uso de los conceptos. En este sentido, el concepto de felicidad ocupa una posición clave en nuestra vida y tiene conexiones.

En este nivel 3 de felicidad hay una transición de la mentalidad religiosa a una mentalidad más racional sin exclusión de la espiritualidad (no entendida como religión), que muestra ser dolorosa y prolongada. Para los creyentes, se requiere dar razón de su fe. La adhesión a los antiguos dogmas y supersticiones es a menudo un elemento divisivo, excluyente, peligroso y fanático en nuestro mundo. Necesitamos mentes libres, intuitivas, racionales y espirituales, respetuosas de la evidencia y de las emociones con apertura a otras interpretaciones, y una ética cordial basada en actitudes de lo que significa lo humano.

En este proceso, las artes, las humanidades y la literatura cobran real importancia en cuanto son exploraciones de las grandes

conversaciones de la humanidad sobre todas las cosas que más importan en la vida: nuestra experiencia, relaciones, obligaciones y aspiraciones sociales, nuestros valores y nuestras interpretaciones mutuas y el mundo. Sin estas disciplinas humanizantes somos sordos, ciegos, atrapados en el presente y sin el sentido de la gran variedad de posibilidades. Éstas permiten actuar en un mundo tecnologizado que se desplaza en el nivel de las conversaciones intelectuales por todo lo definido.

Cuando todo parece irremediablemente tecnológico y digital, y hay algunos intelectuales⁹⁰ que hacen pronósticos dramáticos del futuro, del cambio y de la sustitución de robots por personas en el trabajo, emerge lo insustituible: el encuentro humano, sensible, empático y racional desde donde nos articulamos para ser en el mundo. Hay una apertura de ventanas a través de las cuales ver el mundo en toda su dimensionalidad, más allá del hedonismo y el pragmatismo superficial y del aislamiento, o desde la imposición cultural.

No podemos entender el amor de una persona sin saber mucho sobre la historia de los patrones de apego que se remontan a etapas pasadas. El pasado ama a la sombra de los apegos presentes y establece su residencia en ellos. Para hablar bien sobre ellos tendremos que recurrir a textos que contengan una dimensión narrativa, profundizando y refinando nuestra comprensión de nosotros mismos como seres con una historia temporal complicada.

El crecimiento irrestricto o evolución irrestricta (seguir constituyéndose) que caracteriza a este nivel de felicidad constituye el dinamismo propio y constitutivo de la libertad que es lo que empuja a la persona a crecer por dentro y hacia afuera. Esta evolución irrestricta e invariante (a menos que la detenga la propia persona con creencias y pensamientos limitantes) es una libertad no limitada a priori, abierta y en el contexto de una forma de vida

⁹⁰Harari, Yuval Hoah (2018). Lecciones para el siglo XXI. España: Debate.

con predominio de relaciones intersubjetivas que se orientan hacia una vida plena y justa.

La libertad se hace plena y se libera en el mundo de las personas y en las relaciones entre personas, y no en la relación personacosas. Es necesario trabajar profundamente en la ética de la fragilidad o de la vulnerabilidad y cómo puede afectar a la felicidad. Se reconoce que todos somos frágiles en algún momento y, algunos toda nuestra vida, pero esto no nos impide ser felices.

Ciertas personas con enfermedades graves dicen que éstas no les impide ser felices. Su vulnerabilidad los coloca en un estado que es propicio para conocer a otros, para recibir ayuda y para compartir confidencias. Facilita la apertura de nuevas puertas, lo que resulta en la comprensión de las cosas a las que otros no tienen acceso, atrapadas en la invasividad y el automatismo de la vida diaria que las hace menos disponibles. La persona se abre a nuevas posibilidades felicitantes y se superan límites que previamente eran ortodoxos e impensables.

Para Polo, la esencia de la persona biográfica es que no acaba nunca de hacerse esencialmente, porque siempre puede ir más allá. La ética humana establece las condiciones para seguir evolucionando y nunca detenerse en lo ya hecho o el progreso logrado al interior de una forma de vida. Se puede establecer un deber de ser cada vez más humano y más feliz, deber de ningún modo comprendido desde la lógica deontológica como la obligación de un imperativo externo.

El ser humano dispone de la potencia para evolucionar, transitar por el espacio y el tiempo de manera distintas. Puede modificarse. Por ejemplo, el tiempo que el tiempo nos otorga para ser distintos: pasar de ser espectadores del suceder y carentes de sí mismos a configurar nuestra propia versión del tiempo. Dejamos de ser avasallados por el reloj. Se logra el tiempo de la felicidad y la gracia, convirtiendo lo inhumano en humano.

Felizmente miramos y sentimos por derecho propio, dispuestos para lo que vendrá después, así sea el rumor subterráneo de la

utilidad. Es lo que logra la felicidad: hacernos cómplices de lo que sucede desde nosotros mismos. Habrá puntos caídos referidos a lo inhumano pero ellos mismos nos arrojarán a la luz. Tenemos la experiencia del evento original de lo que sucede en sí mismo y al arca signficante de la otredad. La voz inhumana se pierde en la gramática de un lenguaje humano y se derrumba el ruido meramente animal. Esto nos puede ocurrir en la vida cotidiana, liberada del comportamiento instrumental. Se sienta un nuevo sentido ético.

Mar abierto

No será un desastre:
mil abejas muertas,
barridas en pilas
como
púas y sin sentido.

Si uno no se despierta y no
se da cuenta - Será musgo luminoso. Será hiedra marina.
Será un pájaro observador: de hocico blanco, de pelo de rozas,
con un círculo apretado como si estuviera alerta.

Aprendí
cuán mutable puede ser la intimidad
casi todo se recupera, si lo haces posible,
cuando los acordes del otro suenan

Me pregunto: No quién soy sino cómo,
cuáles son los lugares en los que caminando,
florezco / existo

todo me influye profundamente,
la excepción me permite moverme
libremente

limpio la brujería del solipsismo
para que no sufra bajo su propio yugo,
se abre la intimidad replegada y el techo sin aire.

Una palabra privada, compartir la existencia,
un mundo esquivo,
todo incapaz de ser causado,
incapaz de no serlo, condensado en una causa: liberación
del tiempo del reloj.

Progreso / repetidamente en lugar de continuamente,
Superando las cosas que hemos conocido.

Me pintaré la cara, haré lo inevitable.

(Eduardo Escalante)

CAPITULO 10

UN ESCENARIO SIN LÍMITES: LA FELICIDAD COMO POSIBILIDAD⁹¹

Hace un tiempo leímos la historia de Tom Shadyac, un aclamado director de Hollywood (*Bruce Almighty*, *Evan Almighty*) que se lastimó la cabeza en un accidente de bicicleta y sufrió dolores de cabeza durante meses. Mientras sufría, se cuestionó lo que estaba haciendo con su vida. Una historia de consciencia como muchas que hemos escuchado y que quizás es la tuya. Afirmó que su vida se trataba en gran parte de adquirir cosas. Se dio cuenta que, si bien no era realmente infeliz, tampoco era exactamente feliz, así que hizo algunos cambios. Tom tomó la decisión de deshacerse de su casa, dejar de volar en su avión privado y vivir generosamente, centrándose en las relaciones. Se trasladó a un remolque de doble ancho, usando camisetas y unos pocos pantalones. Un cambio radical.

Para abordar la posibilidad debemos entender el concepto de potencialidad. Este ha sido un concepto ontológico fundamental

⁹¹ Cuando se construye un sistema categorial bien ordenado debe existir algún (o algunos) concepto central a partir del cual (o de los cuales) se despliega el universo entero de las significaciones en toda su riqueza y unidad. En el caso de Zubiri, uno de estos conceptos es el de posibilidad. Si profundizamos, la posibilidad se haya junto a la categoría de realidad (Zubiri, X. *Estructura dinámica de la realidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1989), podríamos decir que son dos caras de una misma moneda, necesarias para comprender la fundamentación de Zubiri y relacionarlas con la felicidad (X. Zubiri. *Sobre el hombre*. Alianza Editorial & Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1986). No se puede desconocer que todo el sistema categorial de este autor es complejo, pero es indudable que su aporte nos permite clarificar el significado de la felicidad.

al menos desde Aristóteles, que se refiere no a los tipos, sino a las modalidades o formas de ser.

La potencia humana es aquella que es siempre potencia de no pasar al acto, es decir, impotencia. Toda potencia humana es potencia de ser y de no ser, de hacer y de no hacer. Algunos prefieren no hacerlo. Desde esta potencia de lo humano hay que examinar la felicidad como posibilidad, la experiencia de la posibilidad hecha real o no por nuestra potencia.

La potencia permite ser capaz de romper los discursos convencionales y los supuestos preestablecidos con respecto a los límites de lo posible. Esto produce singularidad en su ocurrencia, que construye humanidad específica, pero genera una verdad que puede representar a la humanidad en lo más general. Se permanece atento a aquello disfrazado como universal. Es el yo viviendo con otra comprensión del tiempo y de lo que sucede. La persona es reconstituida a partir de su comprensión de la vida feliz. El lenguaje es el lugar crucial para el pensamiento porque es en él que se decide el sentido. A través de él podemos captar su precariedad y riqueza, lo que presenta como mundo posible y cuanto desconoce de sí mismo.

¿Hay una aceptación de lo que existe o una voluntad subjetiva de cambiar el mundo? O, dicho de otro modo, podemos estar en paz con el mundo tal como es y con los demás tal como son, o hacer una elección necesariamente discontinua del orden de ruptura, para lo que debe existir, es decir, lo imposible: declarar este estado de excepción en un mundo formalizado.

Una vez que escuchamos una buena historia se obtiene un gusto especial por el significado en la vida y no se puede volver a lo que era la historia, no se puede volver a las escenas sin sentido unidas por el hilo olvidable del tiempo perdido. El tema es cómo crear una manera de vivir una mejor historia. La felicidad de cada uno es un juego de lenguaje, el hilo narrativo de un relato que da significado al propio vivir, siempre en construcción, una interpre-

tación de los hechos dolorosos y gratos de la vida. Nuestro relato existencial. ¿Desde dónde se parte esta narrativa propia, desde adentro o desde afuera? ¿Se trata de un dualismo?

En *la Ética a Nicómaco* Aristóteles señaló que la felicidad es, en gran parte, parte de las condiciones externas, el lugar donde naciste, tu familia y tus circunstancias. Eso es la mitad del argumento. La otra mitad son las decisiones que tomas en tu vida. Creemos que en esta segunda parte es donde está la verdad del meollo de la felicidad. Hay personas felices en todo el mundo que viven bajo cualquier condición.

¿Qué es la felicidad y cómo la logramos? Es una de las preguntas más fundamentales de la vida y ha sido discutida y lidiada por todos, desde Jesús hasta Platón y los científicos modernos. El gran problema es que se han transformado en respuestas que recurren a esencias, dejando de ver la especificidad de las formas de vida y a menudo se instalan como *a priori* absolutizantes, impuesto desde afuera al individuo y a sus contextos específicos.

¿Es el concepto estoico de ser conscientes de cómo perdemos todo con el tiempo y no apegarnos a lo que nos ayudará a ser felices? ¿O es una conexión espiritual con lo divino? ¿Es autococonocimiento y superación personal? ¿Está sirviendo a los demás? ¿Nuestra disposición nos lleva a profecías autocumplidas? ¿Son los optimistas más felices porque son optimistas? ¿Está determinada genéticamente? ¿Es verdad que toda la felicidad depende de mi decisión personal?

Desde Aristóteles y Chang Tzu hasta Buda y Mahoma, éstas son las preguntas que los filósofos y los grandes pensadores consideran al debatir y discutir sobre la felicidad. Sí debemos reconocer que hay quienes, como en la serie *True Detective*, introducen cierto tipo de nihilismo. No tiene sentido la idea de que todos somos solo una estructura de carne y hueso tomando decisiones basadas en la predeterminación biológica y sociológica.

Hay muchos filósofos, especialmente los griegos y Spinoza, que dijeron que la felicidad es un estado de ser. Eres feliz porque

amas la vida. Pase lo que pase, amas la vida y aceptas tu situación como parte de lo bueno y lo malo de la vida. Hay una manera de decirlo: cuando creces en la dirección de tu verdadero ser es cuando sientes alegría. La alegría es la prueba de que la acción es buena para ti. Si sientes tristeza o desesperación por lo que estás haciendo, eso también es una pista. Hay que moverse en la dirección de la alegría y de la gratitud, señales profundas del sendero de la felicidad, costuras precisas que conducen a la vestimenta querida.

No se puede negar que la sociedad tiene una gran obsesión por la felicidad y los finales felices. La popularidad de los cuentos de hadas y la forma en que los adultos inculcan cuentos de hadas en los niños de hoy son evidentes: la sociedad protege la felicidad y teme el sufrimiento.

La sociedad no puede tener felicidad sin sufrimiento, a pesar de que la sociedad desprecia el sufrimiento. ¿Dónde estaría la gente sin sufrimiento y dificultades, si la gente fuera feliz todo el tiempo? La gente estaría viviendo en un mundo ilusorio sin saber qué se siente al ser despedido de un trabajo, separarse de la pareja, fallar un examen de matemáticas o postergar los propios deseos. A mediados del siglo XX, la sociedad occidental le dio a la gente la idea de que habría que terminar con el sufrimiento (hambrientas, pobreza, enfermedades, depresiones), una idea que esconde la sombra, el dolor, la fragilidad, los actos malvados, la vulnerabilidad y la mala intención que viven en cada uno de nosotros, sean conscientes o inconscientes.

Esta idea comienza a instaurar la felicidad como un estándar patológico de deseabilidad personal y social, lo que se observa gravemente en las organizaciones que pretenden instalar felicidad en el trabajo sólo con el cambio de actitud de los empleados y sin cambios en la estrategia de bienestar organizacional. Esos trabajadores sufren una locura. Además de lograr los indicadores de resultados que se exigen para el negocio, hoy tienen otro indicador obligatorio que cumplir: ser felices. Es la manipulación y

la instrumentalización de la felicidad con fines organizacionales. Necesitamos liberarnos de la tiranía de la felicidad corrompida por este tipo de management antiético. El descaro es pedirlo a los empleados y no generar cambios desde las prácticas organizacionales para facilitarle la vida y el desempeño a la gente.

El bienestar organizacional es responsabilidad de la organización, proveyendo las condiciones para el despliegue de las fortalezas individuales y colectivas de las personas hacia los objetivos organizacionales. La percepción de felicidad y la decisión de serlo en el trabajo es una responsabilidad de cada persona. Crear entornos saludables para la felicidad de los trabajadores y el logro de resultados es una corresponsabilidad entre organización y empleado⁹². Es un tango. Se requieren ambos.

Este pensamiento fragmentado y maniaco de la segunda mitad del siglo XX donde se suponía que el sufrimiento terminaría dentro de una década o dos, mostró su fracaso: el sufrimiento no terminó. Hoy en día la democracia ha socavado la importancia del sufrimiento, que ahora se considera injusto y arbitrario. La sociedad ha cambiado su sistema de valores a un sistema que no permite el sufrimiento.

Todos queremos felicidad, no sufrimiento, y como consecuencia tenemos que ver si la mente puede transformarse. No hay razón para sentirse desanimado o desmoralizado. Es mucho mejor estar seguro y optimista, aunque no es fácil, pues se requiere aprender a basar nuestras relaciones en la gratitud y la gratitud generosa en lugar del posicionamiento, la transacción y el desempeño.

La felicidad es una forma de hacer el mundo, lo que significa examinar cómo la felicidad hace que el mundo se acerque a las personas adecuadas, crear ciertas formas de relación y formas de vida más valiosas que otras.

⁹² Fernández, Ignacio (2015). *Felicidad organizacional*. Santiago: Ediciones B.

Nuestras posibilidades se limitan cuando en algún lugar de nuestras vidas experimentamos suficientes críticas o presiones sociales para creer que no estamos a la altura. Así creamos una fachada y un personaje público. Pensamos que si no podemos ser dignos, entonces al menos nuestro acto puede ser digno. Luego, cuando nuestro acto comienza a recibir aplausos y validaciones, aprendemos a pasar eso como si fuera el verdadero nosotros, confundiendo el reconocimiento a nuestros roles del yo externo con nuestro yo interno. ¡Qué difícil salir de ahí! Requiere mucho trabajo.

Por eso la felicidad es difícil, muy difícil, pues hay que desmontar y reemplazar los software que aprendimos para sobrevivir en la familia y la sociedad para permitir el despliegue del software original de la estructura felicitante, en un trabajo de integración y regeneración personal gigante y persistente. El cambio humano existe y casi nadie lo transita porque requiere altísimas dosis de determinación, voluntad y acompañamiento para integrar los propios diálogos entre mis voces y fantasmas internos en conflicto en una sola voz (para algunos la batalla entre el ego y la estructura esencial), entre las conductas que vamos desaprendiendo y los nuevos repertorios que comenzamos a probar, y para soportar la crítica o rechazo social por las formas que se dejan (¿qué te pasó, antes no eras así?).

Nos ocurre lo mismo que cuando abordamos una serie matemática o aprendemos un idioma: convocamos palabras. Si seguimos una regla, nuestro tropiezo describe cómo seguimos adelante en lugar de anular nuestro progreso. En cada caso, usamos la contingencia, la variabilidad y la temporalidad, no para mancillar las categorías filosóficas tradicionales sino para humanizarnos, aunque resulten equívocas. Por eso podemos decir que nos despiertan. Llegamos a la roca madre en lo que nosotros hacemos.

Aprendemos a cavar y ver si podemos llegar a un terreno firme, así como romperlo, en la certeza que actuamos de una for-

ma sin esencias, aunque alertas a lo que nos puede humanizar más profundamente, atentos a que la seriedad no se convierta en tontería.

Tratamos de restituir, desplazar, suspender, perturbar o complicar los términos para liberar las nuevas posibilidades presumiblemente emocionantes. No se trata de mantener la idealización [o metafísica] intentando modularla sino permitiendo que se abra a algunas posibilidades que no habían sido concebibles bajo las viejas fórmulas.

Entendemos que no se trata de reemplazar un conjunto de conceptos con otros. Sabemos que es necesario luchar contra el embrujo de nuestra inteligencia expresada a través del lenguaje, evitando el dualismo de un yo adentro y el mundo afuera, porque es una ilusión. El yo separado por una sombra de la gramática, que finalmente remite al yo integrado y no dual.

En la actualidad, hay un mundo de posibilidades más complejo, donde es necesario mirar y elaborar cuidadosamente sus contornos, sus expresiones, los límites y aperturas que se establecen en común. Al igual que la buena improvisación, la habilidad es la cantidad de práctica con estos temas. Cada uno verá lo que pliega sobre el sí mismo y sobre los otros. Las superposiciones pueden resultar fascinantes: conexiones que sorprenden y modos y géneros de vida. Al principio puede sonar algo así como mirar un truco de magia. Las partes de las posibilidades ordinarias se conectan para formar un punto extraordinario, para lo cual se requiere salir de lo naturalizado como esencia.

Algunas personas que reportan niveles estables de felicidad hablan de la magia que sucedió para estar ahí. No es magia. Es práctica sostenida de actividades cotidianas que activan nuestra estructura felicitante. Para conocer sobre estas prácticas desde la evidencia científica, los invitamos a leer a Lyubomirsky⁹³ y Fre-

⁹³ Lyubomirsky, Sonja (2014). *Los mitos de la felicidad*. Santiago: Urano.

drickson⁹⁴. Aunque da igual. Sabemos lo que nos hace sentir hondamente felices y no solo transitoriamente satisfechos. Y eso hay que practicarlo constantemente. Si no sabes lo que te hace feliz, nunca lo conseguirás.

Hay que describir los conceptos desde la perspectiva de alguien que no encaja en el sistema de una forma de vida, alguien que tiene que luchar mientras se mueven en la dirección opuesta a la multitud. Se requiere identificar lo que frena modos posibles de vida.

Las identidades no son estáticas. Puedo ser beneficiario de las instituciones de alguna manera y magullado por ellas en otras. Es marcando donde ocurre la exclusión y desafiando eso donde aparece la infelicidad y las opciones de construir felicidad: aliviar a aquellos que están adoloridos de sus deberes. Podríamos examinar fenomenológicamente el punto de vista reductivo sobre la felicidad como un truco artificial con claro reduccionismo, mitologización, instrumento de consumo o manipulación de actitudes. Hay que hacer rodar los ojos para poder ver lo invisible tras lo visible, lo cierto tras lo aparente. Como dijo Calderón de la Barca, la vida es sueño.

La obsesión con la felicidad se relaciona con lo que se espera del estado mental de los empleados. Esto es infinitamente intrusivo: la tarea del responsable principal del bienestar organizacional no es sólo determinar los sentimientos más íntimos de su fuerza laboral, sino aproximarse mirando los juegos de lenguaje que pudieren estar cargados de las palabras de moda que se imponen. Prevenimos intensamente respecto de la lógica de pensar la felicidad o el bienestar como un mandato de alterar el estado emocional de un empleado hacia uno que la organización considere adecuado. Este camino esencialista e impositivo es lo que hemos querido develar y criticar en este libro. ¿Quién evalúa al que considera lo legítimo para otros?

⁹⁴ Fredrickson, Barbara (2009). *Vida positiva*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Un empleado puede estar perfectamente contento con su trabajo y tener una vida familiar miserable. Alternativamente, alguien puede detestar el trabajo que hace pero encontrar su consuelo fuera de su horario laboral, generando felicidad y disfrute de cualquier otra actividad que pueda realizar.

Podemos detectar que la ética protestante (en la interpretación weberiana) ha readaptado sus propios fines a algunas de las peores instituciones del catolicismo al momento de interpretar la felicidad en el trabajo. Se observan explicaciones que han llevado la felicidad al ámbito de la razón y la ética para hacerla más moderna y progresista, por ejemplo, ser feliz en el trabajo y darlo todo ahí es una forma de dignificarse y santificar la propia vida. Mientras más arduo trabajos más estarás cumpliendo tu misión en la vida y así serás feliz.

Las ideas y prácticas que recibimos crean direccionalidades (hacia ciertas formas de educación, por ejemplo), ejercen presión para seguir estos canales establecidos y sancionan el desviarse de ellos. Hay que recurrir a un análisis agudo para darnos cuenta que deberíamos romper alguna forma de mundo que son excluyentes, según se den en formas de vidas específicas.

Sostener la felicidad puede resultar un concepto “sudoroso”, algo que es difícil y que se resiste a ser comprendido en el presente, en especial en sistemas que tienden a perpetuar el *estatus quo*. La sensación de ser maltratado puede terminar magnificada: te sientes mal al ser percibido como equivocado solo por señalar que algo está mal.

Es importante explorar si la felicidad está secuestrada en la torre de marfil de alguna vida irreal, lo que supone no separar la teoría de la experiencia y lo vivido (lo personal es teórico). Otra trampa se produce porque bajo el capitalismo se ha planteado la felicidad como un deber y la infelicidad como un desorden. Esto queda descartado por los argumentos que hemos visto en diferentes formas de vida, en función de lo que se entiende por deber y

la felicidad/infelicidad. Necesitamos otro jardín para vernos afectados de otra manera: otras texturas, otros colores, otros aromas y otras miradas, giros en todas las direcciones. Y esto tenemos que lograrlo en contextos específicos, cada uno accediendo o no accediendo de un modo u otro.

Tenemos que hacernos cargo de si las promesas felices tienen una lógica basada en el género o en la raza. A quién estuviese en esos prejuicios se pueden aplicar este ejemplo: “me dicen que no puedo enojarme, que las expresiones de enojo y rabia son emociones erróneas y contraproducentes, porque soy mujer y mi rol es calmar y contener”. ¿Dónde se ancla el estereotipo?, ¿qué es lo que se considera respetable y aceptable en un migrante, niño, personas de un pueblo nativo, mujer u hombre?

Los imperativos de ser feliz o amable pueden sostener la violencia y crear antagonismos. En este contexto, la infelicidad, la ira, el resentimiento y el dolor se interpretan sólo como desórdenes individuales. La felicidad no promete nada y esto es lo que la hace poderosa. Si hay una receta, dice la voz más frecuente, se trata de aceptar que la vida es una alternancia entre el bien y el mal.

Se requiere repensar la relación entre lo biológico, lo psicológico y lo social reconociendo que estas categorías se superponen y son mutuamente constitutivas. Es importante tener presente que cuando se tratan los aspectos filosóficos no se ofrecen suposiciones, sólo una reflexión rigurosa que permita conducir a una comprensión genuina que puede derivar en el abandono de historias engañosas que nos cuentan o que podemos estar contándonos a nosotros mismos. Demasiados invierten su tiempo en formas que no mejoran el mundo ni a sí mismos. Es lo que nos ha inspirado a escribir sobre ética y filosofía, en este caso de la felicidad... que aparece entre costuras.

Los estoicos fueron psicólogos tempranos que trataron de deshacernos de las ilusiones que traen la miseria. Al reenfocarse en lo que realmente importa, las personas pueden encontrar alegría

y propósito en sus vidas diarias. Es importante destacar que no significa que tengas que ser feliz todo el tiempo. Es un camino para navegar los tiempos difíciles, llevándonos a donde finalmente nos gustaría estar. Los tiempos difíciles prueban la felicidad que hemos construido en nuestra mirada y actuar existencial, y la refuerzan como una ruta resiliente para afrontar lo inevitablemente doloroso de la vida.

La felicidad es más que una simple emoción. Es un estado de ser en relación conmigo mismo, con los demás –en un espacio participativo y confiable– y con todo lo que lo rodea. Un espacio para conocernos y reconocernos, usando nuestra estructura felicitante para abrir posibilidades. No es un yo frente al mundo, es una inmersión en agua clara de participación mutua. Lo real y lo imaginario se conectan. Un yo vacío no significa ni se asocia con la nada, pues dependemos unos de otros, como las cosas. No somos algo por sí mismos.

Es importante tener presente esta diferenciación. Esto significa poder tener un sentido personal más allá de cualquier circunstancia y más allá de los sentimientos para poder abrazar los altibajos de la vida. No sólo sentirse feliz, sino ser feliz desde la gratitud, generosidad, compasión y solidaridad. Nos implicamos y nos comprometemos. Esto es desde de la felicidad como ética.

Entonces se cierra un capítulo de la metafísica. Lo imaginario se hace real en nuestra complicidad virtuosa con el universo, en nuestro mundo atravesado por lo que él es. Estamos en movimiento laborioso como los cuadros y textos de Van Gogh, Renoir, Picasso, Huidobro, Proust, Derrida, Wittgenstein... Atentos al asombro y lejos de la sospecha, en un racimo de relaciones, en sus juntas, en sus fisuras, en sus límites, sus honduras y sus costuras, en un juego que Kant llamaría trascendental. Y con Jung, viviendo el inconsciente colectivo y los arquetipos de vivimos (en la vigilia y los sueños, la felicidad vive en ambos y entonces encontramos respuestas).

Es esto lo que no queda claro cuando se argumenta que algunas personas son felices y tienen períodos de duda y estrés como todos. Tener una pasión en la vida es muy diferente de querer ser feliz. Cuando no se entiende la estructura felicitante del ser humano, se cree que es más interesante tener una vida llena de aventuras que tener una vida feliz. Querer una vida feliz puede ser querer una vida tranquila y asumir las dificultades propias del vivir, aunque tener una vida aventurera suene mucho más emocionante.

Estar abierto a las posibilidades es mejor que tener cuidado. Este último acto está destinado a protegernos a nosotros mismos. Cuando se abandona el acto del cuidado infundado, la gente finalmente podrá conectarse con nosotros y nosotros podremos conectarnos con ellos. ¿No es arriesgado? Cuando nos aventuramos afuera encontramos significado, alegría y satisfacción.

Tenemos un amigo que cuando se desató a su nueva libertad, desató su creatividad y productividad. Siguió escribiendo, armó un centro de formación y ha dictado innumerables talleres, charlas a empresas e instituciones importantes. El tráfico de sus redes sociales explotó junto con su mayor producción. Incluso redactó un nuevo libro en menos de un semestre. Había decidido que era mejor estar abierto que tener cuidado.

Pero esta historia que estamos contando no es tan interesante como la que vive dentro de cada uno de nosotros. ¿Qué pasaría si nos desatáramos a nuestra libertad, reencontrándonos con nuestra propia intimidad que sabe de cómo hemos superado los fracasos? Este tipo de historia refleja que “el sabor de la manzana” que está en la relación. Es cuestión de abrirse a ella.

Nuestro análisis está lejos de las propuestas pragmáticas o deontológicas para abordar la felicidad. El análisis lo hacemos buscando comprender lo que nos habilita como seres humanos. Y una de estas habilitaciones es la felicidad que forma parte de nuestra estructura y nuestra disponibilidad para actuar en y sobre la

realidad y en nuestras circunstancias. Esto significa tener que ocuparnos cotidianamente de la felicidad, en los momentos sombríos y en los luminosos, y no solamente entenderla como momentos de éxtasis, entusiasmo, manía o encantamiento.

El giro histórico se produjo durante los años 60 cuando pasamos del derecho a ser felices al deber de ser felices. El propio sistema económico nos obligó a ser felices, porque teníamos que convertirnos en buenos consumidores. De repente el capitalismo se preocupó por nuestra felicidad. Se convirtió en el lema de toda una generación y pasamos a sentirnos culpables de ser infelices. Se desarrollaron múltiples terapias para ayudar a las personas a ser felices. En muchos sentidos, la felicidad se ha convertido en sinónimo de supervivencia. Parecemos difíciles de complacer. Es la base de una forma de interpretar la democracia que dice a sus miembros: “Nunca debes estar satisfecho con lo que tienes, te mereces algo mejor”. Es decir, el hedonismo materialista desatado e insaciable.

La pregunta es si como personas podemos ser felices en un mundo que genera diversos laberintos que lo dificultan. Zubiri, Aranguren, Gracia y Cortina nos ayudan a comprender el camino al decirnos que disponemos de la estructura para generar contenidos específicos en nuestra época. Esta es una decisión de cada uno a través de los juegos de lenguaje y de las formas de vida en las que participamos y en las que convenimos convivir, por ejemplo, en una ética cordial.

En muchos escritos y publicaciones es difícil encontrar la idea de que la felicidad ya está apropiada por el ser humano como posibilidad, pues se tiende a verla como “algo” fuera del sí mismo. Por ejemplo, el supuesto deber de ser feliz. Esto se debe a que la modernidad ha elevado las esperanzas humanas tan altas que solo pueden decepcionarnos. Se constituye una especie de nuevo orden moral y es por eso que la depresión se estaría extendiendo y cada rebelión contra este hedonismo viscoso provoca constante-

mente infelicidad y angustia. Lo que criticamos y prevenimos es la felicidad como hedonismo y sus tentáculos deshumanizantes que nos alejan de nuestras posibilidades felicitantes.

También se señala que ser feliz implica ser feliz, es decir, es un estado no analizado que, tan pronto como empezamos a pensar en ello, deja de ser felicidad. Se sugiere que la fórmula ofrecida para ser feliz, tal vez, deberíamos olvidarla.

Nuestra postura es que la felicidad es el estar sobre sí, con el otro y con lo otro, en una relación que evoluciona en una forma de vida a través de los juegos de lenguaje, donde se van produciendo apropiaciones progresivas o maduradas de los distintos bienes específicos elegidos, como la bondad, la gratitud o la solidaridad.

Las personas somos seres capaces de proyectarnos desde nosotros mismos a través de nuestras acciones y ser felices, claro que podemos optar por otros cursos de vida, pues tenemos la estructura para hacerlo. Esto no significa que las personas están conscientes de esto.

Numerosos estudios e informes nos dicen que la tecnología nos está dejando más aislados y solos que nunca en la historia. Las iglesias son lugares donde a menudo las personas se ponen máscaras y pretendemos que nuestras vidas van mejor de lo que realmente son. Los padres y otros miembros de la familia a menudo esconden secretos de larga data. Los lugares de trabajo a menudo promueven culturas que no dejan mucho espacio para la autenticidad y donde campean los directivos y jefes insensibles, instrumentales y poco empáticos, si no psicópatas y abusadores.

Tal vez deberíamos reflexionar sobre la obsesión de estar conectados en un mundo virtual para tomar riesgos en el mundo real, comprendiendo que los niños son más sanos cuando los padres no les ocultan historias familiares, que los lugares de trabajo pueden valorar a los empleados al mismo tiempo que son rentables, y que nuestra fe se enriquece cuando podemos ser honestos unos con otros.

El dilema de la vida emerge si el individuo se esfuerza por encontrar algún significado y la felicidad en él, mientras se está inmerso en el mundo absurdo o se vive desde el solipsismo. Las personas se pueden proyectar en las realizaciones con que resuelven la situación en que se está, en la forma de vida que participa, dice y actúa con otros. Allí puede evolucionar o quedarse detenida, o allí brota la estructura felicitante de la persona, pudiendo alcanzar junto con otros las posibilidades apropiadas que se hacen disponibles. Y esto se hace desde la ética.

Entonces, quedaría claro que la felicidad es el poder fundante y estructural de las posibilidades proyectadas por la persona desde-sí en relaciones con otros.

En síntesis, podemos interpretar la felicidad como apropiación de posibilidades, de igual modo que la virtud. No difieren por su contenido sino por el modo mismo de apropiación. El poder apropiarse de unas posibilidades y no de otras es distintivo en cada persona, ya que no todos lo hacemos de la misma manera. Esto depende de la forma de vida en la que se participe y la dinámica de los juegos de habla específicos en la que estemos envueltos.

Que la persona aspire a la felicidad no se trata necesariamente de una constatación, sino de la raíz (el estar sobre sí) de que se está abierto al bien y a la posibilidad efectiva de todas las posibilidades apropiadas, en la forma de vida que participa y donde se relaciona.

Las posibilidades que se generan en cada forma de vida todavía no están dadas y como tal son irreales. Pero yo con otros las apropiamos según las propias opciones que se generan mediante juego de lenguaje, por ejemplo, el juego ético. Al apropiarnos de las posibilidades en la escena en la que nos toca vivir en un momento dado, se concretan proyectos personales de felicidad (ética de máximos) y proyectos sociales de bienestar (ética de mínimos) en el espacio de lo relacional, es decir, desde la ética cordial, la

convivencia y justicia a las que nos invita. Todo lo anterior sucede sin desconocer que surgen grietas, abolladuras, arañazos, duelos, cuchilladas, dolores y tijeretazos. Para la túnica perfecta hay que coser, descoser, zurcir y remendar muchas veces, muchos hilvanes, respuntes y desvelos hasta dar con mi prenda originaria y original.

Se opta por las posibilidades más felicitantes. Como hemos dicho más arriba, la felicidad excede cualquier contenido concreto y no necesariamente los más placenteros o más útiles son los más felices. Casi nunca lo son desde las apariencias y lo externo. Algunas personas se inclinan por lo hedónico, otras por lo utilitario, otras por el sentido humano, y otras por el silencio y la contemplación.

Una vez más volvemos a la idea de que las personas se enfrentan con los hechos apropiándose de las posibilidades de éstos. Para poder vivir, las personas se hace cargo de la realidad de lo que sucede, de su propia realidad y la de los demás. El hacerse uno cargo de su propia realidad, Zubiri lo llama “estar sobre sí”⁹⁵.

La persona proyecta su propia realidad como punto referencial a toda apropiación, sin descuidar su realidad vinculante sino a través de ella. Felicidad, ética y posibilidad resultan conceptos vinculantes. La felicidad como posibilidad resulta un concepto realmente atractivo. El desafío clave es el surgimiento de la posibilidad de infelicidad y la amplia gama de otros efectos potenciales, y cómo los integramos en una perspectiva holística, incluyente y ética de la felicidad.

Los filósofos taoístas Chuang Tzu y Lao Tzu dicen que la flexibilidad es la cualidad más importante para ser feliz. Con Zubiri, Aranguren, Gracia y Cortina diremos que es uno de los caminos que el ser humano puede elegir y lograr la posibilidad apropiada. Es lo mismo si decimos que nunca se puede ser feliz si va en contra de su naturaleza más profunda, intra e intersubjetiva. Podríamos

⁹⁵ Zubiri, X. *Sobre el hombre*, 391, 407.

preguntarnos si la felicidad no sucediera al menos una vez para las personas en una forma de vida: ¿cómo viviríamos?

Vivimos en un mundo de andamiajes y entramados desde sí y con el otro, un mundo intersubjetivo en formas de vida, en la que hay certezas e incertidumbres que se desplazan en una curva no binaria. Tuvimos que comprender por qué la palabra felicidad se ha cargado de una ética y moral positiva y abordar las conexiones vagas para abordarla. Para ello incursionamos en las formas de vida y su apertura a las posibilidades a través de los juegos del lenguaje. Captamos la intersubjetividad a través del lenguaje, donde las personas emplean palabras como felicidad sin que haya un acuerdo de por medio y las hacen parte de sí mismas, y las internalizan sin necesariamente razonarlas.

Ha sido nuestro intento trabajar los conceptos que están en juego sin establecer una orientación deontológica de verdad obligatoria, sino más bien una apertura al interior de la forma de vida en la que se participa y en su contexto, ya que es el trasfondo que les confiere el sentido. Un mundo compartido continuo y fragmentado en el que siempre hay novedad y se pronuncian palabras que significan. Se requiere que lo que se diga o enuncie resulte en un comprometerse con los demás, en el respeto de lo que sienten como verdad derivada de la argumentación que realizan.

La concepción de posibilidad podemos leerla como una oposición de la potencialidad a la actualidad. Esta oposición es importante, ya que es a través de ella que se quiere interrogar el significado de posibilidad dentro de la acción humana, lo que significa cuando alguien dice “puedo o yo no puedo”.

Para cerrar Felicidad entre costuras, adherimos al planteamiento de que las formas actuales de vida requieren un esfuerzo significativo para neutralizar el absurdo, despejar la sospecha que se disemina a través de los juegos de lenguaje y entender que la verdad no está en un solo lado. Por eso es clave el diálogo para diferenciar lo correcto de lo incorrecto, mediados por los argumen-

tos de relaciones comunes compartidas en una forma específica de vida, una co-construcción dinámica en constante articulación. No se trata de algo definitivo y es el diálogo como lugar de encuentro el que lo puede decantar. Verdadero y falso es lo que se puede decir, pero hay que entender que no es un acuerdo o desacuerdo de opiniones, sino de una forma de vida.

Hemos querido acceder a nuevas distinciones y compartir nuestras propias costuras, lejos del criterio de verdad de Descartes – quien prescinde de los contextos específicos y de los conceptos y significados que emergen a través de los juegos de lenguaje. Hemos buscado hacer un aporte para la reflexión ética y filosófica de la felicidad de cada lector, sin pensarla para que sean prescripciones a sostener o hacer. Traicionaríamos nuestra intención de deconstrucción. Hemos buscado estar atentos a lo que puede ser arbitrario y seguramente lo habrá en este escrito. Nos ha permitido una pausa ante un mundo de esencias y simplificaciones al referirse a la felicidad.

Para concluir. La vida feliz es posible a partir de la potencialidad del ser humano, pero en el lenguaje la potencialidad y la impotencialidad convergen. Ambas están en juego en una forma de vida, como expresiones únicas sobre las posibilidades de la vida feliz. Se puede crear un poder disponible: una vida feliz.

Esta vida feliz puede alcanzar su propio poder y su propia capacidad de realización a través de la potencia del ser humano, sobre el que ya no opera el control y la soberanía de algo externo.

La gracia

Nada que comprender
desde el cielo,
en el caos la gracia vale.
Mucho tiempo paseando distraídos,
tanta expropiación
por los punteros del reloj.

Nos volvemos singulares,
cada uno maestro de su forma.
Nos asomamos, algo quiere ser visto.
Está dentro de
una camisa a cuadros anaranjados.
La habitación en la penumbra
obtiene sol de la tarde. Estoy aplastado
por su belleza.

Si yo fuera un personaje ficticio,
podría estar llorando en cien habitaciones esta noche
queriendo ser bueno
después de la descripción de querer haber sido bueno.

Pero, ¿lo bueno no será algo traído del exterior?
la felicidad,
pensando en vincular aquello a lo que
el pensamiento retrocede, llega a la cosa.

Ahora me percato,
tanto escondido en lo falso,
tan importante nuestra deuda
con la existencia humana.
Nos hacemos cargo de
la torcedura innoble de la espalda
de esta inhumanidad,
tanto desgarrado, indecoroso.

Digo adiós a su tiempo,
El goce está perplejo más allá de eso.
Levanto el telón y sigo.
¿Qué anotará el vacío que espera con ardor?

(Eduardo Escalante)

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pretextos.
- Agamben, Giorgio (2007). *Profanaciones*. Nueva York: Zone Books.
- Agamber, Giorgio (2000). *Notas sobre el gesto*. En *Medios sin fin: notas sobre política*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Aranguren José Luis (1996). *Moral como estructura, como contenido y como actitud*, en *Ética y Estética* en Xavier Zubiri. AA.VV. Madrid: Trotta.
- Aranguren, José Luis (1988). *Ética de la felicidad y otros lenguajes*. Madrid: Ed. Tecnos.
- Aranguren, José Luis. (1994). *Ética*, Barcelona: Altaya S.A.
- Badiou, Alan (2002). *Breve tratado de ontología transitoria*. Barcelona: Gedisa.
- Badiou, Alain (2019). *Happiness*. London: Bloomsbury Academic.
- Benjamin, Walter (1968). *Theses on the Philosophy of History*. In *Illuminations*. Edited by Hannah Arendt. New York: Schocken Books.
- Bruckner, Pascal (2001). *La euforia perpetua / Sobre el deber de ser feliz*. Barcelona: Tusquets, Barcelona.
- Clark, Scott (2009). *Pleasure experienced: Well-Being in the Japanese bath*, en *Pursuits of happiness: Well-being in anthropological perspective*, editado por Gordon Mathews and Carolina Izquierdo, 189–210. New York: Berghahn Books.
- Conill, J. y Cortina A. (2012). *La fragilidad y la vulnerabilidad como partes constitutivas del ser humano*. En: Beca, J. y Astete, C. *Bioética clínica*. Santiago de Chile: Mediterráneo, p. 117-127.
- Cordua, Carla (2010). *Once ensayos filosóficos*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Cordua, Carla (1997). *Wittgenstein: reorientación de la filosofía*. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones.

- Corsín Jiménez, Alberto (2008). Well-being in anthropological balance: Remarks on proportionality as political imaginaton”, en *Culture and well-being: Anthropological approaches to freedom and political ethics*, 180–198. London: Pluto.
- Cortina, A. (2009). *Ética de la Razón Cordial*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Cortina, A. y García-Marzá, D. (Eds.) (2003). *Razón pública y éticas aplicadas. Los caminos de la razón práctica en una sociedad pluralista*. Madrid: Tecnos.
- Cortina, Adela (1986). *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Madrid: Tecnos.
- Cortina, Adela (1996). *Éticas del deber y éticas de la felicidad*, en *Ética y estética en Xavier Zubiri*. Madrid: Editorial Trotta/Fundación Xavier Zubiri, págs. 49-62.
- Cortina, Adela (1997). *Una ética estructurista del carácter y la felicidad (perfil zubiriano y aristotélico de la ética de Aranguren)*. Isegoría: Revista de filosofía moral y política, N° 15, págs. 93-107.
- Cortina, Adela (2010). *Justicia cordial*. Madrid: Editorial Trotta.
- Cortina, Adela (2013). *¿Para qué sirve realmente la ética?* Madrid: Editorial Paidós.
- Derrida, J. (1998). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Duffy, Bruce. (1987). *The World as I Found It*. New York: Tichnor and Fields.
- Echeverría, Rafael (2000). *Por la senda del pensar ontológico*. Santiago: JC Sáez Editor.
- Ety, Hillesum (2005). *El corazón pensante de los barracones. Cartas*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Fernández, Ignacio (2015). *Felicidad organizacional*. Santiago: Ediciones B.
- Foley, Michael (2010). *The Age of Absurdity: Why Modern Life Makes It Hard to Be Happy*. United Kindom: Simon & Schuster.
- Fredrickson, Barbara (2009). *Vida positiva*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- García Marzá, Domingo (1994). 'Deber' en Diez palabras clave en Ética. Adela Cortina (dir). Editorial Verbo Divino, Estella.
- Gracia, Diego (1998) Profesión Médica, Investigación y Justicia Sanitaria. Bogotá, Colombia: Editorial El Búho, Limitada; 1998. p. 189-90. 6;
- Gracia, Diego (2001). La deliberación moral: el método de la ética clínica. Medicina clínica, 117.
- Gracia, Diego (1998). Fundamentación y Enseñanza de la Bioética. Bogotá, Colombia: Editorial el Búho. Ltda. p 47-9
- Gracia, Diego (2009). La deliberación moral. Madrid: Universidad Complutense.
- Gracia, Diego (2013). Construyendo Valores. Madrid: Ed. Triacastela.
- Han, Buyng-Chul (2015). La salvación de lo bello. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chun (2015). La sociedad del cansancio. Argentina: Herder.
- Harari, Yuval Hoah (2018). Lecciones para el siglo XXI. España: Debate.
- Kanheman, Daniel (2012). Pensar rápido, pensar despacio. España: Debate.
- Kohlberg, Lawrence (2011). De lo que es a lo que debe ser. España: Prometeo Libros.
- Locke, John (1975). An Essay Concerning Human Understanding. Oxford: Oxford University Press.
- Lorde, Audre (2000), "Uses of the Erotic. The Erotic as Power", Drucilla Cornell (ed.), Feminism and Pornography, Nueva York, Oxford University Press.
- Lyubomirsky, Sonja (2014). Los mitos de la felicidad. Santiago: Urano.
- Marías, Julián (2000). Lo bueno y lo mejor, en Adela Cortina (coord.). La educación y los valores. Madrid: Fundación Argentina/ Biblioteca Nueva.
- Muñoz, Susana (2019). Vínculo percepción y conciencia en la coordinación grupal. Santiago: Serbal Centro Desarrollos Sistémicos.
- Nussbaum , Marta (1997). Capabilities and Human Rights. Fordham

- Law Review, 66(2): 273-300.
- Nussbaum, Martha (2003). *La terapia del deseo*. Barcelona: Paidós.
- Overgaard, S. (2006). "The Problem of Other Minds: Wittgenstein's Phenomenological Perspective," *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, Vol. 5 N° 1.
- Parfit, D. (2004). *On What Matters*. Oxford University Press,
- Parfit, D. (2011) *Razones y personas*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Pintor Ramos, Antonio (1993). *Realidad y sentido desde una inspiración zubiriana*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.
- Polo, L (1991). *Quién es el hombre*. Madrid: Rialp.
- Polo, L. (2003). *Antropología Trascendental II*, Pamplona: Eunsa.
- Pose Varela, C. A. (2016). *La bioética desde la filosofía de Zubiri*. Arbor, 192 (780).
- Rousseau, Emile, *ou de l'éducation* , libro IV.
- Russell, Bertrand (1930). *The conquest of happiness*. London: Routledge.
- Seligman, Martin (2003). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Vergara.
- Thin, Neil (2008). *Realizing the substance of their happiness: How anthropology forgot about Homo Gaiusius*. *Culture and well-being: Anthropological approaches to freedom and political ethics*, editado por Alberto Corsín Jiménez, 134–155. London: Pluto.
- Wittgenstein, Ludwig (1974). *Tractatus Logico-Philosophicus (TLP)*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Wittgenstein, Ludwig (1988): *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: editorial Crítica.
- Wittgenstein, Ludwig (1996). *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*, vol. I. Madrid: ed. Tecnos.
- Wittgenstein, Ludwig (1997). *Zettel [Z]*. México: Universidad Autónoma de México: Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Wittgenstein, Ludwig (1998). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.
- Wittgenstein's *Lectures: Cambridge 1930-1932* (1980). From the

notes of John King and Desmond Lee. Edited by Desmond Lee.
Chicago: University of Chicago Press.

Yepes, Ricardo (1997). La persona y su intimidad. Edición a cargo de Javier Aranguren. Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria, N° 48.

Zizek, Slavoj (1998). The Plague of Fantasies. New York: Verso.

Zubiri, Xavier (1980). Inteligencia sentiente. Madrid: Alianza, Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Zubiri, X. (1989). Estructura dinámica de la realidad. Alianza Editorial, Madrid.

Zubiri, Xavier (1983). Inteligencia y razón. Madrid: Alianza Editorial.

Zubiri, Xavier (1985). Sobre la esencia. Madrid: Alianza Editorial.

Zubiri, Xavier (1986). Sobre el hombre. Madrid: Alianza.

Zubiri, Xavier (2001) Sobre la realidad. Madrid: Alianza.

